



ESTADO DE SERVICIO  
SECRETARÍA DE CULTURA

AÑO III.

NÚM. XXX.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—  
JUNIO—1891  
—

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

*Flor Baja, 22*

—  
1891

*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es  
indispensable el permiso del Director de  
LA ESPAÑA MODERNA.*

## Sección Española.

# LA ANTIGUA CIVILIZACION

DE LAS ISLAS FILIPINAS

(Conclusión.)

### III

MATRIMONIOS, REPUDIOS, HERENCIAS Y ENTIERROS.

**E**L *matrimonio* era concertado por los padres, previa estipulación de las dotes, y de otras condiciones que se expresarán muy pronto; y para efectuarlo se reunían los convidados con la sacerdotisa ó *catolona*, y se preparaba un puerco que debía sacrificarse en la ceremonia. Sentábanse los novios en el regazo de dos viejas que funcionaban de doncellas, dando á los prometidos de comer en un mismo plato y de beber en una misma vasija, como se hacía entre los gálatas. Acto continuo declaraba el galán que tomaba por mujer á la doncella (*dalaga*) que tenía delante, y asentía ella aceptándole. La *catolona* pronunciaba unas cuantas bendiciones, no en todo desemejantes á las que se estilan entre cristianos: estéis bien casados; tengáis muchos hijos; sean éstos valientes y ricos. Se inmolaba el cerdo, y se entregaban todos á la comida, á la bebida y al baile hasta que caían rendidos y ebrios.

Si por desgracia la nube de la discordia oscurecía el

cielo de la nueva familia, se disponía otro sacrificio, en el cual ejercía de sacrificador el mismo esposo; quien, bailando y dirigiendo súplicas y haciendo votos al *anito* para que derramase sobre el matrimonio la paz que faltaba, alanceaba la bestia, cuyas carnes se repartían entre los asistentes. Al sacrificio seguía, como siempre, la comida, la bebida y el baile.

Á la celebración del matrimonio hemos dicho que precedía la estipulación de la *dote*, lo que tenía lugar en la ceremonia de los esponsales. Además, se señalaba una pena pecuniaria, que debían pagar los padres de los novios, si éstos no cumplían el contrato esponsalicio; por manera que la parte desairada encontraba algún consuelo en esta indemnización metálica, la que, según la naturaleza del mismo contrato, sólo tenía lugar en el supuesto de vivir los padres. La dote estipulada en el contrato ó estipulaciones matrimoniales se entregaba, no á la novia, sino á sus padres, y muertos éstos, pasaba á los hijos todos, ó sea á la novia y á sus hermanos, como herencia definitiva si tenían descendencia, ó solamente en calidad de usufructo si carecían de ella. Los novios recibían regalos de bodas de todos sus parientes y hasta de sus esclavos.

No necesitamos ponderar el grado de cultura moral que revelan estos matrimonios de los antiguos filipinos, á quienes algunos consideran olvidados completamente de las leyes que la recta razón dicta al hombre, como pregonera que es de la ley natural y hasta de la ley divina positiva, que rara vez desaparece en absoluto de las tradiciones de los pueblos. Nosotros nada ocultamos, y como en los párrafos anteriores, reseñaremos en éste y en el que le sucede, cuanto hayamos averiguado, favorable ó contrario á la civilización alcanzada por los antiguos fili-

pinos, antes que se les hubiese predicado y hubiesen ellos abrazado resueltamente las doctrinas salvadoras de la religión católica.

Los pueblos de la isla de Luzón eran monógamos, si no por ley tradicional, por práctica casi constante, aunque era permitido al hombre casado tener hijos con las esclavas, obteniendo para ello la venia de su mujer. Hase notado en otro lugar que los visayas, más meridionales, y en roce más continuo con los mahometanos de Mindanao y de Borneo, tenían costumbres más relajadas: en efecto, en estas provincias se practicaba la poligamia. En la isla de Mindanao era mayor la perversión, y se conocieron casos de poliandria.

En todas las provincias se admitía el *repudio*, sin intervención alguna de juez ni de sacerdote, y sin necesidad de libelo ni de formalidades exteriores. Si la mujer lo provocaba, su padre estaba obligado á restituir al marido la dote que éste le había entregado. Los hijos se partían, como se dirá más adelante, y también los esclavos, quedando los cónyuges libres para celebrar otro matrimonio.

Respecto de impedimentos matrimoniales, se respetaba indefectiblemente el primer grado de consaguinidad, manifestándose nuestros indios muy superiores en esta materia á los árabes, persas y partos. No había ningún otro impedimento. Los visayas, á semejanza de los antiguos patriarcas, y aun de los hebreos, casábanse preferentemente con mujeres de su propia parentela.

Las *herencias* se transmitían todas *ab intestato*, según un derecho consuetudinario que es digno de conocerse. En primer término, y por partes iguales, heredaban los hijos y los hermanos, salvas pequeñas mandas de alhajas, que no podían exceder del valor de tres taeles (18,75 pe-

setas). Los medio hermanos entraban solamente á la herencia respecto del padre común ; los bastardos habidos de mujer no esclava recibían la mitad de la partija que correspondía á los hijos legítimos ; los naturales la parte completa, si no había hijos legítimos ; á los hijos habidos de esclava sólo se les debían alimentos. Otras prescripciones tradicionales regulaban las sucesiones en casos más complicados ; los hijos adulterinos, por ejemplo, sólo entraban á la parte de la herencia que se debía á los bastardos, si el marido de la adúltera había recibido indemnización por el agravio ; los hijos adoptivos estaban también sujetos á prácticas especiales, ya que el adoptante pagaba la adopción al padre del adoptado. Finalmente, los herederos se creían obligados á ofrecer algún presente á cuantos lo hubieran hecho á quien dejaba la herencia, si éste no había correspondido antes de su fallecimiento.

*Entierros.* El filipino, dice nuestro autógrafo, moría con grande serenidad, casi sin agonía ; por lo común se echaba á morir y lo hacía. Algo de esto se observa aún después de tres siglos de mayor instrucción religiosa.

Desde que la *catolona* había pronunciado la sentencia, ó el pronóstico de muerte, del cual hemos hablado al tratar de los sacrificios, ya no se pensaba ni por asomos en que el enfermo pudiera vivir. Convencido en primer lugar el mismo paciente, se echaba á morir, y, como dijimos poco ha, moría. Los parientes se ocupaban mientras tanto en fabricar el ataúd, que se hacía de dos piezas ahuecadas de madera incorruptible, tan perfectamente ajustadas, que no penetraba el aire, y era, por lo mismo, imposible la corrupción del cadáver y la exhalación de miasmas de mal olor. Hanse descubierto últimamente algunos de estos ataúdes, y preciso es confesar que los



fabricaban con la perfección que describe nuestro autógrafa. La primera operación que se hacía en cuanto el enfermo había expirado era convocar para la casa mortuoria á los plañideros y plañideras, llamados por los indios *ilas*; quienes henchían el aire con sus lamentos, sus aullidos y sus loas al finado, mientras que los parientes lavaban el cadáver, lo unguían con estoraque y lo amortajaban decentemente, envolviéndole en telas blancas. No había cementerios, por cuya razón los enterramientos se hacían junto á las casas ó en las mismas casas; y si se practicaban en el suelo, aunque se hacía fosa, no se echaba tierra encima del ataúd; si el muerto era persona muy principal, se conservaban sus despojos mortales en la parte superior de la casa. Dentro del ataúd se colocaban las armas del difunto; sobre la sepultura algunas viandas para el conocido viaje de tres días que debía de hacer antes de llegar á la isla de su nueva encarnación; y si las facultades y fortuna del muerto lo permitía, se inmolaban algunos esclavos que le acompañasen, preparándoles para el viaje á la eternidad con un abundante banquete. Indio hubo que manifestó su última voluntad de que le acompañasen los cincuenta esclavos que equipaban su *barangayán*, los cuales debían ir armados y provistos de comida como cuando salían con él á sus acostumbradas correrías.

Callaban las plañideras después del entierro; bañábase los asistentes, y en seguida comenzaba una serie de comidas que duraba más ó menos tiempo, según la fortuna que hubiera dejado el muerto. Los parientes inmediatos no tomaban parte en esos banquetes funerarios; antes esos días ayunaban, absteniéndose de carnes y comiendo muy parcamente de los demás manjares.

## IV

USURA, ESCLAVITUD, CONVITES, CAZA, MEDICINA,  
INDUSTRIAS, ETC.

Hospitalarios y generosos los antiguos habitantes del archipiélago de Magallanes cuando se trataba solamente de sentar á su mesa ó de dar posada en sus chozas á parientes, amigos y hasta desconocidos, eran, por el contrario, duros y tiranos en materia de *préstamos*, los que se hacían al ciento por ciento, sin consideración al padre, al hermano, al amigo ni á nadie. Y como los préstamos eran casi siempre causa de *esclavitud*, no extrañarán los lectores que no separemos estos conceptos. El préstamo se hacía por tiempo determinado, ó se hacía sin señalar vencimiento. En el primer caso, si, transcurrido el plazo, no se satisfacía la deuda, el deudor quedaba *ipso facto* esclavo de su acreedor; en el segundo caso lo era desde que contraía la deuda hasta que la satisfacía. El cautivo redimido de la esclavitud de cualquier tribu ó nación extraña quedaba hecho esclavo de su redentor; el marido que no pagaba la dote señalada en las capitulaciones matrimoniales era esclavo de su propia mujer, y, por fin, cualquier individuo libre podía enajenar su libertad y hacerse esclavo por una cantidad convenida. La mujer casada disfrutaba de alguna independencia administrativa y económica, y en su consecuencia los hijos impares en el orden de nacimiento pertenecían al padre, y los hijos pares á la madre, siendo libres ó esclavos, según la condición del progenitor cuya

propiedad eran ; y si el último hijo era impar , pertenecía por turnos al padre y á la madre ; y participaba de las dos condiciones de libertad ó esclavitud , si uno de sus padres era libre y el otro esclavo. Otros medios menos legales tenían los relativamente poderosos para privar de su libertad á los débiles , produciendo contra ellos una querrela por motivos ligerísimos , ó levantándoles una calumnia. Bastaba que el infeliz pasase casualmente por junto al río en el cual se bañaba la esposa del *maguino* y que la mirase , siquiera lo hiciese distraído ; que á ella se le cayera el tapis al atravesar por delante de la casa del otro , para que tanto él como su familia fuesen declarados esclavos.

Como los esclavos constituían , después del oro , la principal riqueza de los antiguos filipinos , se valían éstos de cuantos recursos les ofrecía su posición para aumentar el número , y en sus frecuentes querellas de vecindad declaraban esclavos á todos los vencidos. Preciso es , no obstante , reconocer que la esclavitud no era entre ellos tan dura como entre los antiguos pobladores de Europa , y tenía puntos de semejanza con ciertas servidumbres de la Edad Media cristiana. Así , aunque se transmitían los esclavos por sucesión , como los demás bienes que constituían la herencia , no era permitido , por punto general , enajenarlos mediante contrato de compra y venta. Y decimos por punto general , porque no gozaban de este beneficio los esclavos hechos en guerra , ni los que procedían de la insolvencia de las deudas , por más que de hecho estos últimos no se enajenasen , porque en su mayoría pertenecían á la parentela del señor. Por lo demás , la esclavitud quedaba reducida á servir al amo como miembros de la familia , trabajando sin salario , vistiendo lo mismo que sus amos , comiendo con

ellos y como ellos ; podían los esclavos casarse y constituir familia, y redimirse en todo tiempo, entregando á su amo diez taeles de oro (62,50 pesetas), y la mitad de las alhajas que tuvieran en propiedad.

Si el amo tenía hijo de su esclava, ésta quedaba libre. Si lo tenía con esclava ajena, el fruto de este ayuntamiento quedaba esclavo del amo de la madre, á no ser que el padre lo reconociese y pagase al referido señor medio tael de oro, como indemnización del tiempo que la madre no hubiera podido trabajar. Bien se deja comprender que, al lado de estas prescripciones y leyes tradicionales, prevalecería en muchos casos la fuerza y el capricho. El número de esclavos no era grande, si lo comparamos con el de Roma y Grecia, pues se afirma que el más rico filipino no poseía más de trescientos.

*Convites.* Son también dignos de notarse, ya que revelan una de las fases de la civilización de un pueblo. Aparte de los convites que se celebraban con motivo de los contratos de matrimonio, de las bodas y de los funerales, había otros que tenían por objeto la reconciliación de las familias, la celebración de un tratado de paz, el festejar á un huésped distinguido, y el solemnizar los sacrificios que ofrecían á sus dioses.

Cualquiera que fuese el objeto ó el motivo del convite, éste se celebraba á puertas abiertas, sin negar á nadie, estuviese ó no convidado, el derecho de participar del festín, y más que todo de las libaciones, que eran siempre la parte sobresaliente. Si el convite era con ocasión de ofrecer un sacrificio, se colocaba un plato con manjares delante del ídolo, y cuantos participaban del banquete ponían en él algún manjar, que ofrecían al *anito*. En los convites que se daban para obsequiar á un huésped distinguido, era de rúbrica que el huésped fuese acompañado

de un esclavo, el cual probaba los manjares antes que los gustase su amo, haciendo una especie de salva, como la introducida en la corte de España desde el tiempo del rey D. Sancho.

El convite se preparaba en mesas pequeñas y bajas, y los convidados tomaban asiento entaburetes. No usaban manteles ni cubiertos; comían, y comen, con las manos, que lavaban, no solamente antes y después de la comida, sino también durante la misma; sin hacer asco de meter la mano en el mismo plato, ni de beber por el mismo vaso. La base de su alimentación era la morisqueta, que es arroz cocido solamente con agua, á la cual añadían ordinariamente pescado, y en los convites, frutas, legumbres, sagú, y sobre todo carnes, entre las cuales daban la preferencia á las de cerdo y de perro. Bebían mucho, como ya se ha notado repetidas veces, y al convite, si no era de luto, seguía indefectiblemente el canto, el baile, la conversación y la algazara. Los vinos más usados eran: el *dulang*, que extraían de la caña-miel hervida; la *tuba*, jugo de palmera que se obtiene sangrándola por el pezón del racimo antes que se forme el fruto; y el *pangali*, que se obtenía mediante la fermentación del arroz.

*Caza.* Había, y aún hay en Filipinas, extensos campos cubiertos de una gramínea alta, que allí llaman *cogon*. En los meses de sequía, que son desde Octubre á Mayo, sécase esa planta, circunstancia que aprovechaban los indígenas para quemar los campos y apoderarse de la caza, causando con semejante procedimiento perjuicios considerables, no solamente en las selvas cercanas, sino hasta en las tierras de labor y en las casas.

No se conocen en Filipinas, ni se conocieron en el siglo XVI, las fieras que abundan en muchos puntos del continente asiático, de manera que la caza mayor estaba

y está reducida á búfalos cimarrones, jabalíes y ciervos. Cazaban los búfalos (*carabaos*), valiéndose de trampas y de pozos, como se hacía en España para apresar los lobos. Los jabalíes y ciervos los cazaban unas veces con perros, que los tenían muy buenos para el objeto; y otros tendiendo redes y ojeando las piezas hasta que cayesen en ellas, donde las mataban con lanzas ó las tomaban vivas. Solían también, como se acaba de expresar, incendiar el perímetro de un monte, y esperar en la parte de afuera armados de lanzas y provistos de perros, á que los animales, acosados por el fuego, saltasen el cerco, y medio quemados cayesen en sus manos. Era esta caza de montería y de algazara, en la cual se cobraban muchísimas piezas, aunque no exenta de peligros, á causa de la falta de previsión del indio, que se veía frecuentemente envuelto por el fuego, sin salvación posible.

*Medicina.* Á consecuencia de la vida frugal y relativamente morigerada que llevaban los filipinos, y debido también á sus cotidianas abluciones y al constante ejercicio de la agricultura, de la pesca y de la navegación, gozaban de buena salud y su naturaleza era dócil á la acción de la medicina. Poco se sabe de sus antiguas enfermedades, aunque de algunas se haya creído haber encontrado señales en los huesos extraídos de sus enterramientos. Mas como nuestro objeto sea el de extractar únicamente y ordenar las desparramadas noticias que hemos encontrado en el código del cual hemos hecho mérito, nos abstenemos de hacer ninguna clase de deducciones, limitándonos á consignar que á fines del siglo xvi, hubo en muchas provincias del archipiélago una devastadora peste de viruelas. Si ésta era enfermedad del país, ó la llevaron allí los españoles, no estamos en el caso de definirlo, aunque podemos asegurar, porque

lo afirma nuestro autógrafo, que la terrible epidemia no atacó entonces á nuestros compatriotas.

Hase hablado más atrás de la costumbre de los filipinos de llamar á las *catolonas* siempre que una enfermedad aparecía con carácter de gravedad; y hase observado también que esas sacerdotisas no curaban, limitándose á embustes y á hacer ensalmos con el fin de conocer lo por venir, ó sea el desenlace de la enfermedad.

Para el ejercicio de la medicina había prácticos, cuya terapéutica y cirugía estaba casi reducida á dos remedios, que se aplicaban simultáneamente. Con un cuchillo de piedra ó una tejuela de algún cacharro, sajaban la parte dolorida; encima ponían una ventosa fría, abierta por el vértice, al cual aplicaban la boca, á fin de extraer por la succión alguna cantidad de sangre, con cuya operación mitigaban el dolor.

Más que en curar enfermedades, eran diestros en dar una muerte lenta, disimulada y á plazo fijo, mediante el completo conocimiento que tenían de las hierbas y plantas venenosas, y la experiencia de la acción del principio tóxico. Dícese que envenenaban con tanto tino y disimulo, que muchas veces el veneno tardaba un año en matar á la pobre víctima. Y ya se ha dicho en otro lugar que usaban también de flechas emponzoñadas.

Sabido es que en los países tropicales abundan los reptiles ponzoñosos, cuya mordedura causa la muerte, á no acudir en el acto con remedios heroicos, ya que la violencia y actividad de la ponzoña no admite apenas algunos minutos de espera. En Filipinas hay algunas de esas serpientes, no solamente en tierra, sino también en la mar, y los filipinos conocían que el veneno se inoculaba en la herida, no por la lengua del reptil, sino por sus dientes, ya que es común entre ellos el dicho: «Eres más

ponzoñoso que los dientes del *olopong*». Contra estas mordeduras de serpientes usaban de la raíz del *tambal* y del fruto de la moringa.

Contra las úlceras y heridas practicaban un procedimiento que no carece de originalidad. Tendían al enfermo en una hamaca, no de tela, sino de redes ó de otra malla clara. Debajo de la hamaca encendían una pequeña hoguera, y en ella echaban, como desinfectante, los panales de arcilla que se encuentran en los nidos de esas formidables hormigas blancas que tantos destrozos causan en muchos países tropicales, á las cuales llaman *térmites* los naturalistas, y *anay* los tagalos filipinos.

*Industria.* Complemento de las noticias apuntadas hasta aquí serán algunas otras que hemos podido averiguar sobre el estado de la industria filipina, á la llegada de los españoles á aquellas hermosas islas. Consignemos ante todo que no se conocía la *moneda acuñada*, y que el medio común de efectuar sus transacciones mercantiles era el oro, no acuñado, sino tomado al peso, práctica que habían recibido indudablemente de China, según se infiere de los nombres y valor de sus pesas: la unidad mercantil monetaria era el *tael*, cuyas fracciones ó divisiones son bien conocidas.

El clima más que templado del archipiélago filipino facilita la vida de hombres y de animales, emancipándolos de un cúmulo de precauciones, de las cuales no es posible prescindir en nuestros climas fríos y húmedos. Así las *abejas* no encierran sus panales en colmenas ni en oquedades de troncos ó de peñas, antes los suspenden de las ramas de los árboles, pudiendo decirse de los bosques del archipiélago, como de los de Hircania y Tracia, que llevan miel aunque no la produzcan. Los indios apreciaban y beneficiaban estos presentes de la naturaleza,



ahuyentando con humo á las abejas y apoderándose de sus panales, cuya cera vendían á los chinos y japoneses.

De la *caña dulce* extraían bebidas alcohólicas y comían la caña, pero no hacían azúcar.

La industria más beneficiosa era sin duda la que se refería á las variedades de palmas que tan gallardamente hermocean los campos y las laderas de aquel fértil territorio. Del *cocotero*, abundante en todas partes, y que en algunas provincias forma grandes rodales, extraían, como ya se ha dicho, el vino llamado *tuba*, comían la carne blanca de su colosal fruto, bebían el líquido que contiene, utilizaban el cascarón ó mesocarpo para hacer vasijas, y la estopa exterior para cuerdas y obras de calafate.

Extraían la fécula contenida en el astil de la palmera llamada *landán*, y macerándola y lavándola confeccionaban sobrosos panes, que el comercio designa con el nombre de *sagú*. De otra palmera llamada *burí* obtenían vinagre, una miel que ellos denominan *lasao*, y un dulce espeso, especie de conserva algo correosa, que colocaban en bombones de caña y recibía y recibe el nombre de *calámay*. La *areca catechú*, ó bonga, les suministraba la almendra para preparar sus masticatorios. Entonces, como hoy, se envolvía un pedazo de esa almendra en una sección de hoja de betel, untada con cal viva amasada, y se tenía ya dispuesto el tan generalizado *buyo*. No les era menos útil la palmera de *cabo negro* para hacer la cordelería, y la llamada *anájao*, cuyos consistentes astiles aprovechaban como madera de construcción para levantar sus chozas. Con las hojas de diferentes palmeras tejían petates, esteras, y las velas para sus embarcaciones.

Los *juegos* principales con que entretenían sus ocios,

aparte de los bailes, eran la lucha corporal, las regatas ejecutadas con las canoas hechas de un tronco de árbol, y muy especialmente las riñas de gallos, á las cuales conservan afición grandísima.

#### CONCLUSIÓN.

Resumiendo las noticias recogidas, no será difícil formar una idea aproximada de la civilización en que vivían los habitantes de las islas Filipinas en la época del descubrimiento de su fértil y hermoso archipiélago por el intrépido Magallanes. Formaban pequeños estados, bajo el gobierno de un principal, que asumía, aunque débilmente, la dirección de todas las limitadas funciones de aquellas sociedades. Vivían en pueblos agrupados, alojados en construcciones ligeras y endebles, formadas de caña de bambú, bejuco y palmas, provistas de muy escaso ajuar. Su lengua, derivada de la malaya, cuenta varios dialectos, de entre los cuales es el más notable el tagalo, por su dulzura, riqueza y comedimiento. Tenían una escritura compuesta de trece consonantes y tres vocales, aunque éstas solían suplirlas en la escritura ó indicarlas por puntos colocados encima ó debajo de la consonante. Escribían, como los mejicanos, de abajo para arriba, colocando á la izquierda el primer renglón; y, al parecer, esta primera instrucción se hallaba bastante difundida, y era general hasta entre las mujeres. No había edificios de fábrica ni se conocían establecimientos públicos de ninguna clase, ni siquiera templos, ya que los pequeños humilladeros que existían en algunos pueblos no merecen el nombre de tales.

Celebraban los matrimonios y entierros con bastante regularidad. Trabajaban la tierra, cultivaban el arbo-

lado, ejercían la pesca, y en Camarines é Ilocos beneficiaban minas de oro y de cobre. Vestían con bastante decencia telas de algodón y seda; les gustaban mucho los perfumes y los aderezos de oro y de marfil. No bebían el agua de los ríos, por cuya causa los pueblos que carecían de fuentes cavaban pequeños hoyos cerca del río, para que el agua estuviese filtrada. En algunos puntos de Visayas (no en Cebú), en la isla de Lugbán y en Camarines tenían artillería de bronce y algunos arcabuces de hierro; los primeros fabricados por ellos, lo mismo que la pólvora. Sus armas eran generalmente lanzas, puñales, cerbatanas, paveses de madera y corazas de conchas. Los visayas se pintaban, y en muchos puntos guarnecían con oro la dentadura, y además trabajaban con perfección obras de filigrana de oro, aderezos y mangos del mismo metal y de marfil, ídolos de ópalo, obras de pasamanería, de bordados y telas de seda y de lana y de las plantas textiles del país.

Como rasgo definitivo que, en parte, dé á conocer su índole, recordaremos que en la expedición del capitán Fajardo á Camarines, viéronse los españoles precisados á vadear un pantano con el fango hasta la cintura, para tomar un reducto de seto vivo de cañas, dentro del cual se habían hecho fuertes los indios, disparando su artillería sobre los invasores. Tomado el fuerte por los nuestros, que asaltaron el reducto por la parte débil, después de cinco horas de fuego, pidieron parlamento al día siguiente los desbandados indios, que comisionaron al *maguino* Humbao para que tratase con el caudillo español. Reconvínole amorosamente Fajardo por no haber impedido con sus buenos consejos la resistencia de sus paisanos, y como consecuencia las bajas que las armas españolas habían hecho en sus filas. — ¡ Ah, señor! ( res-

:

pondió el filipino.) Antes de tomar oro, ¿no procura V. aquilatarlo para conocer su valor? Pues nosotros, antes de entregarnos, hemos querido experimentar los quilates del valor español; lo hemos hecho, y quedamos satisfechos. Sed nuestros señores, y gobernadnos como sabéis hacerlo.

Desde entonces, ni España engañó á los habitantes de Filipinas, ni los hijos del archipiélago de Magallanes defraudaron las esperanzas de España, ni faltaron á su juramento de fidelidad. Han emparentado con la madre patria, y el honor les dice que no deben renegar de la sangre. *Sandugo.*

F. R. MARTÍNEZ VIGIL,  
*de la Orden de Predicadores,*  
OBISPO DE OVIEDO.

# POETAS COLOMBIANOS

*Don Miguel Antonio Caro.*

(*Conclusión.*)

## XI

**U**N estudio de las poesías de Caro en que no entren sus traducciones, sería deficiente. Cabalmente en este difícil ejercicio se ha distinguido tanto, que le ha merecido el alto título de Príncipe de los traductores castellanos. Por otra parte, le da grandísima importancia, y ha dedicado á este arte, por muchos mirado con menosprecio, como solaz caprichoso ú operación mecánica ó infeliz remedo de lo que no puede hacerse con fuerzas propias, los veinticinco mejores años de su vida, y tiene formado de él tan elevadísimo concepto, que hace suya aquella frase del Brocense, puesta como epígrafe y justificación al frente de sus traducciones: « *Maioris esse semper credidi diligentiae aliena scripta retexere quam nova proprio Marte componere* ».

Con tan ferviente vocación guiada por principios tan severos, que ennoblecen lo que otros tienen por humilde oficio, ha alcanzado la meta de la perfección en muestras

soberanas, como la traducción de las *Obras de Virgilio* en tres tomos, de los cuales vió el primero la luz en Bogotá en 1873 (1), y como el lindo volumen de *Traducciones poéticas*, publicado en la misma ciudad á principios del año pasado. Llevo demasiado adelantado el presente estudio, de suyo excesivamente largo, para poder consagrar á la primera algún espacio. Lo han hecho, además, con mucha mayor competencia, en España el nunca bastante ponderado Menéndez y Pelayo, y en América, críticos y filólogos tan eximios como el escritor argentino D. Juan M. Gutiérrez en la *Revista del Río de la Plata* (año de 1876), y D. R. J. Cuervo (2). Todos coinciden en considerar esta versión como la mejor que de Virgilio tenemos en castellano, digna de figurar al lado de la de Aníbal Caro, y Menéndez y Pelayo saluda además al autor como uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX.

El modesto ensayo que trazo sobre Caro poeta, como ya lo indiqué en mi primer artículo, lo es sólo de vulgarización y de propaganda de literatura americana, para coadyuvar á la empresa patriótica del Director de LA ESPAÑA MODERNA: no es un comentario estético-filológico de tan insigne escritor. No cabe en él, pues, una disertación crítica minuciosa como el análisis de la magna obra de Caro requeriría. Por todo ello me limitaré á dar una ligera idea de las *Traducciones poéticas* (3) del género lírico, y aun he de añadir que su publicación y el deseo de que los lectores españoles las admiren conmigo, ha

(1) *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos, con una introducción y notas*, por M. A. Caro.—Bogotá: Echeverría Hermanos, 1873.

(2) *Una nueva traducción de Virgilio*. Estudio extenso y competentísimo que puede leerse en el *Homenaje* al Sr. Caro, ya citado, pág. 69 y siguientes.

(3) *Traducciones poéticas*, por D. Miguel Antonio Caro.—Bogotá: Librería americana, 1889: un vol. en 8.º de 256 páginas.

sido el principal estímulo que me ha movido á escribir estas líneas.

Como el tiempo apremia, tendré que ser breve, y mi incompetencia me obligará también á serlo. Por mis escasos conocimientos de literaturas extranjeras, no puedo juzgar debidamente todas las traducciones, pues la crítica seria requiere detenida comparación entre el original y su interpretación poética. Las más veces he debido considerar las versiones como composiciones originales, y sólo por la impresión que me han producido, lo cual no basta para basar un juicio completo, y para fallar sobre las dos faces de toda traducción, la que está vuelta de cara al original, y la que sólo atiende al efecto y encanto del lector.

D. Miguel A. Caro no traduce por instinto, ni á ton-tas ni á locas como tantos otros. Cultiva este ejercicio con tanto respeto como una ciencia, y no es posible sorprender en él aberraciones artísticas que condena, y que, hijas de falta de buen gusto y de inconsciente empirismo, nos dan por resultado que un Rodríguez Rubí traduzca á Manzoni en silvas ó que el Licenciado Viana nos dé las *Metamorfosis* de Ovidio en variedad de metros. Caro, por el contrario, sabe lo que trae entre manos; nadie como él ha podido reflexionar, en largas experiencias de veinticinco años, en las dificultades de esa labor ímproba y paciente, llegando á la concepción de un ideal de traducción siempre fielmente seguido, que sorprende á cuantos leen su castizo y profundo prólogo, por su exquisito sentimiento del arte, y por el respeto que le profesa.

En su sistema tiene más cabida la reflexión que la espontaneidad, por lo mismo que sujeta al autor á un análisis de su carácter, cuya conservación es la norma fun-

damental de su trabajo, adivinando ó escudriñando lo más íntimo de sus facultades poéticas, de que trata de apoderarse, más que por la interpretación literal de la palabra, por la asimilación de su modo de componer y de ver las cosas en general. Á veces va á sorprender esta índole genuina de cada autor, en composiciones distintas á las que vierte, cuando no le es dable traducir el mismo giro, la misma frase que tiene á la vista. Según él entiende, el traducir es difícilísima labor, mixta de imitación y adaptación, de refundición y de correspondencia. Entre la fidelidad conceptual y la rítmica, prefiere siempre la primera, aunque su objetivo es conseguir la unión de entrambas. Respetando el valor de la palabra gráfica y el *danzado* de la estrofa rítmica, según feliz expresión suya, busca sobre todo sorprender el punto de la conjunción íntima entre el pensamiento y el lenguaje.

Ese excesivo baño de reflexión hace que algunas veces las poesías traducidas se sumerjan demasiado en el espíritu de Caro, y salgan más parecidas á él que á los autores originales. Pero esto no sucede siempre, y generalmente sorprende su ductilidad para trasladar las poesías de más opuesto carácter, y la fidelidad con que realiza esta operación, de manera que está tan admirable traduciendo, por ejemplo, á Virgilio como á Lamartine, á Propertio como á Longfellow. ¿Conseguiríase esto, sin una paciente educación literaria y un ejercicio científico y consciente del arte de traducir? Ha observado ya el joven crítico colombiano Sr. Gómez Restrepo, que, entre los traductores castellanos modernos, es tal vez Caro el que mejor posee esta facultad de adaptación. Así, Menéndez, que acierta al traducir los clásicos, no es tan feliz cuando se trata de poetas románticos; y así Llorente, que tan bien roba su alma á Schiller, Goethe, Víctor



Hugo, etc., no se ha ejercitado, que sepamos, en versiones clásicas.

No se crea que Caro desprecie ciertas nimiedades que en la traducción no lo son, pongo por caso, el metro, el uso de esdrújulos ó de agudos, la consonancia ó el verso libre, etc. Muy al contrario; siempre que puede se adapta al metro y al ritmo del original; cuando no puede le reemplaza por el más equivalente, y hasta se toma la libertad de inventarlo si no le hay en castellano, no retrocediendo delante de combinaciones inarmónicas, ni de versos de nueve sílabas, de pareados, ó de rimas demasiado cercanas como las del *Dies iræ*, v. gr., con tal de conservar la *intención rítmica*. En una palabra, respeta el epíteto gráfico, no el ripio; el aire rítmico, no la sonoridad vacía; la intención de la frase más que la frase misma.

XII

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONÉS

Siguiendo el procedimiento en este trabajo adoptado de presentar á los lectores lo mejor de cada nueva colección poética de Caro, procedimiento que puedo elegir con más derecho que el que invocan los que no conocen más crítica que la de andar á caza de ripios y lunares, me fijaré ahora en una traducción, que, en mi sentir, es la joya del último tomito del escritor bogotano. Ella muestra hasta qué perfección extrema puede llevar el racional sistema empleado por éste, si con constancia y fe se emplea, pues es la obra más reciente del florilegio. Nos referimos á las *Memorias de los muertos* de Lamartine conocida en el original con el título de *Pensée des Morts*. De ésta al *Sueño del soldado* de Campbell, que es la

primera, van veinticinco años de distancia, y muchísimos grados de progreso.

Mi veneración por la más perfecta traducción de Caro se sale de los límites de lo ordinario, y llega hasta el asombro. Para mí la literatura castellana no tiene que envidiar á la francesa esta joya, pues la posee por afortunada conquista del genio. Cuando por vez primera leí en la *Nación* de Bogotá las *Memorias de los muertos*, no pude menos de comunicar mi admiración al dichoso intérprete de Lamartine que tan bien había sentido la majestad, la ternura, la honda melancolía y las bellezas sin cuento de tan soberbia inspiración, menos conocida de lo que merece serlo.

No creo que nadie ponga reparos á mi afirmación de que el original sale á veces muy mejorado en la copia, y siempre en perfectas condiciones de igualdad. Caro ataja las amplificaciones y corrige los descuidos del poeta francés, y los convierte en frases acabadas y de intachable corrección. Véase cuán inferior es Lamartine, cuando dice del sol :

Il jette par intervalle  
Une lueur de clarté pâle  
*Qu'on appelle encore un jour,*

á la versión castellana que da á la idea mayor energía, menos prosaismo y más sentimiento de lo real :

Anochecida neblina  
Le emboza, y de cuando en cuando  
Anúnciase, despertando  
Con luz enferma y mezquina.

Sin atarse al original expresa el mismo pensamiento con novedad y felices rasgos que otro que se ciñera á la letra no hallaría, en el siguiente pasaje :

Ya el bosque no estremece  
 La fuente con sordos ecos  
 En desabrigados huecos  
 Muda el ave se guarece.

Las décimas del poeta bogotano tienen una rotundidad y energía, que es inútil buscar en los metros franceses. La décima castellana da á los finales un corte sentencioso ; la inteligencia los aguarda con expectación, y ella y el oído se recrean de consuno ; una al ver cómo se desarrolla en el estrecho cauce el pensamiento, y el otro al percibir con qué aparente espontaneidad despliega sus cadencias el armonioso período. Caro tiene en este metro admirables aciertos.

En esta misma estación  
 Os vi pálidos ayer,  
 ¡Oh dulces frutos!, caer  
 Sin llegar á granazón.  
 Mozo, á una generación  
 Solitario sobrevivivo ;  
 Y cuando el recuerdo avivo  
 De aquellos que tanto amo  
 Con muda intención los llamo  
 Y miro *allá* pensativo.  
 Su tumba está en la colina,  
 La senda conozco bien.  
 ¿Mas yacen ellos también?  
 ¿Allí su esencia divina?  
 Torna el ave peregrina  
 Que cruza espacios desiertos ;  
 Otra vez á nuestros puertos  
 Barcos vendrán que zarparon ;  
 ¡ Y la línea que salvaron  
 Nunca repasan los muertos!

Los últimos versos de Lamartine, dicen :

Mais de son étroit espace  
 Leur âme ne revient pas.

Como ejemplo de dulzura lamartiniana, vayan las siguientes estrofas :

De olvido no os quejéis, ¡oh manes caros!  
 ¡Oh dulces prendas de entrañable amor!  
 Quien se olvide de sí, podrá olvidaros;  
 Para quien tenga lágrimas, lloraros  
 Es la dicha mayor.

Si los que en vida nos amaron tanto  
 También hermanos en la ausencia son,  
 Por ellos ¡oh Señor, tres veces santo!  
 ¡Dios suyo y de sus padres!, va con llanto  
 Á ti nuestra oración.

Véase ahora el original de la última estrofa, para que se haga cargo por sí propio el lector del modo cómo Caro traduce, ó mejor dicho, refunde el modelo :

¡Dieu de pardon! ¡Leur Dieu! ¡Dieu de leurs pères!  
 Toi que leur bouche a si souvent nommé  
 Entends pour eux les larmes de leurs frères!  
 Prions pour eux, nous qu'ils ont tant aimé!

Iguals bellezas sorprendemos en el *Lago* y en el *Ocidente* de Lamartine y hasta en algunos de Víctor Hugo, pongo por caso, á *Francia*, que vale mucho, truncado y todo, por sus valientes redondillas. La índole de Víctor Hugo no se aviene, sin embargo, tanto con la soñadora y reflexiva de Caro como la de Lamartine.

La de la poesía inglesa, en cambio, más sobria, íntima y concisa, merece todas sus preferencias. No podía menos de cautivar á un poeta que huye como de temible contagio de la redundancia y afán de oropel, que ha invadido tantas veces el Parnaso castellano. Longfellow, Bryant y Montgomery son sus poetas favoritos (1). Del

(1) Los poetas ingleses preferidos por Caro no son Young, Dryden, ni el falso Ossian, ni Pope, ni Byron, es decir, los que pasan por primeras figuras de aquella literatura, sino otros que no destellan tan vivos fulgores, á quienes él llama *estrellas fijas*, como los arriba citados, y además

primero hay que citar la sencilla y sentida poesía *El herrero de aldea* (The village blacksmith) y el conocido *Excelsior* (1); de Montgomery *La oración* y *La separación*; y aunque sea de las primeras, me gusta mucho *El entierro de Sir John Moore* (*Burial of Sir John Moore*); que me recuerda una reciente aplicada á un asunto semejante, del poeta Ortiz. Por último, entre composiciones clásicas, francesas, inglesas, italianas, brilla una de nuestro catalán Mosén Verdaguer; de las de éste, la más adecuada quizá al genio de Caro. Se titula *A orillas del mar* (*Vora la mar*) y de buena gana copiaría de ella un fragmento, si el tiempo y el espacio de que puedo disponer me lo consintieran.

### XIII

Un crítico moderno á lo Hermosilla, de esos que andan buscando ripios y gazapos, y que se distingue más por su ingenio que por su cultura, echa en rostro á Caro su amor por la *paleontología literaria*, y le pide que en adelante nos dé menos fiambres y menos temas propios de un alumno de retórica. Advierto que por fiambre entiende la magnífica traducción de Virgilio y tema de retórica el *Tratado del participio*, del cual dice el sesudo crítico

Campbell, Wolfe, Newman y Schelley, por ningún escritor quizá vertidos antes al castellano. A Schelley, del cual sólo ha dado á conocer la *Alondra*, que es de las más esmeradas, le apellida Taine uno de los primeros poetas de este siglo.

(1) El *Excelsior* de Caro es muy superior al de Llorente y al del americano J. A. Soffia. Este último tuvo el capricho de traducir la famosa obra de Longfellow en endecasílabos esdrújulos, y no hay que decir que le salió tan lleno de ripios, cuanto son los esdrújulos. Caro, siguiendo la concisión extrema del modelo, lo vertió en octosílabos pareados con grandísimo acierto y rápido movimiento lírico.

cubano Sr. Merchán, que es una pirámide levantada en el campo de la filología. Supongo que no diría ó no dirá lo propio el citado escritor después de conocidas las *Traducciones poéticas*. De seguro que se asombrará si estas líneas lee, al saber que de las 88 composiciones vertidas por Caro, sólo 8 pertenecen al género *fiambre*, que diría él, ó al clásico, que decimos los demás mortales.

No significa esto que no sea mucho mayor el número de clásicos interpretados en castellano. Aparte de la versión de Virgilio, nos advierte el mismo traductor, que las poesías de Ovidio, Propercio y Tibulo que figuran en este volumen, son sólo muestra de una colección titulada *Flos poetarum* que permanece inédita. Menéndez y Pelayo nos tiene también dicho lo que ha hecho como poeta horaciano.

Otra cosa se observa en el citado volumen, y es la gran influencia inglesa en la educación literaria de Caro, poeta y escritor de verdadera cultura, que ni desprecia lo antiguo por ser tal, ni lo moderno por moderno, sino que de todo admira lo mejor y vive en comunicación intelectual con los géneros de todas las épocas. Y esa observación sobre la influencia de la poesía inglesa no sólo se aplica al hijo ilustre de Bogotá. El parnaso colombiano, el más español de todos, es el que más gusto ha tomado por aquélla, que tan desconocida es generalmente en España, y principalmente en nuestros días. Cabalmente á nuestro lirismo que ha pecado siempre, como dije ya, de palabrería y redundancia, le sentaría tan bien como al colombiano, una infusión de la concisión y sencillez de los poetas de Albión.

En las traducciones de Caro he notado unas cuarenta y dos de poetas ingleses : casi se llevan la mitad del tomo. Entre ellas figuran una delicada del *Puente de los sus-*

*piros* de Hood y otra de *La Evangelina* de Longfellow, de Rafael Pombo. La afición anglo-sajona se ve palpable en este genial escritor, en Diego Fallon y en Rivas Groot, y los dos últimos casi son ingleses de nacimiento; se muestra también en Jorge Isaaks, original poeta, autor de la sentida y patriarcal *María*, traduciendo á Moore; en Escobar, que hace lo propio con Byron; en Enrique Álvarez, convirtiendo en colombiana la *Parisina* del mismo poeta; en Candelario Obeso, enamorado de Shakespeare; en César Conto, entusiasta de Longfellow, y en muchos otros; y me hallo todavía muy lejos de haber apurado la materia. También son en gran número los colombianos que se han educado en Londres y Nueva York, y los escritores que han desempeñado funciones diplomáticas en países anglo-sajones. Díganlo, entre otros cien, Rafael Pombo, Benjamín Pereyra, el actual Presidente titular de la República, Rafael Núñez, valiente y original poeta, el prologuista y casi editor de sus poesías, Daniel Reyes; José Samper, Torres Caicedo, Santiago Pérez, etc.

#### XIV

No quiero terminar estos artículos sin hacerme cargo de dos acusaciones que se han dirigido contra Caro, y hecho vulgares entre cierta clase de gentes, y sin poner en su punto lo que de verdad haya en ellas. Voy á hablar con la mayor sinceridad, y no quisiera que en lo que diga se vea espíritu de adulación ó de benévola amistad, sino anhelo de justicia. Á Caro, como á Menéndez y Pelayo, á Rafael Núñez, á Valera y á tantos otros que

se han distinguido por el vigor de su pensamiento y los tesoros de su erudición, se le ha negado el título de poeta. Con dificultad se concede el laurel de Apolo al que se presenta con el vestido cubierto por el polvo de los libros. El hombre es avaro en conceder universalidad de facultades á sus semejantes.

En Caro el exceso de reflexión, ó, más bien, el perfecto equilibrio de la razón y de la fantasía, ha alejado de sus versos á muchos que no juzgan poeta sino al que se presenta adornado con las galas de una imaginación desordenada y brillante. De las dotes que principalmente caracterizan al discípulo de Apolo, no negaré que lo que parece algunas veces faltarle es la espontaneidad, y que su misma corrección le hace aparecer frío, y su ensimismamiento, nebuloso.

Mas á pesar de esa frialdad serena unas veces, y de cierta monotonía otras, tengo á Caro por gran poeta, y no soy el primero en afirmarlo, porque todos los críticos que de él han hablado han roto lanzas en pro de esta conclusión. No es el poeta de esos delicados sentimientos del hogar que todos comprenden, ni de esas pasiones de fuego que todos sienten, sino de aspiraciones ideales y nobles que muy pocos gustan, de la vida del espíritu más rica y quintaesenciada á que contados elegidos se elevan. Para los que buscan en la poesía no más que imágenes, color, lava ardiente, vida externa tumultuosa, y huyen de todo concentrado subjetivismo, no es ni será nunca poeta. ¿Mas esto qué importa? El que sabe sentir, ya que no siempre pintar la naturaleza, y recoger en su corazón sus más recónditos y misteriosos murmullos, aunque no traslade á su paleta sus ricos y espléndidos colores; el que sabe interpretar y hacer suya el alma de otro poeta, como si fuera su hermana, es poeta. El que expresa con



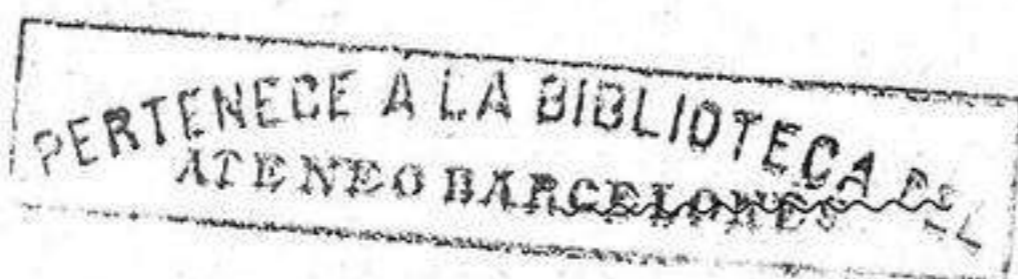
brío lo que los demás hombres sienten de un modo confuso, y da voz humana á los ecos más lejanos de los ensueños del espíritu, es poeta. Caro lo es, pues, y con variedad de tonos y fisonomía originalísima.

El otro defecto que se le echa en cara, á más de la falta de espontaneidad, es su lenguaje arcaico y rebuscado. En efecto, lo es á veces con exceso, y no todos entienden sus giros, muchos de los cuales son hoy desusados. Destruyen con frecuencia una estrofa sentida, voces como el *genitor* amante, la *diva* mano, el *combo* cielo, el *canglor* de una trompeta, el *garzón*, etc. Son esos ligeros reparos y el corazón se alegra, cuando con tan corto tributo se desagravia á la crítica imparcial. El empleo de latinismos no es tan excusable como el arcaismo en el modo de cincelar las estrofas. Obras maestras, cual la oda al Libertador, no se escriben sólo para los contemporáneos, sino para muchos siglos y generaciones. El moderno naturalismo tiende á destruir esos moldes filológicos ideales, que se mantienen incólumes al través de las renovaciones dialectales y de las imposiciones de la moda, y en verdad que no tiene razón. Hay ciertos géneros elevados que, como la escultura griega, necesitarán siempre de amplias clámides y túnicas severas.

A. RUBIÓ Y LLUCH.

# Á LAMARTINE

EN SU CENTENARIO



Es falso que el torrente melodioso  
Que al golpe de tu plectro de diamante  
Brotar hiciste del Olimpo estéril,  
Empobrecido por los viejos vates,

Se haya secado en las ingratas dunas,  
Como inútil Gehón de otras edades,  
Sin dejar una flor de sus riberas,  
Sin que recuerde sus rumores nadie.

Falso que tu arpa augusta y redentora,  
Que oyeron con ternura nuestras madres  
Y enseñó á palpar al siglo enfermo,  
Dolorido y sin voz mientras callaste,

Ruede perdida entre los nuevos hombres,  
Como el proscrito en extranjeros lares;  
Como del golfo en las calladas sirtes  
Bajo el desierto azul flota un cadáver.

Yo sé que de tu *lago*, y en tu góndola,  
Surcan las quietas linfas los amantes,  
Y sus votos eternos les confían  
Pidiendo á tus estrofas su lenguaje;

Postrado en el oscuro presbiterio,  
Al crepúsculo umbroso de la tarde,  
He visto á *Jocelyn* ahogar en himnos  
Todo el dolor de una existencia errante;

Y sé que cuando el astro del silencio  
Sobre las tumbas su fulgor esparce,  
Y en el terso arenal caudas de sombra  
Tiende la inmoble procesión de sauces,

Tus trenos por tu Julia, que aún despiertan  
Del Tintoreto los luctuosos manes,  
Junto á una cruz en su dolor murmura  
Más de un herido corazón de padre.

Tu voz no ha muerto, ¡Lamartine! La siento  
En la paz de los bosques y los mares,  
En los ecos del valle y de la noche,  
En las ondas sin ruido de los aires;

En dondequiera que una mano enjuga  
Las lágrimas del hombre ó del infante;  
En todas las angustias que sonrían  
Á la esperanza muerta que renace,

Las cáfilas inquietas de Mercurio  
Ahogarán en su grito tus cantares,  
Mas ¿qué ofende á la luz, que el miope vea  
Sólo la sombra que á sus pies se abate?

¿Tiene acaso qué dar por tu corona  
El rico Aliborón de las ciudades?  
Hoy que has subido á más excelsa cumbre,  
De más arriba tu desdén le cae.

Gladiador de las fiestas de las Musas,  
Tuya fué la diadema en cien combates;  
Moisés de un pueblo en sedición, centella  
Fué tu voz, que hizo humo su estandarte.

¡Ninguno como tú! Si por la lira,  
No por el corazón tienes rivales;  
Ni la avaricia descontó tu sueño,  
Ni el limo subió en hostia á tus altares.

Nunca en tu amargo pan fermentó el odio;  
Muchos te hirieron, nunca te vengaste;  
¡Tu error fué el heroísmo en la quimera!  
¡Te embriagaste de gloria, no de sangre!

¡No! La flor inodora del olvido  
 No secará en tu huesa sus estambres;  
 Mientras la tierra se enguirnalde en rosas  
 Te cubrirán sus aromosos nácares.

Rompe los muros del abismo eterno,  
 Ven, ¡oh *rey de los cantos inmortales!* (1)  
 Y escucha los clamores de tu siglo  
 De Mâcon á los polos dilatarse.

Es que el siglo en su ocaso te saluda  
 Y colora en tu sien su último esmalte,  
 Como su último nimbo el sol poniente  
 En la más alta cresta de los Andes.

Es que no toda fe con él sucumbe:  
 Ni el amor, lazo que une el hombre al ángel;  
 Ni la inquietud eterna por lo ignoto;  
 Ni el ideal, Tarpeya de los mártires.

Que después que te fuiste, más cruenta  
 Es la lid de lo noble con lo infame;  
 Y vuelven á nacer los *girondinos*  
 Y á morir por las patrias libertades.

Y te invocan á ti, porque tú enseñas  
 Que en el cadalso mismo lauros nacen;  
 Que se puede, cual tú, morir vencido,  
 Y llevarse del mundo un alma grande.

RAFAEL M. MERCHÁN.

BOGOTÁ: 1890.

(1) *Roi des chants immortels...* Apóstrofe de Lamartine á Byron en la meditación *L'Homme*.

# LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

SEGÚN UN RECIENTE LIBRO RUSO (1).



## II

Los partidos políticos y sus prohombres.—La novela española.

**D**ESGRACIADAMENTE vivimos en una época de odios políticos que nos hace injustos con lo grande y bello en nuestros adversarios; y sólo cuando largos sufrimientos inmerecidos vierten en nuestra alma el bálsamo de la tolerancia é indulgencia, nos infunden la estimación de todas las convicciones sinceras, apercibimos en toda su variedad artística los encantos de aquellas luchas, que, al fin y al cabo, resultan beneficiosas al progreso y la felicidad humana. Cuatro años de sufrimientos en los calabozos del despotismo moscovita han realizado en el alma de Paulowski aquella transformación que le hace justo é indulgente con las opiniones más encontradas.

No ha sido fácil al extranjero formarse una idea cabal de nuestros numerosos partidos políticos; para lograrlo ha tenido la valentía de visitar á todos los jefes y subje-

(1) Al entrar en máquina este artículo llega á nosotros la noticia de que la Casa Ramírez, de Barcelona, se dispone á publicar en castellano el libro de Paulowski á que se refiere el presente escrito.

fes de nuestro Olimpo, encontrando por doquier «una amabilidad y sinceridad extraordinarias». Sin embargo, también aprendió en estas visitas «que los literatos y políticos hablan muy mal los unos de los otros, sin parar mientes en adjetivos y calificativos». Su impresión general es muy lisonjera para los republicanos, pero me parece que exagera bastante al afirmar «que entre los partidos republicanos están incluidos todos los talentos y las inteligencias de España, y que la proximidad del triunfo de la República es tal, que ya les preocupa arreglar el porvenir. Castelar, continúa el autor, aconsejaba á un embajador que diera á su Gobierno respecto á España, la noticia de que dentro de dos años tendremos la República; «porque de otro modo engañaría á su país».

Ya sabemos la suerte de las profecías en general, y de esta suerte no pueden eximirse las de D. Emilio; han pasado cinco años, y el embajador—por más señas, de una de las grandes potencias—se encuentra esperando la realización del vaticinio de su amigo. En cuanto á los talentos y las inteligencias, no hay que olvidar que el sabio más celebrado, Menéndez y Pelayo, es muy católico; que los novelistas más ilustres, Doña Emilia Pardo Bazán, Pérez Galdós, Valera y Alarcón son muy monárquicos, y que entre nuestros grandes dramaturgos está el conservador Tamayo y Baus al lado del eminente Echegaray cuyos entusiasmos republicanos nunca habrán preocupado seriamente á los sostenedores del régimen monárquico. Sin embargo, más todavía que el extranjero Paulowski exageraba el Sr. Pi y Margall al decirle «que si Sagasta no se une con los republicanos inmediatamente, es porque teme al federalismo». El sagaz don Francisco se habrá sonreído maliciosamente al pensar que cien millones de rusos creerán aquella doble hipér-

bole, que deja malparado á D. Práxedes y coloca al republicano de la histórica barba blanca en una actitud imponente de divinidad olímpica al exclamar *Quos ego!*

«La situación del Rey, escribe el autor, es, á consecuencia de todo esto, muy triste. Por simpatías personales es liberal, pero se ve obligado á apoyarse en los conservadores, á quienes odia. Nadie, ni siquiera el republicano más acérrimo, duda de sus buenas intenciones, y le aplaude por su valentía, inteligencia, etc., pero á pesar de esto no se le saluda en las calles, y los periódicos le llaman D. Alfonso á secas....»

»No hay duda alguna, en España la monarquía ha pasado de moda, resultado de cuarenta años de régimen representativo, pues Edgard Quinet describe en su viaje por España del año 1845 el entusiasmo con que las masas aplaudían á la reina Isabel II, los sombreros volando por el aire y millares de voces exclamando: *¡ Viva la reina!* La reina, sin embargo, apenas se dignaba responder á estos entusiasmos con una ligera inclinación de cabeza. Parece que han pasado siglos desde entonces acá.» Curioso es el empeño con que un senador, cuyo nombre no indica el autor, le quiere persuadir de que D. Alfonso XII participaba de las opiniones de la izquierda. Pensaría el tal: «estos rusos creen que un monarca debe ser conservador; diremos que es casi republicano y que aceptaría gustoso el fallo de la mayoría de las Cortes, aunque éste exigiera, según la Constitución de 1869, la República, *aliquid haeret!*» En efecto: el Sr. Paulowski no conocía cierto párrafo de la *magna carta* de los izquierdistas, y afirma con entusiasmo el liberalismo de D. Alfonso. Hacer del rey un izquierdista no es tan grave error como hacer del Sr. Pi el «hombre de hierro» en vez de el «hombre de hielo», lo cual demuestra

cuán fácil es obtener en el extranjero la reputación de un canciller *de hierro* aún siendo persona de natural tan suave y pacífico como el apóstol federal, á quien además caracteriza muy bien el autor al decir que produce el efecto de un catedrático de universidad. Un *catedrático*; la nota más característica de este conspicuo personaje—*honny soit qui mal y pense*.

Si el mencionado senador izquierdista exageraba algo el liberalismo de D. Alfonso; Pi y Margall también exageró mucho respecto al credo de los conservadores, cuando dijo á su *interviewer* «que ninguno de los conservadores era verdaderamente monárquico, sino sólo para conservar el poder, porque comprenden que dentro de la República no significarían nada». Dada la extraordinaria formalidad del Sr. Paulowski y su larga práctica de publicista y representante de los diarios más importantes de Rusia, ha debido fijarse en los términos exactos de las afirmaciones de esta clase: y yo supongo que don Francisco desarrollaría *trop de zèle* en este caso, aunque parezca contradictorio á su carácter de «hombre de hielo». De otra parte, demuestra modestia afirmando que le parece probable en principio una república centralizada como en Francia, que después se transformaría poco á poco en una federal, y esto *inevitablemente*.

Como buen patriota, que quisiera ver planteado el constitucionalismo en Rusia, el autor explica á sus conciudadanos el mecanismo ingenioso de las elecciones en España, sin duda con el loable propósito de quitarle el miedo al «pueblo soberano» á los *tchinovnihs* rusos. Al objeto cita pasajes de discursos del Sr. Romero Robledo, que bien merecen ser traducidos á todos los idiomas del universo; la muestrecita siguiente es de cierta actualidad:



«Sí, señores; hemos encarcelado á varios electores; pero esto, ¿qué significa? Vosotros habéis hecho más. Hemos prohibido vuestros periódicos, como vosotros habéis prohibido los nuestros cuando estuvisteis en el poder; hemos destituido alcaldes que no son de nuestro partido, y vosotros habéis hecho lo mismo con nuestros alcaldes», etc. El amable publicista afirma que «el joven ministro Romero Robledo representa el tipo del político al día de la España contemporánea; alegre, elegante, amable, defiende con habilidad en pocos años unas tras otras las ideas republicanas, liberales, monárquicas, monárquico-conservadoras, y por último, completamente reaccionarias, con marcada tendencia ultramontana. Mañana defenderá otra vez ideas liberales y republicanas, según de donde sople el viento». Quizá esta profecía tenga mejor éxito que la anterior del Sr. Castelar, referente á la República.

Hablando mucho de este gran filósofo y orador, el escritor ruso merece una censura severa por la falta de entusiasmo con que presenta á sus compatriotas las grandes figuras de la España contemporánea. Para apreciar justamente los extraordinarios méritos de un Cánovas como orador, dialéctico y gran carácter, quizá es preciso conocer á fondo las dificultades con que tienen que luchar las empresas políticas en España, y por la misma razón no es extraño que Paulowski sólo hallase en Ruiz Zorrilla «la poderosa personalidad de un rico propietario acostumbrado á dominar y á dar órdenes», sin admirar su constancia, sus condiciones morales y sus extraordinarias cualidades de jefe de partido. Tratándose, sin embargo, de Castelar, que no puede menos de provocar admiración ilimitada hasta en sus adversarios políticos más encarnizados, como lo es el autor de estas líneas,

hay que reconocer la exuberancia casi oriental de su estilo, pero á la vez confesar que en hermosura de frase no conoce igual en ningún país ; que ningún autor reúne fantasía tan brillante con tanta profundidad filosófica, que nos sorprende con síntesis sublimes, acreditándose de pensador de primer orden. No hablo de sus célebres discursos, donde Paulowski ha encontrado fácilmente párrafos grandilocuentes que ofrecer á sus lectores á fin de que formen idea de la poderosísima personalidad de Castelar. Si admira hablando, escribiendo encanta. Hace algunos años traduje para mi revista *Spania* la novela *Ricardo*, y á cada página me quedaba embelesado ; el capítulo sobre la «Noche de San Juan», por ejemplo, es un tesoro de poesía y de ideas sublimes.

Tanto más me extraña esta falta de entusiasmo en Paulowski, cuanto que el autor no puede sentir contra el gran publicista rencores de ninguna clase, porque Castelar ha tratado siempre á los eslavos con suma indulgencia, al revés de los germanos, á quienes profesa tan poco cariño, que nada germánico encuentra benevolencia en él. Así me explico que nos dijese, al preguntarle Paulowski en mi presencia su opinión sobre el problema social «*Le socialisme c'est une bêtise allemande*». Disraeli tenía mucha razón al afirmar que el principio más poderoso en la historia de la humanidad son los odios y las afinidades de raza ; al apreciar á Castelar no puede olvidarse esta profunda verdad. La sangre greco-latina del hijo de Cádiz impulsa al célebre tribuno contra los descendientes de aquellos bárbaros del Norte que inundaron la hermosa civilización romana sepultando á Italia y España bajo escombros y ruinas, para que resucitaran después al sentir la influencia de los árabes. Sin embargo, el Renacimiento encontró fuerte apoyo en el idealis-

mo soñador de los germanos, y ellos rompieron para siempre las cadenas que Roma quiso imponer al pensamiento. Sin el entusiasmo de aquellos bárbaros estaría hoy la civilización estacionada ; este entusiasmo es lo que falta á los nuevos bárbaros del Norte, al gran pueblo ruso, y no es milagro que el hijo de este pueblo no sienta ni comprenda las bellezas del estilo de Castelar. Es este uno de los flacos de la obra de Paulowski, abundante en finísimas y atinadas observaciones, pero sin el calor de los grandes entusiasmos, y las grandes pasiones, y las grandes reverencias. Quizá ha sido fatalidad : los rusos entraron en la vida intelectual de Europa justamente cuando ésta atraviesa un laborioso período de transición, mientras los ideales se encuentran oscurecidos por un utilitarismo y materialismo embrutecedores.

Respecto á la impresión producida por Castelar en Paulowski, el autor ruso escribe lo siguiente : «Es hombre grueso y no muy alto, con éxtensa calva y gran bigote entrecano. Desde el primer momento fijan la atención sus grandes ojos, negros y llenos de fuego y bondad. La mirada y los modales tienen algo de guerrero, de poderoso ; se advierte en seguida que este hombre está mimado por los éxitos y acostumbrado á imponerse. Al mismo tiempo es extraordinariamente amable y hospitalario, cual verdadero español.... He tenido ocasión de apreciar su bondad infinita, su honradez política y su inmensa lectura, particularmente en materias históricas y teológicas. Pero al mismo tiempo debo decir que difícilmente se encontrará en Europa hombre público más convencido de su valer.

Presencí una noche que le presentaban en París á varios escritores y diputados. Sin siquiera escuchar lo que le decían, Castelar dijo á todos, apretándoles la

mano : « *Merci! merci!* »—Como todos los halagados por el éxito, Castelar no quiere atribuir valor á la opinión ajena. En realidad : posee Castelar un estilo brillante, gran verbosidad, y su modo de manejar la prosa es muy análogo al de Víctor Hugo, sin que Castelar deje de tener á veces la expresión sublime y las hermosas antítesis de este último.

La obra reciente de Castelar sobre Rusia contiene algunos párrafos que sublevaron mi patriotismo. Como hombre verdaderamente liberal, no odia, en efecto, á ninguna nación; pero su amor por una frase bonita, le lleva á menudo muy lejos.... «Su talento de orador (así termina Paulowski su detenido estudio sobre este personaje), el timbre de su voz es enérgico y apasionado, su erudición grande, su fantasía poderosa; pero al reflexionar en el discurso se percibe que sacrifica al arte y á la poesía la serenidad del juicio.»

El corresponsal parisiense del *Nowie Uremia* de Petersburgo hubiera debido comparar la oratoria española con la de Francia, lo cual sería de verdadero interés : así se formarían sus lectores exacta idea de la importancia de los tribunos de España, y su juicio como ruso daría á esta comparación mayor valor de imparcialidad aún. No dudo que hubiera reconocido la supremacía indiscutible de la oratoria española, que puede enorgullecerse de varios oradores superiores á los Gambetta, Jules Simon y otros ; y yo por mi parte los prefiero también á los celebrados oradores ingleses y alemanes. Por eso encuentro severo el juicio de Paulowski sobre Castelar, aunque reconozca algunos de sus méritos, y por eso siento que no rinda merecido homenaje á Cánovas, Silvela, Moret y otros muchos.

\* \* \*

La tendencia general de nuestra época es esencialmente materialista y poco adicta á los generosos ideales de las generaciones pasadas. Los problemas económico-sociales que nos agitan extienden su influencia hasta el arte, tan refractario al cálculo egoísta y á la pesadez de las cifras estadísticas ; y los talentos más universales en todos los países, los Zola, Verga, Kretzer, Dostoievsky, Tolstoy y otros, declaran en sus obras que existe una relación íntima entre la materia y el espíritu , entre la economía y la moral, entre la fisiología y la psicología ; y la buena nueva del naturalismo moderno consiste en demostrar en todas las manifestaciones de la vida este principio eterno, señalando á la vez el camino por donde debieran dirigirse los esfuerzos de los reformistas sociales. La novela realista y naturalista cumple de este modo una elevadísima misión en la sociedad moderna, y no es mera coincidencia casual la que empuja á los espíritus fuertes con irresistible movimiento hacia el naturalismo más resueltamente cuanto más penetran el eterno misterio humano. Por algo en España el talento más viril entre los grandes novelistas aclamados hoy es la apasionada propagandista del naturalismo, Emilia Pardo, y bien dice el crítico ruso que «la obra *La Cuestión palpitante* honraría á cualquier sabio especialista».

Paulowski habla con detención de la gran obra patriótica de Galdós ; pero siento mucho que no haya paralelo entre esta obra y la novela semejante de su compatriota Tolstoy, *Guerra y paz*, también cuadro histórico grandioso que representa la misma guerra nacional contra las hordas de Napoleón I, comparación que casi se impone á todo literato ruso al leer los magníficos cuadros del novelista español. Quizá el crítico hubiese encontrado entre estas dos obras maestras una diferencia

parecida á la de la impresión que , por ejemplo, recibe una señora y un hombre político al asistir á una de las sesiones agitadísimas de las Cortes españolas, el Parlamento más dramático y artístico del universo. La señora estará encantada de los efectos de luz y de la animación de aquellos debates ; pero como Galdós, verá más la parte puramente humana y artística, mientras un Tolstoy no puede menos de ver en los oradores á los representantes de corrientes seculares ; un Pidal le parecerá el defensor moderno de aquella sublime idea de la unidad católica , que tantas lágrimas y tanta sangre ha costado, y que ha sido durante muchos siglos el pedestal de la tétrica grandeza de España , la terrible defensora del catolicismo y adversario temido de la Reforma ; un Salmerón le parecería el descendiente de la civilización árabe y judía con su aspecto austero , y conservando aún en su físico los rasgos característicos del oriental, y en su espíritu algo de aquel sublime concepto del dios Jehovah, que flotaba en la fantasía del hijo del desierto , Mahoma....

La novela española está quizá demasiado alejada del contacto con las corrientes de la actualidad, y por esto faltan al cuadro de Galdós aquellas sublimes perspectivas que provocan la admiración en la obra de Tolstoy. Las grandes luchas desencadenan las pasiones gigantescas ; y la amorosa no es suficiente para llenar por completo nuestra alma ; he aquí uno de los defectos del extraordinario talento de Doña Emilia Pardo Bazán ; si este artista inspiradísimo se dejara inspirar por los sublimes ideales modernos, si un aliento humanitario conmoviese su grande alma de poeta, no dudo que formaría parte de los vates inmortales de la humanidad.

También el autor ruso parece ver en la Pardo Bazán

el primer novelista de España; pero cree preciso explicar á sus lectores que no es «naturalista», á pesar de decirlo ella misma, que «admira á Flaubert, Goncourt, Daudet, Zola, Turguenef y Tolstoy, y estima en ellos, ante todo, la verdad y el conocimiento de la vida». El «naturalismo» de la célebre escritora es uno de los rasgos admirables de su carácter independiente, y demuestra su valor cívico, tantas veces manifestado en sus luchas literarias y en las aventuras políticas de su primera juventud, página curiosa que detalladamente refiere nuestro autor en su libro. Para la joven generación de naturalistas zolaistas, que ya está abriéndose camino, á pesar de toda la oposición que encuentran en el país más tradicionalista del mundo, les ha abierto la valiente escritora la brecha, y hoy ya parece menos *sucia* la mano del naturalismo francés en España, desde que la diminuta y blanca mano de la Condesa estrechó fraternalmente la mano de Daudet, Goncourt, Zola y demás príncipes de la novela en París.

Terminaré esta reseña ya larga del libro de Paulowski con algunas palabras suyas relativas á Doña Emilia Pardo Bazán y D. Benito Pérez Galdós. No conozco realmente libro alguno escrito sobre la *cuestión palpitante* que revele más brillantez, inteligencia y energía. Con golpes maestros destruye teorías viejas, y arroja ídolos falsos de su pedestal. Su análisis, ó si queréis su erudición, es admirable por la finura y la amplitud de horizontes, y por la exactitud de las conclusiones.... En 1887 publicó un tomo sobre la literatura rusa...., obra muy curiosa, y divinamente escrita.... Lo más simpático de mujer tan inteligente es que su actividad literaria no la impide dedicarse á sus deberes de madre de familia, y no le roba ninguna de sus agradables condiciones de señora distinguida y amiga de la buena sociedad. Ella atiende á la

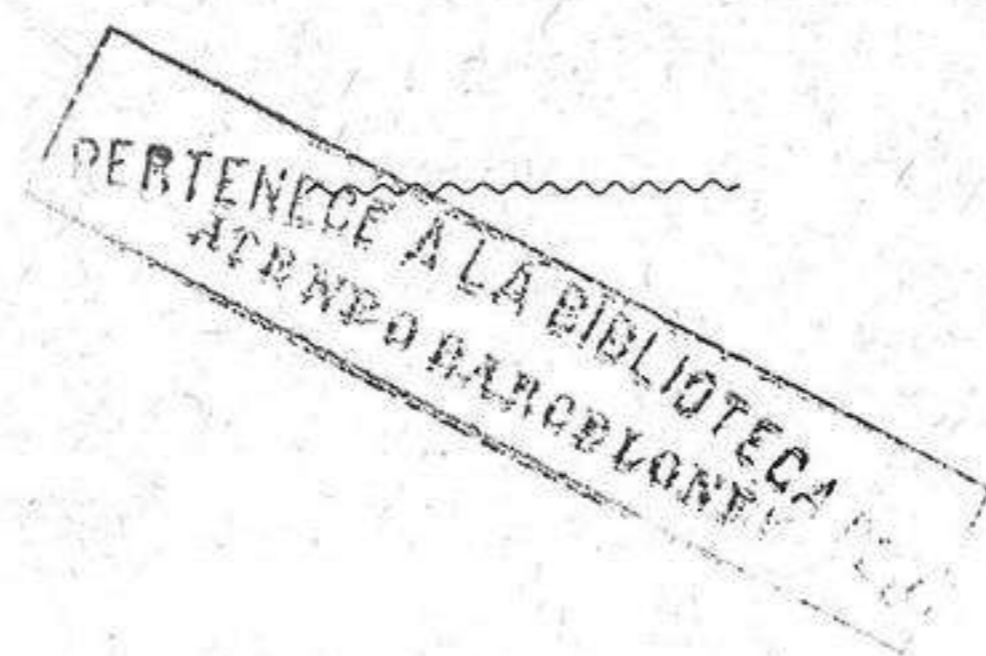
enseñanza de sus hijos, arregla su casa, y se presenta siempre alegre, sencilla é ingeniosa.

Respecto á Galdós, dice Paulowski después de estudiar detenidamente las principales obras suyas, analizándolas, y exponiendo la trama á sus lectores: «Tiene actualmente unos cuarenta años; es alto, delgado, y de aspecto fino y modesto. Por su modo de vivir y su concepto del mundo es un solitario, un observador retraído; persona afable, pero enemiga de apariencias, que profesa un desprecio soberano al ruido y á los engaños de la vida de Madrid. Como escritor, si su estilo no es de los más elegantes, su observación es de las más profundas».

ERNESTO BARK.



## UN ALQUIMISTA DEL SIGLO XIX



**C**ONSTANCIO luchaba en vano contra la pobreza que, encontrándole débil y perezoso, le iba tomando todas las posiciones de la vida. Alegría, entereza, fuerzas del espíritu y hasta fuerzas de la carne, flaqueaban ya y se rendían al empuje de aquel enemigo victorioso.

Empobrecido por los vicios y criado en ellos, se obstinó en pedir á los vicios lo que le habían quitado : su fortuna. Jugó á la Bolsa el resto de ella, jugó á los naipes el importe de sus joyas, á la lotería su última esperanza, y, finalmente, jugó su decoro al azar más peligroso del mundo, al azar de un casamiento de conveniencia. Pero si no tenía suerte para los primeros juegos, para el último no tenía cara. Sobre no ser agraciada la suya, afeábala más la cicatriz de una herida que le partió los labios en cierto lance de honor á que le condujo una mujer sin honra. Así es que concurrió sin resultado á la feria cortesana de herederas ricas que compran maridos

pobres, ó mejor dicho, que se cambian por la vanidad de un título nobiliario, por el ruido de una posición sonora ó cuando menos por la gentileza de un buen mozo.

Rendido, pues, á la pobreza y desesperanzado de remediarla estaba Constancio, cuando recibió proposiciones para la venta de la última propiedad que le quedaba: el hogar solariego de la familia, olvidado en un villorrio de las Alpujarras. Cómo fué á aquella casa y lo que le pasó en su vieja torre, es ya sabido. Dió casualmente con el testamento de su tartarabuelo, y con el famoso codicilo de las recetas. Cuando, entre otras no menos extravagantes, encontró la fórmula para hacer oro, se burló de la credulidad de los siglos pasados: pero después de leída se burló del descreimiento del siglo presente. Y dijo, con la satisfacción intensa del que descubre un tesoro ignorado: «Efectivamente, esta es la única fórmula posible para hacer oro». Entonces, en lugar de vender á su tío la casa, se encerró en ella, y nadie supo de él durante dos años.

Pasados éstos, los vecinos observaron que aquel hombre, vuelto á la villa casi en calidad de mendigo, vivía, si no con el boato de siempre, con un bienestar que nunca tuvo. Dejábase ver en su rostro y en su proceder esa alegría serena producida solamente por la certidumbre de lo por venir, como si Constancio contara con un caudal manado perennemente de sus propios bolsillos y no expuesto á contingencias de la fortuna.

Comodidades en su vivienda, abundancia y hasta golosinas en su mesa, y en su vida y persona todo lo necesario, mucho de lo superfluo y algo de lo vicioso, pues también se regalaba con el lujo de mantener á alguna muchacha pobre, pero bonita.

Las gentes se dieron pronto á murmurar de tal mu-

danza de fortuna en aquel que vieron arruinado y holgazán dos años antes.

—No hay que formar malos juicios ; lo mantiene su tío, que es un buen señor, por decoro de la familia.

Así se explicaba un viejo labrador que no había visto nunca más mundo que el de sus tierras del término municipal.

—Su tío le costeará necesidades; pero, por lo mismo que es un buen señor, no le costearía vicios,—observó un hombrecillo con arte de leguleyo de aldea:

—Convencidos,—afirmaron algunos :—desechada la suposición.

—Hay quien presume que le sostiene su tía, á hurtadillas del tío,—dijo bajando la voz y guiñando los ojos otro interlocutor, que era el malicioso del corrillo donde sobre esto se departía á la puerta de la iglesia después de la misa mayor.

—La tía—añadió otro—está aún frescota, y fué siempre alegre y dada al señorío ; y Constancio, aunque feo, tiene buen aire y treinta años ; es á saber : veintinueve menos que el tío.

—Por ese lo digo,—replicó el malicioso.

—Puede ser : la explicación es verosímil,—dijeron los mismos que antes negaron la primera explicación, quizá por ser la más honrada.

Pero acaeció que, días después de este diálogo, la desacreditada tía entregó su cuerpo y sus secretos á la tierra, donde la metieron unas fiebres pútridas.

Y acaeció también que Constancio, á pesar de la muerte de la tía, siguió viviendo y gastando como si continuasen los favores de la difunta.

—Vean Vds. con qué poco fundamento se desacredita á la gente,—hablaba uno del antiguo corro.—Dábase por

:

cierto que Constancio vivía sobre las costillas de aquella señora.

—Calumnia doble para la tía y para el sobrino—agregó otro que parecía hombre formal.—Tengo para mí la sospecha de que lo mantiene la moza de marras.

—¿La que suena como mantenida por él? Pero, ¿cómo? ¡Si ella es más pobre que las ratas!

—Porque á su vez la moza recibe dinero de un viejo enamorado.

—Desengáñese V., las buenas mozas no dan ya sino disgustos.

—Menos cuando les conviene tapar reputaciones agujereadas con la cabeza de algún perdido sin escrúpulos. El viejo quiere casar á la muchacha con Constancio.

—¡Ya!

—¡Ya!

Á poco de esto, la tal moza se fugó con la compañía de unos cómicos que estuvieron ocho días en el pueblo.

Y Constancio continuó viviendo, no como antes, sino mejor, porque faltándole un vicio que sostener, aplicaba los ahorros de Venus á los gastos de Ceres y Baco.

—¡Vamos! Está descubierta la mina,—siguió diciendo la murmuración, que nunca se da por vencida.

—Constancio ha vuelto á las andadas: juega.

—Efectivamente: juega muchas tardes en casa de D. Antonio.

—Y juega con fullerías, porque siempre gana.

—Sabe de esas cosas más que todos nosotros. Como que no ha hecho otra cosa en su vida.

—¡Y yo que le he admitido en mi partida de brisca!

—¡Y yo que me he dejado ganar por él cuatro pesetas!

Lo cierto es que Constancio jugaba á veces, por no olvidar el vicio, á las siete y media, y aun al golfo en

casa del alcalde, donde solían atravesarse en toda la semana unas cuantas pesetas muy reñidas y disputadas.

Pero como entre los contertulios corriera la voz de aquella estafa monstruosa, el juego fué suprimido.

Y la fortuna de Constancio, en vez de bajar, prosperaba, porque la málícia se había empeñado ahora en limpiarlo de los vicios con que le manchó en otro tiempo la lisonja.

—Pues esta abundancia no trae buen origen, digan lo quieran,—repetía la insaciable lengua de la murmuración.

—¿Y quién dice que trae buen origen?

—Malísimo. Pues qué, ¿acaso no está ya el señor juez del partido tras los hilos de este filón?

—¡Cómo! ¿Constancio?....

—Ladrón de caminos.

—Tal vez secuestrador....

—Jefe de una partida de bandidos.

—¡Pero si nadie entra en su casa!

—Pero él sale con frecuencia del pueblo, y tarda á veces cinco y seis días en volver.

—Es cierto.

—Y se ha advertido que sale sin dinero y vuelve con él.

En efecto: la ciencia popular, que cree ó quiere explicarse todo á tuertas ó á derechas, llegó á vocear tanto é inventó tan peregrinas conjeturas, que Constancio se vió un día complicado en un proceso criminal sobre robos hechos por entonces en los caminos y en las iglesias del país.

La justicia, inducida por la voz pública, ó tal vez por denuncias concretas, se consideró en el deber de interrogar á Constancio y registrar su domicilio.

El hallazgo en él de importante cantidad de piedras preciosas, de las cuales no había noticia ni antecedente,

y de ciertas joyas de uso femenino y aun sagrado, dió malísimo sesgo al asunto.

Justificar la procedencia de las piedras y alhajas, el objeto de sus viajes frecuentes y probar su inocencia, fueron trabajos que pusieron en aprieto á Constancio.

La gente suspicaz quedó convencida, no de la honradez de Constancio, sino de que la justicia había errado en la pista. No era ladrón ni secuestrador. Pero era algo malo.

¡Falsificador de moneda! ¿Qué recurso queda al hombre que ni la tiene, ni la gana, ni la recibe, ni la roba? ¡Hacerla! ¿Cuándo y dónde? De noche, y en su casa. Observen Vds. sus costumbres. Vive y duerme en el piso alto de su torre, lejos de la vista y del trato de su única criada, que habita en el cuarto bajo de la casa.

Que pasa en claro todas las noches lo sabemos, porque se despierta á la una de la tarde.

—Dígame lo á mí (intervenia el cura), que al levantarme para la misa del alba, veo constantemente iluminada la torre. Por las rendijas de sus maderas salen á lo exterior filtraciones de luz artificial, compañera de la vigilia.

—¡Estudiará!

—Nunca estudió. Ni el estudio labra moneda. Ni el ruido leve pero continuo que se escapa del cuarto corresponde con las meditaciones silenciosas del estudio.

—¿Ruido?

—Seco y picado como de martillo unas veces, otras sordo y ligado como de lima.

—¿Y sale hasta afuera?

—No : pero se oye desde abajo. Su criada me lo ha participado pidiéndome por Dios que exorcice la casa. ¡Como que todo el pueblo sabe que fué casa de miedo!

—Evidentemente. Monedero falso.

—¡Y compra siempre en mi tienda! Ahora mismo voy á ver mi cajón. Y desde mañana miraré y remiraré sus monedas.

Miradas y remiradas en adelante las monedas de Constancio, resultó que eran cabalmente las mejores y más corrientes del pueblo.

—¿Con que piensan que las hago yo mismo? — dijo, cuando su criada le manifestó cómo y por qué le examinaban las monedas.

—Yo mismo las fabrico, en verdad ; pero el oro que hago es el más legítimo de la tierra.

—¿Usted?

—Y, si lo mereces, he de dejarte el secreto para que también lo utilices.

¡Secreto en oídos de mujer! No necesitó averiguar otra cosa la muchacha para sentirse roída de curiosidad y deseos de comunicar el descubrimiento con persona que pudiera darle razón de él. Confiólo, en efecto, á una vieja comadre muy sabida, con ribetes de saludadora y profesión de partera, tan consumada y cabal en su arte, que por sí propia se lo guisaba y se lo comía todo, desde el principio al postre, porque así concertaba tratos con mozas caedizas como recogía y tapaba después los frutos del tropezón.

—Todo puede ser, hija mía (respondió la tal), y todo debe creerse de tu amo, que ha aprendido mucho por tierras de herejes. Además, esa casa ha tenido siempre misterio. Mi abuela, que murió tan vieja como yo quisiera morir, contaba de ella cosas que ponen los pelos de punta ; ruído de cadenas que no se veían, aparecidos, almas en pena, moros que se fingían cristianos y otras visiones que dieron en qué entender á la Inquisición.

La comadre refirió á otra en confianza lo del oro, la

tercera lo trasmitió á la cuarta, y pasando de boca en boca, el secreto quedó tan voceado, que no hubo chico ni grande que no lo supiera.

En efecto,—dijo el boticario cuando llegó hasta él;— antiguamente hubo una ciencia que de eso trataba. La alquimia, madre de la química, dió fórmulas para hacer oro artificial ; pero ya nadie cree en ellas : y gracias que se dé crédito á nuestras fórmulas para hacer los medicamentos específicos.

No obstante, el vulgo aquél que nunca creyó que el hierro cría sangre, creyó que la alquimia criaba oro, y se atuvo á las sospechas de la saludadora antes que al dictamen facultativo del farmacéutico. La imaginación fué más allá que la ciencia, y aquellas gentes supersticiosas tomaron por artículo de fe lo de la alquimia.

¡Las supersticiones! El sol las incuba con su capa abrasadora tan invariablemente, que bajo todo cielo de mucha luz hay un país de mucha superstición. Se explica por razones climatológicas, como la producción de los naranjales y las palmeras. Quien sufre los rigores del calor, busca naturalmente el consuelo de la sombra.

Véase el ejemplo de los pueblos orientales y los de origen oriental. Poblaciones apretadas, calles estrechas y tortuosas para encontrar en sus lobregueces y recodos amparo contra el sol ; casas sin ventanaje, puertas enanas, corredores angulosos, cámaras abiertas á patios interiores, alcobas empotradas en las paredes, todo en ellas cerrado, todo oscuridad y misterio. Allí se huye de la luz como del enemigo que azota las carnes. La arquitectura defensiva ha trazado las ciudades y viviendas andaluzas de origen moro, como la ingeniería militar dispone las defensas de una plaza asediada por el fuego de cien baterías. Y este orden de vida material rige tam-



bién por naturaleza ó ya por hábito en la vida moral. En ella, lo misterioso domina á lo claro. Esas razas ven más en las tinieblas que á la luz. Creen lo oculto mejor que lo visible. Su fantasía sabe más que sus ojos, y es mayor su fe en las cosas no explicadas que en las que aclara la razón. Entre esas castas visionarias, lo que se supone supera á lo que se demuestra, y el arte, todo misterios no enseñados, prevalece sobre la ciencia exacta, toda claridad sujeta á reglas inmutables.

Se explican la aparición de un cometa ó de un eclipse por la amenaza de una catástrofe más bien que por la evolución necesaria, indeclinabe de los astros en las órbitas siderales.

Cautívalas la devoción de lo sobrenatural, y temen á burlas del duende y á las llamas del diablo y no á la mofa de las malas lenguas y al fuego de los propios vicios.

Fían sus venturas y temen sus peligros de la quietud de los muertos y no de la actividad de los vivos. Ponen toda su fe en el vaticinio de una gitana, y no les queda ninguna para las previsiones de un sabio: así están aguardando siempre de las rayas de la mano la fortuna que no encomiendan al trabajo de los dedos.

Creen en los agüeros de los pájaros que van por las nubes, y no miran á los precipicios de la tierra: en la buena dicha de quien palpa á un jorobado y no en la del que endereza por derecho sus acciones. Evitan las palabras siniestras que llevan aparejado el infortunio, y dan vuelo á las injurias que traen consigo deshonra y desolación.

Recogen y guardan, como amuleto bienhechor, la herradura encontrada en la calle, y descuidan á la mula que les labra la heredad.

Si enferman, prefieren el remedio de hierbas descono-

cidas que aplica la comadre al medicamento que elabora el boticario, y llaman á la saludadora que desde lejos santigua con frases ininteligibles, antes que al médico que, con el termómetro y el auscultador siente y ve claramente el progreso de la dolencia y la consunción de la vida, como se ve la consunción del aceite en el depósito cristalino de una lámpara.

¿Cómo, pues, en tierra tan abonada no había de arraigar la conseja de la alquimia? Propagóse de tal suerte, que entre los vecinos del pueblo eran pocos los que no graduaban á Constancio de doctor en alquimia, muchos los que se santiguaban con miedo al pasar junto á la torre, varios los que olían el azufre de las retortas infernadas, y todos los que le envidiaban la fortuna de haber dado por caminos buenos ó malos con el secreto de la riqueza, cuyos aumentos crecían con los años, tanto como su fama de alquimista.

Y la envidia maniobró un día, acudiendo al juez para que perseguiera á Constancio por milagrero.

—¿Enseña su secreto á alguno de Vds. mediante precio?—preguntó el juez.

—¡Qué ha de enseñar! ¡Si lo malo es que no vende el secreto por todo el oro del mundo!—contestaron.

—¿Expende moneda falsa?

—La suya es intachable.

—Pues en ese caso nada puedo hacer. El Código solamente castiga los milagros hechos en perjuicio y fraude del prójimo: los llamamos estafas. Si no la hay aquí, lo único que siento es ignorar el secreto; porque, sabiéndolo, dejaría mi juzgado, donde oigo tantas sandeces.

La conducta de Constancio era, en realidad, sospechosa, aun para gentes menos crédulas que sus vecinos.

Había en ella algún misterio. Constancio, á quien las inclinaciones naturales, los hábitos antiguos y la fortuna presente debieran empujar al ocio de la vida alegre, llevaba, por el contrario, un vivir arreglado y hasta metódico. No se privaba ciertamente de los regalos del cuerpo ni de los recreos del espíritu, y todavía menos de aquellos placeres sensuales, que son á la par recreo del espíritu, regalo de la carne y mandato imperioso de ambos. Pero se daba á ellos con orden inalterado, obedeciendo á la tiranía de las pasiones solamente en horas determinadas.

En las demás, que eran muchas, y señaladamente en las nocturnas, se encerraba en su cuarto de la torre, cuyas dobles puertas no franqueaba nunca á persona viviente, inclusa su criada, la cual no conseguía penetrar, ni con fines de limpieza, en el misterioso aposento. El amo lo limpiaba y componía por sus propias manos, y de tarde en tarde.

¿Por qué esas cautelas en quien no las tuvo antes para nada? ¿Y qué hacía en aquel encierro impenetrable?

El tiempo, que llega á todas partes, y las dolencias que saltan á todo tiempo, rasgaron el velo.

Fué el caso que una noche Constancio se sintió acometido de súbito malestar, y tras él de un desvanecimiento que le derribó por tierra. Recobrado del síncope, el instinto de la vida llevó sus manos á la puerta para abrirla, y la voz á la garganta para requerir auxilio.

Parecíale que se ahogaba en el estrecho espacio de su estancia, y quiso salir de ella olvidado de todo, porque cuando se ve cercano el gran secreto de la tumba, no interesan ya los secretos de la tierra. Socorrióle como pudo la criada, la cual fué á pedir la ayuda del médico, juzgando insuficiente la suya. Con el médico llegó á la casa

el boticario que con él estaba, y tras el boticario vinieron los tertulianos á aquella hora reunidos en el laboratorio; acudieron unos porque Constancio era querido en el pueblo á pesar de sus brujerías, y otros por curiosar, aprovechando las franquezas desordenadas de la muerte para sorprender los secretos de la vida.

El cuadro era extraño. La negrura de la noche, la mole parduzca del torreón, la estrechez de su escalerilla de caracol, semejante á cañón de chimenea por donde la fantasía popular descuelga sus duendes y brujas: el aspecto de la habitación que con sus librotes forrados de pergamino, su mesa roída de los años, sus paredes atroneras, pudiera tomarse por estudio de sabio ó de astrólogo; la figura de Constancio, medio sentado y medio caído entre los brazos del secular sillón de cuero, desencajadas las facciones y quebrado el color del rostro; el poco espacio, la luz mortecina, todo daba al acto apariencias de un cuadro de viejos siglos que adquiriera por artes mágicas, vida, movimiento y resurrección perfecta en medio de seres y cosas de nuestra edad. Y lo que más maravilló entre aquellas maravillas fué la vestimenta estrambótica de Constancio. Amplio mandil de estezado, cuya antigüedad respetable declaraban su hechura, su color y su delgadez, le cubría el cuerpo desde los hombros á las canillas á manera de ropón, y gorro puntiagudo le tapaba la cabeza. Era evidentemente un gorro común de dormir; pero acompañado de aquel traje y en tal ocasión pareció á todos caperuza de nigromante, que no otra cosa semejaba Constancio en aquel momento.

Y por nigromante le confirmaron ya los crédulos que lo sospechaban antes, y los más avisados le dieron desde entonces, á causa del mandil, por maestro en la sociedad masónica, punto menos que sociedad con los diablos. La

enfermedad apretó tanto, que hubo de pensarse en preparar el alma del paciente para el último dolor de la existencia. Negóse á ello el anciano cura párroco por el mal ejemplo que daría á los fieles la absolución de un endiabrado masón, y solamente se atrevió con él el teniente cura, hombre arriscado, que no creía del todo en los diablos, tal vez para tranquilizar su conciencia moza. El padre oyó los pecados generales de la ley humana con benevolencia, y sin ponerles mala cara, reservando de intento sus escrúpulos y admoniciones para el gran pecado de la masonería, cuya confesión esperaba. Pero como el penitente diera por hecha su confesión, omitiendo lo esperado, le dijo con severidad:

—Está haciendo, hijo mío, una confesión inútil y hasta sacrílega; quien engaña al tribunal de Dios se engaña á sí mismo; porque puedo absolver los pecados que V. confiesa, pero no los que calla.

—Padre (respondió Constancio), ¿cree V. también en la alquimia?

—No; mas creo en la existencia de sociedades impías que condena nuestra religión; esas sociedades socorren á sus miembros.

—No pertenezco á ellas.

—Entonces, ¿cómo y de qué vive?

—¿De qué vivo? Pues bien, padre mío; me acuso de un pecado que es verdaderamente grande herejía en esta tierra católica de España. He dado, en efecto, con la piedra filosofal, cuyo secreto hallé un día en el testamento de mi tatarabuelo. ¿Quiere V. conocerlo? Tráigame acá ese escrito amarillento que está sobre la mesa; siempre lo tengo delante de mis ojos para no olvidar la fórmula.

El cura acercó el papel, y leído y recibidas otras ex-

plicaciones, absolvió al penitente, y en saliendo del cuarto dijo á los amigos maravillados:

—Acabo de absolverlo: si muere, muere el hombre más cristiano y más purificado del pueblo; porque es quien ha sufrido más el castigo que Dios impuso á los pecados de la humanidad.

¿Qué había visto y leído el cura en el testamento de Pedro Pérez, cuarto abuelo de Constancio?

La famosa receta para hacer oro, la fórmula infalible, no incluía en el *Ars magna* de Raimundo Lulio.

Un renglón toscamente escrito que decía: «*Trabaja siempre con las dos manos y gasta con una, y sacarás oro del tiempo.*»

Y eso había hecho Constancio desde aquella noche en que, desesperado y al borde del abismo, descubrió el testamento y las recetas que, por vía de codicilo, dejó su antepasado. Aprendió como él el oficio de diamantista y platero, en el cual llegó á ser tan consumado artífice, que se le compraban obras á precio de preferencia en Córdoba y Madrid, adonde iba frecuentemente para venderlas y comprar oro y pedrería, que trabajaba en el sigilo de su torre.

Pero bien: ¿por qué ocultaba como si fuera delito lo que era honroso y meritorio?

Y ¿por qué aquel misterio con que comprometió á veces su reputación y tranquilidad? Porque á él, rico de origen, señorón por costumbres, y holgazán desde niño, le avergonzaba, como á casi todos los españoles, el trabajo manual. En este clima el trabajo duele más que el hambre, y mucho más que la mala reputación. Con tal de pasar por caballeros, pasamos hasta por falsificadores.

Como la revelación fué hecha bajo el sigilo confesio-

nal, el cura nada dijo á los vecinos, y aun nada aprovechó del secreto.

Curado de su enfermedad, nuestro nigromante murió rico al cabo de sus años, y siempre en olor de alquimia y azufre para su pueblo. Efectivamente había dado con la única fórmula de la piedra filosofal.

Pero no quiso divulgarla jamás, considerando que era de poca aplicación en su tierra.

EUGENIO SELLÉS.

## EN EL ARROYO <sup>(1)</sup>

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONA

Una tarde estiva, en que era  
La atmósfera aliento de horno,  
Sobre el lecho de una acera  
Se despertó *Primavera*,  
Tras las horas del bochorno.

Al par que él, del aura al beso,  
Que ya se alzaba á anunciar  
Del crepúsculo el regreso,  
Templando un tanto el exceso  
Del ardor canicular,

La ciudad, también repuesta  
Del letargo de la siesta,  
Volver en sí parecía,  
Y al despertar, se movía  
Con el rumor de una fiesta.

.....

Mientras sus párpados flojos  
El rapaz abrió, confuso,  
Se irguió ha sta hallarse de hinojos,  
Y, restregando sus ojos,  
Bostezó, y en pie se puso.

Miró en torno, vió la hirviente  
Marejada del gentío,  
Y de un salto, alegremente

(1) El ilustre poeta Sr. Ferrari ha publicado un precioso libro, *Poemas vulgares*, del cual entresacamos estos hermosos fragmentos, que el Ateneo de Madrid ha aplaudido con frenético entusiasmo al oírlos de labios de su autor en la velada literaria del 24 de Mayo.



Fué á lanzarse en la corriente,  
Como un ánade en el río.

Allá va, huérfano oscuro,  
Bien hallado con su cruz  
Y su destino inseguro,  
Saciándose de aire puro,  
Y embriagándose de luz.

.....  
Y en aquel triunfal paseo  
En que él trueca su camino,  
Cada risa es un gorjeo,  
Cada brinco un aleteo,  
Cada vuelta un torbellino.

\* \* \*

Ya en tal punto, la amplia vía  
Con el tropel desbordaba  
Que creciente la invadía,  
Y el muchacho, en compañía  
De otros varios, avanzaba.

«¿Veis — diciendo iba al pasar,  
Con aquel encantador  
Y atropellado charlar,  
Semejante al borbotar  
Del agua de un surtidor; —

»¿Veis esas grandes señoras  
En sus coches, arrogantes,  
Vestidas, á todas horas,  
Con galas deslumbradoras,  
Y llenas de oro y brillantes;

»Esas que tienen ujieres,  
Y cuabras con tantos potros,  
Que viven entre placeres,  
Y que no parecen seres  
De carne, como nosotros?

»Una así era.... ¡ más hermosa  
todavía y principal!  
Sería, sí, y algo llorosa,  
Como aquella Dolorosa  
Que hay puesta en la catedral.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÈS

» Me llevaban.... la vefa,  
Aturdido, unos momentos;  
Después á hallarme volvía  
En la calle.... sucedía  
Todo así.... como en los cuentos.

» ¡Si vierais qué horas aquellas  
Las que á su lado pasaba!  
¡Tenía cosas tan bellas!  
¡Y yo jugaba con ellas!  
¡Y eran de oro! ¡Y las tocaba

» Sentándome en sus rodillas,  
Me contaba alguna historia  
De guerras y maravillas;  
Alguna vez, á hurtadillas,  
Me besaba.... ¡era la gloria!

» Luego, no la he vuelto á ver.  
Yo no pude comprender  
Aquella felicidad.

Pero así debe de ser  
Tener madre, ¿no es verdad?»

Y quedóse mudo un rato,  
Como absorto en algo grato,  
Hasta que por fin, de pronto,  
Prorrumpió con arrebató :

«¡Ea, al diablo; es que soy tonto!» —

Con vivo caracoleo  
Pasan, mientras, los carruajes,  
Entre el polvo del paseo  
Y el crujiente traqueteo  
De varillas y de herrajes.

Del látigo á los chasquidos,  
Y á las sordas vibraciones  
Con que ruedan, confundidos,  
Retiemblan, estremecidos,  
Los vidrios de los balcones.

Y las yeguas, engalladas,  
Sacan chispas de los suelos,  
Agitando, alborotadas,  
Las cabezas, coronadas  
Con movibles espejuelos.

Y en la niebla del ocaso  
Se ven flotar, á su paso,

Pliegues de faldas, y plumas,  
Como un mar de olas de raso  
Con encajes por espumas.

Se alza, en esto, de repente  
Sordo clamor, y la gente  
Se aparta: una carretela,  
Desbocado el tiro, vuela  
Por la rápida pendiente.

Va en su interior una dama  
Que, del indómito tronco  
Á merced, favor reclama.  
Mira el niño, y—¡ella!—exclama  
Con un grito ahogado y ronco.

Entonces, á la manera  
Que en el mar la indócil ola,  
Paso se abre, al coche espera,  
Se abalanza, á la carrera,  
Y ase brida y muserola.

Los caballos, que se espantan,  
Suspendido del rendaje,  
Con un bote lo levantan,  
Pero al ímpetu, se plantan  
Resoplando de coraje.

Un momento el niño queda  
En el aire; al cabo, rueda,  
Choca hierro, salta lodo,  
Y á la par lo envuelve todo  
La revuelta polvareda.

\* \* \*

Cuando á poco, de tropel,  
Corrió el pueblo hacia el rapaz,  
Ya, de un salto, alzábase él,  
Ensangrentada la piel,  
Pero radiante la faz.

Leíase en sus miradas  
El celestial apetito  
De esas venturas soñadas  
Allá en las noches heladas  
De desamparo infinito.

Parecía despertar  
Á un destino superior ,  
Y con ansia adivinar  
El abrigo del hogar,  
Las caricias del amor.

El ángel que en él dormía ,  
Las luminosas escalas  
Entre sus sueños veía ,  
Y, esperanzado, batía  
Por vez postrera, las alas.—

No bien, roto y polvoriento,  
Se halló en pie , con paso lento  
Junto á la dama se puso,  
Y descubrióse un momento,  
Embarazado y confuso.

Tendiéndole ella una mano  
Del fino guante ceñida,  
Corrió á estrechársela ufano,  
Y fué á darle un sobrehumano,  
Un primer beso en su vida.

Pero al asirla sintió,  
Con el roce de la seda,  
Algo frío, el beso ahogó,  
Y en las suyas oprimió  
La vil paga : una moneda.

.....  
Aún vió á la dama, anhelante,  
volver, temblando, la adusta,  
Pálida faz un instante ;  
Oyó en seguida, vibrante,  
El restallar de la fusta ;

Fué con ira y desconsuelo  
Perdiendo de vista el coche ,  
Alzó los puños al cielo,  
Tiró el oro contra el suelo....  
Y tuvo hambre aquella noche.

EMILIO FERRARI.

## EL LIBRO DE LA DUQUESA DE ALBA (1)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

**E**L título no puede tener más atractivo. Documentos del Archivo de una Casa que figura en tantas páginas de nuestra historia, son ya grata promesa para los que la estudian. Si luego se nos ofrecen escogidos por una dama que goza justísima fama de avisada, y que inspira tan generales simpatías, entonces verdaderamente es ya miel sobre hojuelas.

Estudiante era yo (larga va la fecha), cuando ya oía afirmar que la Historia de España no podría escribirse hasta que los archivos estuvieran bien estudiados; pero, añadían: ¿cómo estudiarlos, si los encargados oficiales no los catalogan, si los cabildos dejan que se destruyan, y si los Grandes no permiten que se copien? Esta vez es una Señora de esa aristocracia la que, no sólo los entrega al público, sino que se toma el trabajo de escogerlos; copia por sí misma muchos de ellos; los presenta modestamente al público en la Introducción, y hasta los imprime á su costa. Más aún: hace la promesa de continuar publi-

(1) Se titula *Documentos escogidos del Archivo de la casa de Alba*, y forma un elegante volumen de 610 páginas en 4.º

cando, si el voto del público le es favorable. Pero ya verán Vds. cómo nos las arreglamos para reparar ahora en si las damas deben ó no deben escribir, como antes censurábamos el que no publicasen ni dejasen publicar. Somos así. Yo mismo voy á permitirme señalar ciertas deficiencias.... Pero procedamos con método.

Precede al libro una Introducción discreta é interesante. Porque lo es la historia de un Archivo que sufre tres ó cuatro incendios y no pocas sustracciones, y que después de suministrar originales á muchos libros y colecciones, conserva todavía tanto inédito, que una inteligente elección puede publicar con ello un tomo de 610 páginas como el que examinamos, quedando aún materia para otros muchos. Baste decir que las cartas originales de Felipe II que guarda aquella Casa pasan de 1,200 ; de 8,000, las de personas que figuraron en la historia del siglo XVI; de 60, los Privilegios rodados, etc., etc.

Con los autógrafos de Suero de Quiñones, Cristóbal Colón, Tiziano, María Estuardo y otros cien personajes, entre los que alternan preciosos sellos de placa y de plomo, miniaturas y objetos de gran valor histórico y artístico, ha formado la inteligente dama colección tan rica, en amplias vitrinas, que pueden competir con muchas del extranjero. No digo de nuestra Biblioteca Nacional, porque allí no las he visto ni buenas ni malas. Pero esto de las vitrinas capítulo aparte merece, y queda, por tanto, para otra ocasión.

Cómo se acumuló allí tanta riqueza, no lo preguntará nadie medianamente versado en nuestra historia. Lemos y Monterrey, Almirantes de Castilla, Mógica, Lerín, Olivares y muchos más títulos, como otros tantos abundantes arroyos, vinieron á engrosar el rico caudal formado desde los antiguos Señores de Valdecorneja, tronco de la

Casa. Y como ya se advierte en el Prólogo, el Conde-Duque de Olivares, al alcanzar de Felipe IV aquella famosa Cédula para que vinculase en su casa cuantos papeles de Estado quisiera recoger de embajadas, cancillerías, etc., formó en ella un segundo Archivo de Simancas por la importancia y por el número de los documentos. Cuando en 1626 visitó el reino de Aragón, adquirió además para su librería la de Zurita, con todos sus manuscritos y papeles originales que para sus *Anales* había reunido y depositado en la Cartuja de *Aula Dei*, á cuyos religiosos hizo el de Olivares que el duque de Cardona diese en recompensa 600 ducados <sup>1</sup>. Veintidós años después escribía Pellicer á D. Juan Francisco Andrés que aquella librería estaba encajonada en Loeches, y que, aunque el P. José González había sacado algo de ella, lo demás, entre lo que había muchos manuscritos, se decía que saldría á la venta de un día á otro. El Conde-Duque, añadía, había hecho copiar, para enriquecerla, los *Comentarios á Plinio* de Pedro Chacón, que se apropió el plagiario D. Juan de Fonseca, quemando el original, y otras obras con que hizo lo mismo.

Los documentos que forman el libro que examino comprenden un período de ocho siglos, desde el año 1026, fecha del más antiguo, hasta fines del siglo XVIII. Los de aquellas remotas épocas figuran en un *Apéndice*, bien porque aparecieran después de impresos los posteriores, ó quizá, como sospecho, por excesivo temor al latín y á la erudición. Como ni una ni otra consideración nos atañe, nosotros empezaremos por el principio.

Mencionemos como muy importante la publicación, conforme al original, del Fuero dado en 1172 á la villa del

(1) Carta de Ustarroz á Gil González Dávila, de 14 de Marzo de 1639.

*Bonoburgo* de Caldelas por D. Fernando II de León y su mujer Doña Urraca, y el mismo Fuero, en gallego, otorgado por Alfonso IX de León en Allariz á 28 de Abril de 1228.

Con esta fecha, pero en latín, publicó el Fuero don Miguel de Manuel en el *Apéndice á las Memorias para la vida de San Fernando*; mas con texto tan incorrecto, que hay oraciones sin sujeto, y alguna violentamente dividida en dos por un punto final. Tampoco tuvo á la vista estos originales el concienzudo D. Tomás Muñoz, pues al citarlos en la *Col. de Fueros y Cartas pueblas*, señala con vaguedad su fecha hacia 1169. Ni debió ser conocido del P. Flórez, quien no hubiera dejado de alegarle entre los que aduce para corroborar su opinión de que en este año 1172 todavía no se había divorciado Doña Urraca Alfonso de D. Fernando II, su primo.

Como sería ofensivo para el lector encarecer la importancia de la publicación con texto correcto de estos Fueros, sólo cabe dar alguna muestra de cuán curiosos son. Por ejemplo: la pena que se impone al forastero, soldado ó clérigo, que, debiendo algún dinero á hombre de la villa, quisiere entrar en ella sin antes pagar, consistía en «atar los pies del caballo y ponerle humo á las narices»; y resistiéndose aún al pago (soberbia prueba de eximio jinete y de pertinaz deudor), coger la cabalgadura por las riendas, y pasarla por el postigo del lugar hasta el completo pago de la deuda.

Con firma autógrafa de D. Pedro *el Cruel* se publica también interesante carta en que comunica instrucciones apremiantes para la recaudación de tributos, á fin de pagar á las famosas *compañías* y enviarlas cuanto antes á sus tierras, señal evidente de lo á gusto que con ellas se hallaba.



En los documentos del siglo xv, el arrojado Rodrigo Manrique fecha interesante carta en Huesca, la ciudad conquistada por su esfuerzo : un sobrino del infortunado Constantino, último emperador de Constantinopla, Andrés Paleólogo, expide desde la reducida población de Italia adonde le llevó su suerte, pomposo Privilegio, en que concede al conde de Osorno tan estupendas y fantásticas prerrogativas como las de armar caballeros y legitimar hijos espúrios ; y la protesta del pueblo de Valladolid contra los Reyes cuando dieron al Almirante Simancas, y Cabezón á D. Juan de Vibero, enajenándolas de la Corona, ofrece curiosa muestra de las costumbres populares en aquellos lutos y pendones negros, alaridos y rotura de cántaros, signos exteriores de un dolor tan intenso, que les hace prometer que repetirán la protesta cuantas veces visitaren los Reyes aquella villa, hasta que *siquiera por importunidad, ayan misericordia dellos.*

Por último, merced á otro precioso documento, podemos reconstituir la formación de batallas del ejército que entró con los Reyes Católicos en Granada.

Los documentos del siglo xvi empiezan por los referentes á la persona y á la Casa del Gran Duque de Alba, D. Fernando, y de su hijo D. Fadrique. De los ascendientes sólo se publica una carta del duque D. Fadrique (1506). Y aquí es donde yo echo de menos algo que nos hable de D. García, muerto gloriosamente en los Gelves y hasta de los antiguos Señores de Valdecorneja. ¿Es que el Archivo no posee ya papeles concernientes á estos personajes? ¿Es que se reservan para planes ulteriores? El tiempo ha de decirlo ; pero yo no puedo menos aquí de lamentarlo.

Difícil es ofrecer cosa nueva é interesante en la correspondencia del Gran Duque, después de tanto y tanto

como publicaron la *Colección de documentos inéditos*, Gachard, etc., etc. No me extraña, por tanto, que un noble afán en quien formaba el libro de enaltecer la persona de su ilustre ascendiente, la haya hecho publicar, acaso á sabiendas, alguna que otra carta ya conocida (1). Todavía, sin embargo, hallamos nuevos datos en las publicadas para conocer más exactamente las relaciones de intimidad del Duque con Carlos V y con su hijo Felipe II, aun á pesar de los recelos que el primero abrigaba respecto á su carácter. En las cartas que escribió á su hijo D. Felipe dándole consejos para gobernarse (4 y 6 de Mayo de 1543), y que publicó Guillermo Maurenbrecher en las *Forschungen zur deutschen Geschichte* (1863), hablaba así del Duque: «El duque de Alba quisiera entrar en  
»ellos, y creo no fuera de bando, sino del que le convinie-  
»ra, y por ser cosa del gobierno del reino donde no es bien  
»que entren Grandes, no lo quise admitir; de que no  
»quedó no poco agraviado. Yo he conocido en él después  
»que le he allegado á mí, que él pretende grandes cosas y  
»crecer todo lo que él pudiere, aunque entró santiguán-  
»dose muy humilde y recogido. Mirad, hijo, qué hará  
»cabe vos que sois más mozo. De ponerle á él ni á otros  
»Grandes muy adentro de la gobernación os habéis de  
»guardar, porque por todas vías que él y ellos pudieren,  
»os ganarán la voluntad, que después os costará caro; y  
»aunque sea por vía de mujeres, creo que no lo dejarán  
»de tentar; de lo cual os ruego guardaros mucho.

»En lo demás que le empleo, en lo de Estado y de  
»la guerra, servíos dél y honralde y favorecelde, pues  
»que es el mejor que agora tenemos en estos reinos.»

(1) Por ejemplo, la de Felipe II á Granvela, 10 de Julio de 1581, publicada por Cabrera de Córdoba, y la de Cristóbal Pacheco que copió Ceán Bermúdez.

Á grandes cosas, en efecto, como dice el Emperador, le impulsaba su gran ánimo. Así puede verse en la carta inserta en el libro que examinamos, de fecha de 1544, en que al felicitar desde Valladolid al Emperador por sus victorias, le escribe : «.... quanto más yo que, viendo en » lo que allá V. Mag.<sup>d</sup> anda, y yo acá torneando, no puedo » creer sino que me dejó por inhabil, y ya no lo quiero » por pensar que puedo servir, sino por mi contentamien- » to. Muy gran merced me hizo V. Mag.<sup>d</sup> en lo que me dice » en su carta que me quería allá. Pues suplico á V. Mag.<sup>d</sup> » que si lo quiere, me haga merced de darme licencia » para ello, como se lo tengo suplicado».

Tanto con este Monarca, como con su sucesor, la confianza del leal cortesano llegó á los últimos límites. «Su » Alteza, dice en la carta citada, se casó, y pasó su ca- » rrera muy bien y sin temblar, como yo he visto temblar » á otros en menores afrentas. Ahora está S. Alt. con un » poco de sarna. No es mala para que esté en Cigales.»

Desde Italia escribe á Felipe II en 1557 : «Y crucifí- » quenme allá, Señor, como se hace, que no quiero dejar » de decir á V. Mag.<sup>d</sup> que temo mucho lo de por venir todo, » porque no veo cabe V. Mag.<sup>d</sup> quien entienda palmo de Ita- » lia, y así veo venir cosas de ay que me llevan las entra- » ñas de vellas, y pensar en lo que han de parar todas las » de V. Mag.<sup>d</sup>».

Hállanse en otras partes de estas cartas juicios suyos acerca de hombres y de cosas que acreditan grandemente su perspicacia. Así, apenas llegado á Flandes en 1567, escribe al obispo de Orihuela : «Fuí recibido en estos » Estados como lo son todos los hombres de nuestra na- » ción ; aunque al principio, con pensar que traía grandes » poderes, se me metieron debajo de los pies. Después, » como fué forzado esconder las uñas, vinieron á tenerme

» en poco. Ahora, con la prision que se ha hecho destes  
» señores, parece que vuelven á lo primero. En todas  
» partes corre este trato.»

Mucho se ha hablado de su rigor extremado, suponiéndole hijo de dureza de sentimientos. Véase, sin embargo, lo que escribe al Rey en 1568, refiriéndose al conde de Egmont :

« Es por cierto una gran lástima ver á su muger, que  
» la desventurada debajo del cielo no tiene un pan, y su  
» dote fué 10,000 florines, y ni creo se le aseguraron, ni  
» tiene duario....; y ocho hijos tamaños como yo; y la  
» madre es gran cristiana al tiempo. V. Mag.<sup>d</sup> será muy  
» justo mire qué será servido se haga de tanta gente tan  
» desamparada. »

Como contraste al brillante desfile de más de veinte Soberanos que ante la gran figura del Duque nos hacen presenciar estos documentos, el curioso anónimo contra él, contra su hijo y contra el astuto secretario Albornoz, revela en quien no ha vacilado en publicarle, culto ferviente á la verdad é imparcialidad, garantías principales de la historia.

Cristóbal Colón figura en el libro firmando en 1504, y en la isla de Santo Domingo, libramientos para gastos de sus carabelas : D. Hernando Colón, en 1527, habla de bienes entregados á la Virreina : el Obispo de Santo Domingo escribe á la Emperatriz en 1533 extensa carta con interesantes noticias de Méjico : Rodrigo Niño refiere al duque de Alba, desde el Perú, curiosos detalles de los ingenios por él establecidos ; y el judío David Ebrón, con la característica habla castellana de los de su estirpe, expone servicios, ofrece riquezas, propone al Rey planes, y aboga ingeniosamente por la vuelta de sus hermanos á estos reinos.

Si de América pasamos á Roma, viaje rapidísimo y cómodo para la imaginación, nos interesarán las noticias de la *hermosa y gentil dama* Vittoria Accoramboni; de la cruel muerte de su marido; y de la pasión hacia ella de Paulo Giordano; los rasgos en que se pinta el carácter de algunos Papas y Cardenales; las persecuciones sufridas por Garcilaso, y tantos otros detalles de la corte Pontificia.

En unas cuarenta cartas de Don Juan de Austria, muchas de ellas, según nos aseguran testigos de mayor excepción, copiadas de las autógrafas por la misma editora del libro, puede verse perfectamente el desarrollo de la memorable victoria de Lepanto en el ánimo del alentado guerrero, lleno de alegre esperanza al principio, gozando luego sin arrogancia de su triunfo, y profundamente abatido cuando, tropezando al fin en enredada maraña, ve desvanecerse todos sus sueños de conquistas en África.

El aficionado á las bellas artes observa al recorrer las páginas del libro cómo acuden los artistas á la protección del Gran Duque, que se la presta siempre hasta donde alcanza. El gran Tiziano le recuerda la promesa de enviarle cien anas de tapicería, en agradecimiento de dos cuadros que para él pintó; Miguel Coxcie y Cofreman, Vanden Brocke y Gast, con el escultor Paludano, el tapicero Panemaker, que cobró pensión por el Duque hasta su muerte, los músicos Pierre du Hotz, Diego Ortiz y el famoso maestro Francisco de Salinas, todos le dedican sus talentos, y muchos figuran largos años en las nóminas de su Casa.

Los dos pliegos de música del siglo XVI que el libro contiene, puesta en notación moderna por Scarlatti, declaran el homenaje de un maestro de capilla flamenco á

la fama del Duque, puesto que la dedicó á cantar sus elogios durante la ceremonia de recibirse en Santa Gúdula de Bruselas el estoque y el galero enviado por Pío V.

Al lado de dos cartas del desdichado príncipe Don Carlos, que no ofrecen de particular sino los autógrafos de las firmas, llama poderosamente la atención la relación de su muerte, escrita de mano de Zurita. No resisto al deseo de copiar uno de sus discretísimos juicios.... :  
«Dieron sobrada ocasión (al padre) para lo que hizo, una  
» disforme mocedad, llena de muchas torpezas muy pú-  
» blicas y generales, que son notorias á las gentes : una  
» vida muy contaminada, si no de vicios, á lo menos de  
» una muy deshonesta libertad de cumplir sus apetitos,  
» y para emprender, si no le fueran á la mano, siniestros  
» movimientos, y tales, que el menor dellos fuera muy per-  
» judicial al beneficio de la Christiandad : gastos derrá-  
» mados excesivamente con gran denuesto y vergüenza :  
» una despeñada osadía llena de desesperación, y final-  
» mente, una temeridad tan grande, que estaba muy cerca  
» de furor y locura. Juntábase con esto el aborrecimiento  
» que tenía á su padre, y el temor de su reprehensión  
» y castigo; alguno ó algunos malos criados y conseje-  
» ros, y los tiempos tan aparejados para grandes nove-  
» dades....

» El mismo día, añade, falleció el Príncipe.... Téngale  
» Nuestro Señor en su gloria, que grandes señales dejó,  
» si alcanzara á reinar, que fuera muy áspero Príncipe,  
» y aun cruel.»

Y renunciando, aunque con pena, á citar algunos documentos referentes á los Países Bajos y á Portugal, por no alargar demasiado este resumen, terminaré lo relativo al siglo xvi con la mención de aquel curioso privilegio

concedido por varios reyes de Inglaterra al Marqués de Sarria y al Conde de Lemos para poder sacar todos los años de Irlanda dos halcones *goshaucos* y cuatro lebreles. Cuando en el siglo siguiente el Almirante de Inglaterra, Carlos Howard, conde de Nottingham, se despidió en Madrid de los Condes de Lemos, éstos, según Cabrera de Córdoba, le dieron sartas de pasta de ámbar, y otras cosas hechas de lo mismo, y labores de cadeneta, tomándole por intercesor para que el Rey de Inglaterra confirmase el preciado privilegio.

Si los sucesos de la Monarquía en el siglo xvii palidecen ante la grandiosidad de los que presencié el anterior, nada de extraño tiene que los documentos de aquellos años decaigan algún tanto en interés, con tenerle no pequeño. Así, por ejemplo, Felipe IV participa en carta autógrafa á D. Luis de Haro la entrada de sus tropas en Barcelona, prometiéndole tener presente toda su vida aquel servicio para favorecerle; y también de su mano, escribe á la Condesa de Olivares la victoria de Lérida: la famosa reclusa de la Concepción de Ágreda ofrece á Dios en nombre del Rey «la enmienda de las costumbres» y vicios generales que tienen contaminada á España, y «la mudanza de los trajes, que son los que fomentan el fuego deste incendio». Como eco final, allá al terminar el siglo, la débil voz de un desdichado anciano, Juan Gutiérrez, pide desde el apartado reino de Siam, adonde le llevó su estrella, que reconociéndole el elevado origen que debe á uno de los caprichos del Monarca galanteador, se le concedan los sufragios correspondientes, puesto que, á sus años, todos los demás socorros eran ya tardíos.

Tengo la noticia, pero ignoro la suerte, de otro pretendiente, D. Carlos Gaspar, «que decían hijo de Fe-

lipe IV », y para quien en carta de Sevilla, á 17 de Agosto de 1688, pedía, también al duque de Alba, una *Visita* de la ciudad, D. José Solís Valderrábano Dávila Pacheco y Girón, conde de Montellano, Adelantado de la provincia de Yucatán.

Interesantísima es la correspondencia que en el último tercio del siguiente siglo sostiene J. J. Rousseau con el duque de Alba, entusiasta admirador del filósofo y del hombre. En ella observo este curioso espectáculo. Envíale el magnate un presente de telas; y el orgulloso solitario le rechaza. Aquél, en lugar de ofenderse, le pide humildes excusas, insiste en el obsequio, y para que le acepte, trueca los ricos paños por escogidas simientes de frutas y de plantas, que Rousseau recibe agradecido para aumentar sus colecciones, y por una partida de vino de la Mancha que el frugal ciudadano encuentra *très-bon, mais un peu violent*.

Después hace una minuciosa descripción de su dolencia, y abomina de los médicos, diciendo: *puisqu'enfin il faut bien mourir de quelque chose [je m'arrangeai], pour mourir de mon mal sans mourir encore des remèdes.... Les médecins guerissent quelques fois, je n'en doute point; mais ils tuent souvent, et tourmentent toujours*.

Tal es el libro, suponiendo que este desaliñado resumen pueda servir para dar á conocer su contenido y su importancia.

En cuanto á la ilustre dama que le ha formado, ¿qué he de decir? Desde el viejo que esto escribe, y para quien la vida es hace tiempo, como dice Shakespeare, *tan insípida como un cuento dos veces referido*, hasta la juventud entusiasta é inteligente, de todos los labios parte elogio unánime, que no es el mentido incienso de la adula-



ción, sino el homenaje digno que las almas nobles y exentas de envidia rinden al mérito, á la modestia y al éxito de una empresa en que á la nación toca tanta parte de gloria como la verdad de la historia encuentra fundamentos, y apoyo sus justicias.

Dicen los que tienen la dicha de conocer personalmente á la distinguida dama, que sobre la vivacidad del ingenio, sobre la gracia española, encarnada en una figura griega, ha recibido del cielo don singular con que cautiva á cuantos la tratan; que donde ella está, reina sana alegría, elegante llaneza y actividad prodigiosa, con que todo lo rejuvenece y todo lo llena de vida. Desgraciadamente no puedo, aunque convencido, atestiguar por experiencia de lo primero; pero lo último, ¿cómo negarlo después de presenciar estos días cómo ha hecho revivir personajes y hechos por largos siglos silenciosos en la oscuridad de los archivos?

Al par de ella, el noble caballero que sostiene á su lado con varonil entereza y decidido empeño el cuidado de conservar para sus hijos, y aumentar, si cabe, el lustre de su Casa, quiere en la actualidad que se cumpla la última voluntad del Gran Duque, y manda erigir á gran costa en San Esteban de Salamanca magnífica sepultura donde descansen los huesos de aquel magnate que, sea el que quiera el juicio de la historia, consagró al servicio de su patria, desde los quince años, todos los demás de su vida.

Todo esto, así la publicación reciente del libro de que me ocupo como su anterior iniciativa para disponer la impresión de la *Embajada de Rusia* del duque de Berwick, (tomo xciii de la *Colección de documentos inéditos*) y la *Campaña de Italia y Relación de Rusia* del mismo Duque (tomo lxxxvii de la *Colección de autores castella-*

*nos*), ha valido ya seguramente á la hermosa y arrogante Duquesa dobladas simpatías entre los que no la tratan ; entusiasta cariño entre los que la conocen ; fama legítima dentro y fuera de España, y la imprenta con sus caracteres ha librado para siempre su nombre de las ingraticudes del olvido.

TODTREISER.

LO QUE HACEN PENSAR LAS CUNAS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
GENE BARCELONE

DOLORA

Después que sobre la losa  
Recé con amor ardiente  
Por la que, por fin dichosa,  
Descansa perpetuamente,

Pude á la salida ver,  
Que á una niña con encanto  
Daba besos la mujer  
Del guardián del Campo Santo.

Y, estremecido, al mirar  
Á la pobre criatura,  
Que aún le faltaba apurar  
El cáliz de la amargura,

En medio de mi tristeza,  
— «Casi es más triste, pensaba,  
Mirar la vida que empieza  
Que ver la vida que acaba».

Por eso al atravesar  
Esta vida de dolor,  
Si los sepulcros pesar,  
Las cunas me dan horror.

CAMPOAMOR.

# CRÓNICA INTERNACIONAL



Inquietud moral de nuestra Europa.—Gravedad del movimiento socialista.—Encíclica del Papa.—Diferencia del problema social, según que se ofrece á un Emperador ó á un Papa.—Crisis económica de Portugal.—Intolerancia religiosa de Rusia.—Un Gran Duque ruso en el Japón.—La banca israelita y la intolerancia religiosa.—El príncipe de Bismarck y su campaña oposicionista.—Historia de la política del Canciller.—Conflictos permanentes entre Bismarck y Guillermo.—Crisis política lusitana y unión liberal allí establecida.—Convenio anglo portugués.—La muerte de Braziano en Rumanía.—El destierro de Natalia de Servia.—Conclusión.

## I

**N**o hay quietud moral ninguna en Europa. Los mismos, encargados por su ministerio de iluminar la conciencia pública, parecen venidos á oscurecerla; y los mismos encargados de guardar el orden público, parecen puestos en las eminencias sociales para perturbarlo. En el año último la huelga universal no tomara las proporciones, que tomó en Mayo, sin su coincidencia con el Concilio internacional socialista, citado á su palacio por el Emperador de Alemania, para deliberar sobre las cuestiones sociales, á guisa de aquellos otros Concilios ecuménicos por los Emperadores de Constantinopla en Éfeso y Nicea congregados para deliberar sobre las cuestiones dogmáticas. Pues bien: hoy el problema social, sin acercarse á género ninguno de soluciones, recibe

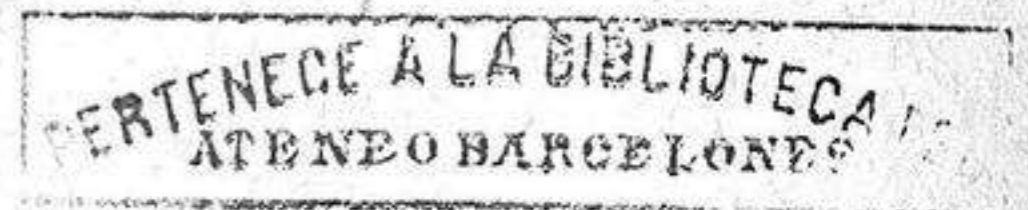
por la Encíclica del Papa una verdadera exacerbación peligrosa. Nada más fácil para un Pontífice, como nada más difícil para un Emperador, que la cuestión social. Á este se le piden obras, y habrá, por tanto, de tropezar con dificultades invencibles; únicamente palabras pueden esperarse de aquél, quien, predicando la caridad á los ricos y la resignación á los pobres, hubiera cumplido su deber y acreditado su ministerio. El que dirige y gobierna y legisla como un César, necesita mirarse mucho antes de proceder y obrar en materias tan complicadas y complexas como las relaciones entre capital y trabajo; el que dogmatiza, y aconseja, y formula, y propaga ideas, solamente al ideal puro debe convertir los ojos, y solamente debe apelar al divino Verbo, á la elocuencia humana, en que las ideas se revelan y difunden. Transformar la realidad, como necesita un Emperador, ¡cuán difícil! Transformar las ideas para que transforme la realidad éstas, ¡cuán fácil! Así, hame causado pena hondísima el extracto de la Encíclica sobre cuestiones sociales, transmitido ayer por el telégrafo internacional. Confundiendo el Papa su ministerio de hoy con el ejercido por sus antecesores, cuando juntaban al poder temporal el poder espiritual, entra en teorías impropias de su autoridad religiosa y en reglamentaciones baldías para sus fines evangélicos y evangelizantes. Por añadir una piedra más á la fortaleza de los deseos socialistas, despoja de una idealidad teológica su corona espiritual. En esto no aguarde nuestro aplauso. Como no podría San Juan de la Cruz ó Fr. Luis de Granada con provecho y competencia desempeñar una teneduría de libros en el comercio, tampoco el Pontífice Romano puede resolver los problemas de nuestra economía social á causa de su ministerio puramente religioso. En provecho mayor de nuestra so-

ciudad, cedería cualquier palabra dicha desde tan alto puesto como la Sede Romana, conjurando las supersticiones patentes todavía hoy abajo. Apenas el ánimo y colora el rostro la intolerancia religiosa, capaz de llegar en este siglo de los derechos humanos, hasta decretos de bárbara expulsión, como los apenas creíbles en edades caracterizadas por la esclavitud en todas partes, y por la guerra sistemática é interminable á cada momento. El czar de Rusia, llevado por su intolerancia, expulsó los judíos de Moscou, desarraigándolos con sus ukases y sus knoust homicidas. Y al mismo tiempo, como si la Providencia quisiese dar una lección de lógica y derecho al czar en su propia cabeza, ciego y criminal fanático japonés, viendo en el heredero de tanto Imperio y de sus patriarcados helenos verdadero infiel, cree servir á sus dioses partiéndole con sable litúrgico la coronada frente. Si el príncipe Jorge de Grecia no se interpone con prontitud entre su primo y el homicida, remata éste al otro, creyendo cumplir deberes con su religión, parecidos á los que cree cumplir el czar cuando expulsa los judíos con rescriptos de odio y exterminio. Lo peor del caso es que los pueblos mismos llegan á contagiarse con la epidemia de intolerancia diluida por los czares en los aires de sus cercados palacios. Acaba de poner el pueblo en Corfú asedio al ghetto de los judíos, bombardeándolo á pedradas, después de cortarles víveres y aguas cual si de un sitio en regla se tratase. Han querido los gobernantes mandar contra tales crímenes tropa regular; los soldados, dispuestos para defender los derechos inscritos en las Constituciones de los pueblos cultos en salvaguardia de todos los intereses legítimos y escudo de todos los ciudadanos libres, vuelven sus armas contra los mismos á quienes debían defender, y fomentan las perturbaciones

que debían de todas suertes contener y refrenar. Parece imposible : mas , como quiera que los extremos al fin y al cabo se toquen por todos lados , la religión y la banca tienen relaciones muy estrechas en el mundo y se corresponden y se comunican por medios muy misteriosos como el rayo de luz pura venido desde los astros y el átomo de todos los detritas. Así la raza judía, que ostenta con orgullo la elección divina, cuya virtud depositó en su santuario la idea del Dios persona y creador, sobre la que descansan hoy las sociedades humanas, ostenta con orgullo también los frutos predilectos del cálculo y del comercio en sus invenciones de la banca internacional y de la letra de cambio. Teogonista y mercader el judío, conoce tanto la existencia del Eterno como los resortes del crédito. Bajo su poder están, pues, los mercados europeos. Y como quiera que Rusia les confíe sus empréstitos, al par que les persigue á sus correligionarios, la banca judía le ha declarado que no podrá entenderse con ella, mientras ella sin piedad atormente y tunde á su raza consanguínea y á su familia espiritual. Hay quien se ríe de tales cosas y atribuye la frustración y marro del empréstito al estado económico europeo sujeto á continuos pánicos, hoy mucho peores que los pánicos causados por la guerra. Sea de ello cuanto se quiera, en Portugal hase llegado primero á una crisis monetaria terrible, y luego á la suspensión del pago de todas las obligaciones por sesenta días, viéndose tras todo esto aparecer el curso forzoso de los billetes de banco. Excuso decir lo que habrá con tal motivo pasado allí, así como el terror que se habrá traspasado á las contrataciones de todas clases y de todas procedencias en Europa. Durante dos días consecutivos no hacían más que bajar todos los valores y caer por los suelos. Únicamente al empuje de catástro-

fes irreparables descienden las cotizaciones en París y Londres. Así, estos excesivos armamentos, estos enormes presupuestos; el extravío socialista que merma los brazos por medio de las huelgas aumentando la miseria con las agravaciones debidas al ocio forzoso; el proteccionismo sistemático que perturba los cambios y trastorna las leyes económicas, nos llevan por despeñaderos, á cuyo borde sólo se descubren pavorosos é insondables abismos. Atravesamos hoy una espantosa crisis, y no hay otro medio de conjurarla que recurrir pronto al desarme y confiar en la libertad.

## II



No puedo perdonar á historiador tan querido y admirable como Bancroft, que comparase un día, cegado por los resplandores del astro en su oriente, institución como el Imperio nuevo alemán con institución como la República secular americana. Lo impersonal en ésta, y lo personal en aquél, sus dos primordiales caracteres, hacen los dos Gobiernos de sendas radicales contraposiciones. En América lo es todo el pueblo; en Alemania lo es todo el Emperador. Allí puede morir el Cristo de los negros, redentor y mártir al comienzo casi de su obra; la muerte suya no detuvo un segundo aquella emancipación del esclavo decretada por los poderes nacionales, inmóviles en sus fundamentos, á causa de lo que se mueven y se remueven en sus formas y en sus personificaciones. Allí puede hallarse procesado en pleno ejercicio de su autoridad un Presidente; le obedecen todos, no por su persona, y menos por su prestigio personal, por su impersonal autoridad, emanada de la Constitución y de las



leyes. Poco importa que Claveland desde su Gobierno ampare la reacción económica, si el pueblo, desde sus comicios, ampara la estabilidad. Esa máquina de los Estados Unidos, como la máquina del Universo, se alza en leyes indefectibles y en fuerzas incontrastables. Alemania es todo lo contrario; Alemania rinde culto á los poderes personales. Puesto el núcleo de su organización en Prusia, y siendo este núcleo militar de necesidad, así para preservarse de los eslavos y daneses al Norte como de los católicos alemanes al Mediodía, constituyóse de modo que su territorio resulta un campo atrincherado cual un pueblo su ejército en armas. Así que las sociedades, aun aquellas más republicanas, han menester organizarse al modo militar, pierden las instituciones parlamentarias y toman el carácter y aspecto cesarista. Grecia, conquistadora de Oriente con Alejandro; Roma, extendida fuera del mundo europeo con César; Francia, tras las victorias sobre los reyes coligados y la expedición á Egipto con Bonaparte, perdieron el Parlamento y la República para entregarse á los Emperadores y al Imperio. Así, Emperador y Generalísimo aparecen como dos palabras sinónimas en todas las lenguas. Y por esta sinonimia de los vocablos, el Emperador ejercita en Alemania sobre sus vasallos un poder muy análogo al que suele todo General ejercitar sobre sus soldados. Bismarck debía saber esto. Y sabiendo esto, asequible á las inteligencias menos penetrantes, Bismarck debió en su obra colosal rebajar al Emperador y levantar á Germania. Pues bien: hizo precisamente lo contrario. Esta dinastía de Hohenzollern se ha distinguido entre todas las dinastías alemanas por su compleción moral y su temperamento material de puro y franco absolutismo. Aparece más absoluta la dinastía prusiana que las dinastías católicas imperiales en Ale-

mania. Un rey católico halla siempre á su autoridad límites en la Iglesia, que depende por completo del Papa, mientras un rey prusiano se alza, con dos poderes enormísimos, con la jefatura del Estado y con la jefatura del Clero. Las dinastías imperiales de Austria tenían muchos límites, á pesar de su nativo carácter absolutista, en la elección un tiempo y luego en la diferencia de naciones á su corona sometidas, y en la indispensable congregación de Dietas germánicas alrededor de su cesárea majestad. Pero un rey de Prusia, siempre á caballo; cabeza de orden caballeresca y militar; defensor de Marca, muy combatida por formidables razas, cuyo terreno se parece á laguna desecada, en que fué preciso agotar la vieja esclavona sangre, quiere dirigir á los suyos como un General á su ejército. La magnitud intelectual, política, guerrera de Federico el Grande aumentó este poder y lo vinculó en su familia por mucho tiempo. Así, á cada rey de Prusia se le ocurrieron desde aquel entonces obras enormes fundadas en irreductibles antinomias. Federico Guillermo III quiso unir el Calvinismo y el Luteranismo, separados hasta cuando se veían, como en la guerra de los Treinta Años, sostenidos por el heroísmo de Gustavo Adolfo y azotados por la exterminadora espada de Wallenstein. Federico Guillermo IV quiso unir el Cristianismo y el Panteísmo en sus lucubraciones filosóficas, las Iglesias protestantes, desceñidas de los cuadros y despojadas de las estatuas, con aquella Catedral católica de Colonia, rehecha en su esplendor litúrgico y más brillante hoy que al contratar el importe de las indulgencias pontificias por virtud y obra de regios luteranos rescriptos. Bismarck convivió á su guisa con el imperio mientras imperara Guillermo I; y no previó lo que pudiera suceder al fin irremisible y natural de quien le pres-

tara su autoridad y su nombre. Cuando Guillermo I cogía del altar la corona, como pudiera Carlo Magno, y se la encasquetaba sobre la cabeza, diciendo fórmulas propias de Felipe II y Carlos V, el ministro callaba; porque cedían todas aquellas blasfemias, emprastadas del derecho divino antiguo en acrecentamiento de su propio poder ministerial, ejercido bajo presidencia y jefatura muy nominales y honorarias. Mas un pensador de su fuste, un estadista de su ciencia, un hombre de su altura, bien debía recordar lo que muestran los adelantos fisiológicos respecto de la herencia y lo mucho que urgía precaver, no tanto el propio influjo, como la nación y los alemanes, de cualquier capricho atavista. El antecesor de Federico el Grande, un monomaniaco; y el antecesor de Guillermo el Fuerte, un loco. ¿No podía Bismarck ver cómo, por un salto atrás, corría riesgo de hallarse frente á la reproducción fatal de aquellas mismas causas trascendentales á todo el Estado y aun á todo el pueblo? Un rey de Baviera, cantando las óperas de Wagner entre riscos y lagos naturales; un hermano del rey de Baviera, pareciéndose al Segismundo de Calderón en sus epilepsias y en sus demencias; un príncipe Rodolfo, acusando que todavía duran en las Austrias las dobles enfermedades recogidas por la línea paterna de Carlos el Temerario y por la línea materna de Juana la Loca; un rey de ayer en Prusia misma, recluido dentro de su cuarto como en una jaula, y obligado por la fatalidad á ceder en vida la corona de sus mayores al heredero inmediato, debían mostrar cómo hay que oponerse, con cual fuerza, en este tiempo, á las maldiciones del oráculo de Delfos y las catástrofes de los gemelos de Edipo en sociedades crecidas y maduras, las cuales no pueden ya enfermar, y menos morir, cuando enferman y mueren

ciertas privilegiadas familias. Y no hay para qué pedirles á las gentes aquello imposible á su alcance y vedado por su honor. No había necesidad ninguna, como pudiera imaginarse un revolucionario cualquiera, de arrojar la dinastía. Con mayor sencillez pudo resolverse todo, con tomar contra los desvaríos hereditarios probables de los Federicos y Guillemos en Prusia las mismas precauciones tomadas contra los Jorges de Hannover en Inglaterra. También éstos adolecían de mentales dolencias. Y, amen de sus dolencias, aquejábales una propensión grave, la de preferir el nativo, aunque pequeño, trono heredado en la Germania de sus padres al muy alto cedido á ellos por la voluntad parlamentaria de Inglaterra. Pero los ingleses recurrieron á esto, haciendo poderosa la Nación y honoraria la dinastía. Bismarck quiso que fuera el rey superior á Prusia, y que fuera el César superior á Germania; y ahora uno y otro se hallan reunidos en un jóven, que prescinde por completo del viejo Canciller, y cree recibir del cielo, con su derecho á representante de Dios sobre esta tierra, la omnipotencia y la omniscencia mismas de Dios. ¿Dudáis ahora de que hay en la historia una justicia providencial, é inmanente? Ahí la veis desarrollarse como si tuviera tras de sí los lejos y las perspectivas del tiempo en lo pasado, viva en lo presente, y trascendiendo á todo lo por venir.

### III

Bismarck se precavió contra Federico el Humano, de quien aguardaba, por las ideas filosóficas, una política de progreso, y por las influencias familiares, un régimen de libertad y parlamento. Conociendo las propensiones

humanitarias que centelleaban en aquel malogrado cerebro y el ascendiente sobre aquel descompuesto corazón ejercido por la emperatriz Victoria muy amada, se aprovechó de la enfermedad terrible, con que afligiera el destino implacable al segundo Emperador luterano de Alemania, y detentó el poder en su persona propia, cual si Guillermo I no hubiese muerto. El cadáver enormísimo de éste, semejante al de Federico Barbarroja, rodeado de leyendas análogas por la tradición germánica, fué reemplazado por otro cadáver, pues en la descomposición consiguiente á su enfermedad espantosa, parecía realizado en el infeliz Federico III el título de un drama célebre nuestro : *Reinar después de morir*. Lo único que pudo hacer, comido ya por su cáncer, cuando los microbios de un mal tan espantoso, parecidos á los gusanos del sepulcro, lo salteaban y lo destruían, fué abrir algunos celajes de tímida esperanza en el tiempo, y derramar algunas palabras de alta humanidad en el ánimo, á despecho y á escondidas del Canciller, no consultado en escritos, los cuales diríais bajados de lo eterno en alas del ángel de la muerte. Bismarck se revolvía contra los doctores, que no calificaban de mortal, por necesidad, la enfermedad horrible, y lo apercibía todo contra la moribunda voluntad de Federico, y contra las ideas británicas de su próxima viuda, temiendo que con los últimos alientos de la vida imperial se cambiara toda la política de Alemania como se cambia en el teatro una decoración á un silbido. Cierto : había tanta distancia entre las ideas del emperador Guillermo I y las ideas de Federico III, en espacio tan breve, como entre las ideas del emperador Barbarroja ó del emperador Federico II, que se sucedían después de haber cambiado el espíritu de la Edad Media sus fases capitalísimas en el período larguísimo de

doscientos años ; católico puro el primero, á pesar de sus disidencias con las ciudades güelfas y con el Papamismo, César férreo, parecido á los buenos Césares romanos de guerra y defensa, cruzado verdaderamente ortodoxos, á quien la piedad sepultara en una montaña colosal para que aguarde allí la reconquista por los cristianos de Jerusalén ultrajada ; mientras el segundo poeta ; y filósofo casi panteista, con ideas católicas mezcladas á ideas orientales, tan dado á departir en diálogos teológicos cual en diálogos científicos, y que, siguiendo las Cruzadas en cumplimiento de una tradición hereditaria, entra por la Basílica del Santo Sepulcro mediante pactos con los infieles tan extravagantes y con creencias tan cosmopolitas que atrae sobre su persona la excomunión y sobre sus reinos el entredicho. Al papa Inocencio III le parecía el Emperador católico de la Edad Media, Federico II, poco más ó menos lo mismo que le parecía el Emperador luterano de nuestro tiempo al príncipe Bismarck. Así tomó todo género de precauciones contra el humanismo, y el parlamentarismo de éste, mientras prosperaba con todo género de impulsos y consejos en el hijo mayor, heredero próximo de la corona, los principios absolutistas y las propensiones reaccionarias. Ningún alma generosa olvidará nunca el terrible desacato cometido, cuando pocos días antes de morir su padre, hablaba ya el joven Guillermo, como de cosas propias de su Imperio, en cuya posesión hubiera entrado, y decernía el título de brazo y cabeza connaturales á la institución cesárea, el brazo y la cabeza de su férreo Canciller. No conozco en la historia estadista ninguno, que haya dado en asunto análogo las pruebas de imprevisión dadas por Bismarck, comprensibles tan sólo por señorearle, como le señorean los nervios, y oscurecerle, como le oscurecen la inteligencia, los

deseos hidrónicos é inextinguibles de mando. Federico, teniendo ideas progresivas opuestas á las ideas de Bismarck y de Guillermo, hubiera considerado mucho la opinión pública, y movido por esta consideración hubiera quizá respetado hasta la hora de su muerte al piloto, que si flaqueaba para las rutas nuevas dentro de la gobernación pública, fuera de ella le inferiría irreparable daño. Cuando Mauricio de Sajonia le pisaba los talones al emperador Carlos V, roto y vencido por aquél en Inspruk, aconsejándole al vencedor que apresase tan rico despojo, respondió: ¿dónde tengo yo jaula para un pájaro tan grande? Pues igual pregunta le dirigían de seguro á un parlamentario y á un filósofo como Federico III, su conciencia, su pensamiento, cuando trataba en sus adentros de sacrificar la persona del Canciller y prescindir de su concurso. ¿Dónde tendría sitio fuera del Gobierno Federico para tal Encelado, que forcejearía bajo sus cadenas y ataduras, haciendo estremecer con sus propios estremecimientos el Estado entero? La experiencia y el talento de Federico, su culto á la opinión universal hubieran retenido á Bismarck en su puesto con algunas limitaciones. Pero el Canciller, en su imprevisión, llenó la cabeza del joven Guillermo con ideas absolutistas, lo movió y espoleó á que se rebelase de impaciencia contra su pobre padre, y cuando el así educado abrió la boca para satisfacer su apetito, se tragó al Canciller, como las fieras al guardián más próximo. ¡Hay providencia!

#### IV

La culpa de todo recae sobre las ideas nativas de Bismarck insistentes en él desde su cuna y resistentes á las

relaciones de su propia personal experiencia como al espíritu de nuestra progresiva edad. En Bismarck late siempre y queda siempre la fibra rural del campesino pomerano presa del demonio de las supersticiones feudales y de la intolerancia pietista. En religión, en política nace, como ciertos condenados del dantesco infierno, con su cabeza vuelta por el destino atrás. Estudiante pendero, noble orgulloso, propietario pagadísimo de su terruño y de los privilegios al terruño adscritos, incapaz de comprender el ideal de los derechos naturales y la contextura de los Gobiernos parlamentarios, cristiano de rutina externa y de liturgia formalista, sugiere con sus primeros consejos y su primer influencia al cuitado Federico Guillermo en la crisis de cuarenta y ocho el horror á los principios democráticos y á las escuelas progresistas, que le condujeron hasta saludar los cadáveres de sus propias víctimas tendidos en las camas de su Palacio Real y postrarse de hinojos á los pies del Austria en la tremenda humillación de Olmutz, ese Jena político y moral de la guerra civil interior entre los pueblos alemanes. Muy perspicuo para columbrar la más tenue nube adversa que pudiese oscurecer los privilegios monárquicos y nobiliarios, estaba ciego de ceguera incurable para descubrir el vapor de vida contenido en las agitaciones febriles de la Germania nueva, que despedía desde su trípode revolucionaria magnetismo y electricidad suficientes á encender un alma superior en otra sociedad más progresiva entre los fragores de tempestades, como las que relampaguean y truenan y fulminan por los picos de todos los Sinaís en todas las historias. El mundo no comprenderá que se aturdiese al estruendo exterior de la revolución, cuando la idea de unidad germánica se condensaba en el espíritu de la nación, revelándose por vol-



cánicas erupciones como una estrella incipiente ó radiante, y no alcanzara, cómo el Congreso de Francfort, maldecido por él, profetizaba inspiradísimo bajo lenguas de fuego lo por venir, y no aprovechase todo aquel éter, cuyas ráfagas cometarias, enfriándose al transcurso del tiempo, debían componer la nueva nacionalidad alemana, y debían darle una mayor patria donde lucir y extender su propia naturaleza genial. En la imprevisión, en la falta de progresivo espíritu, en la carencia del don profético imaginaba tan perdido el principio de unidad germánica de Olmutz como el principio de unidad italiana en Novara, y se revolvía contra los que se fiaron de su inmortalidad y anunciaban para uno y para otro la Pascua de Resurrección. Jamás comprendió la esencia íntima y la sustancia intrínseca del principio, á que debió su fuerza y su gloria, muy tarde por él adoptado, después de haberlo combatido, cuando lo vió cumplido y realizado en aquella Italia denostada por su palabra en los primeros tempestuosos relampagueos del nuevo común ideal. Por eso yo me indigno cuando veo emparejar á Bismarck y Cavour, como me indigno cuando veo emparejar á Washington y á Bonaparte. Así el padre de la patria sajona en América como el padre de la patria itálica en Europa rindieron culto al bien y no dudaron un punto del derecho; mientras los fundadores de la prepotencia imperial francesa y de la prepotencia imperial germánica, muy apasionados por la violencia y muy envanecidos de sus conquistas, dejaron algo así tan grandioso, pero tan frágil y siniestro como las obras producidas por los genios del mal y sus tinieblas en todas las teogonías. Discutiáse allá en los últimos años del Cuerpo Legislativo francés, bajo Napoleón III, un Mensaje; y como alabase Rouher las condiciones públi-

cas y privadas del César, mi llorado amigo Julio Favre le respondió con una frase digna de Demóstenes: contentaos con que os llamen ministro de cualquier Marco Aurelio; yo prefiero á esas dignidades palatinas la superior de llamarme ciudadano en un pueblo libre. Bismarck prefirió que sus reyes lo sostuviesen á él, bien al contrario de lo que hace Gladstone, quien sostiene á sus reyes. ¿De qué puede quejarse si no de sí propio? Los Emperadores ¡oh!, suelen ser feroces con sus favoritos cuando se fatigan de prestarles su favor. Como Tiberio expulsó á Sejano, como Nerón mató á Séneca, como Juan II ahorcó á D. Álvaro de Luna, como Felipe II persiguió hasta la muerte á su Antonio Pérez, como Felipe III decapitó á D. Rodrigo Calderón, Guillermo II ha descabezado moralmente á Bismarck sin más razón que su imperial capricho. *Sic volo; sic jubeo*. ¿Cómo ahora se atreve á presentarse ante los comicios el Canciller y á fiar en los Parlamentos, porque lo han despedido del Palacio Real, como se despide á un lacayo? *Quae te dementia coepit*. Cuando Napoleón se vió vencido tras Waterlloo, tomando aquellos aires teatrales de artista italiano, que tanto cuadraban á su natural trágico, y diciendo aquellas frases plutarquescas mal aprendidas, que tanto cuadraban á la educación clásica de su tiempo, demandó asilo á los ingleses, sus enemigos, como antes lo había demandado Temístocles á sus enemigos los persas. ¡Ah! Los ingleses le dieron Santa Elena. Bismarck, en el disfavor y en la desgracia, pide un refugio á enemigos que no ha visto nunca, pero que ha desdeñado siempre en los comicios. Y así como los ingleses condenaron su incómodo huésped á Santa Elena, los comicios condenan su incómodo requeridor á unas segundas elecciones. Pero desengáñese por completo el Canciller: no tiene idonei-

dad ninguna para el cargo á que opta. Orador y muy orador, un día renegó de su verbo, y el verbo renegado le condena para siempre á no recobrar por su mediación el Gobierno. Aseméjarse por las sesiones del Parlamento al pollo desplumado y cacareador, que corría soltado por los sofistas en la cátedra de Sócrates. El admirado Heine, tan fecundo en geniales ocurrencias, presentaba los dioses de Fidias y Plutón por caídos y prófugos, vendiendo pieles de conejo frescas en las costas del Ponto, y necesitados de encender fuego con brozas para calentar en las noches invernales sus cuerpos ateridos. Pues un cuadro así trazarán pronto de Bismarck aquellos escritores asalariados, á quienes se les denomina reptiles, clavándole por igual salario los dientes venenosos que asestaba él sobre sus innumerables enemigos. Y allí, en el Parlamento, donde penetraba con sable al cinto, y en las botas espuelas, y so el codo casco, y al pecho coraza, penetrará como un doctrino asustado, temeroso de que tanto enanillo cual pulula por todas las corporaciones y todas las colectividades, azotados como niños por él, caricaturado, en sarcasmos á veces brutales, puestos en ridículo á cada paso, preteridos cuando se trataba del presupuesto y del ejército durante muchos lustros, divididos y dispersos por sus golpes de Estado, á veces, lo cojan, como á Gullivier, las gentecillas incapaces de medir su estatura, y lo entierren al aproximarse la eternidad y la Historia, no como á cualquier déspota, en pórfido egipcio.

## V

En pocos estadistas hase visto jamás tan claro, como en el Canciller, que ningún grande hombre alcanza esta-

:

tura superior á la estatura de cualquier grande idea. Opuesto á la unidad alemana desde los comienzos de su período creador, desde la revolución de 1848, aceptóla mucho más tarde, no tanto por las sugerencias de su propio espíritu, cuanto por las enseñanzas de ajenas experiencias. Desde sus discursos anti-unitarios y casi feudales, que abocaron al desastre de Olmutz, hasta su conversión, habían pasado más de catorce años, todo el espacio de tiempo extendido entre los albores de la revolución y los triunfos de Italia. Ahí está la verdadera gloria de su vida, en lo reflexivo de una conversión, que verificada por graduaciones muy sucesivas y tardas pudo asirse de su ánimo con tenacidad y conducirlo á preparar el triunfo de lo recientemente creído y amado con arte maravilloso. La política desarrollada contra el Austria en Francfort, por sus trampas, y por sus redes, y por sus atisbos, y por sus husmeos, y por sus lazos, álzase de suyo en la Historia como un portento de astucia y previsión, en que al entusiasmo de un vivo sentimiento se une y suma el cálculo de una consumada destreza. Su embajada de París y su embajada en Petersburgo, donde se allega contra el Austria concursos tan difíciles de allegar como el de Napoleón y el de Alejandro, interesadísimos, cada cual por su lado, en que no pueda nunca robustecerse Alemania, esas embajadas eclipsan cuanto de hábil hayan hecho, en sus combinaciones, diplomáticos tales como Talleyrand y Meternich, los dos ilustres modelos de estrategia política. La inclusión de Austria en las aventuras de los ducados del Río Elba y los escamoteos del territorio adquirido por su directo asentimiento, así como la preparación del golpe mortal á su presidencia en los Congresos germánicos por medio de una guerra con sabia lentitud apercebida y

á rápido triunfo llevada, cansarán el estro de las apologías y de las apoteosis cuando se las quiera poner en su punto y alabar con arreglo á su mérito. No puede olvidarse cómo á su esfuerzo debemos la ruina del despotismo austriaco y del cesarismo napoleónida, el restablecimiento de la independencia húngara, la vuelta de los vénetos al seno de su Italia, el fin de la potestad temporal pontificia, la ocasión feliz de proclamarse la república en Francia. Mientras obedeció á una idea superior de progreso Bismarck, y, consciente ó inconsciente, los intereses universales de la democracia sirvió; nadie tan inspirado en los motivos y tan feliz en las resultas. Pero estas mismas victorias indecibles halas alcanzado por medios y por procedimientos que no le autorizan al ministerio con cuyo ejercicio ahora sueña, que no le autorizan al ministerio de diputado alemán y no le prestan fuerza, ni material, ni moral, para su nuevo destino y cargo. Todo su magno edificio se asienta sobre un olvido completo de las tradiciones parlamentarias, hoy requeridas de amores con extraordinaria veleidad por un tantaimado enemigo. El silencio, el disimulo, el secreto, el engaño, el doble sentido en las palabras, aquello que, por analogía con la anterior, llamamos duplicidad en el carácter, los tratos hechos á hurtadillas, las conspiraciones entre tinieblas, la imposición de tributos no votados por las Cámaras, las levas arbitrariamente decretadas por el ejecutivo sin autorización y hasta sin consultas, como en Asia, las anexiones violentas que arrancan sus órganos á un pueblo para ingerírselo á otro: tal suma de antecedentes fatales riñe con todo cuanto pretende hacer ahora Bismarck, por medio de la libre discusión y en el seno de amplios Parlamentos. Palmerston y Gortchakoff no cabrán jamás en el mismo saco. Los

privados de un Czar y los representantes de un pueblo no se juntarán en la misma persona. ¿Cuál programa ofrecerá Bismarck á sus colegas que tenga los caracteres morales en esta clase de obras necesarias? Además, el Verbo divino llamado elocuencia humana únicamente desciende á los labios del apostolado, que redime de la esclavitud al pueblo y lo impele hacia adelante. No se comprendería Daniel defendiendo á los reyes de Babilonia, Demóstenes á Filipo, Cicerón á Marco Antonio, O'connell á los bandoleros de Irlanda, á los reyes absolutos de Francia Vergniaud y Mirabeau. Si Bismarck acusa de liberal y tolerante la política de hoy, ¿cuál fuerza no le presta el cuitado á ese mismo Emperador que lo ha escarnecido, y á ese mismo Caprivi que se ha puesto audaz en aquel alto sitio, de donde no creía su antecesor caer sino al sepulcro? Poco apreciador de las ideas el grande hombre, aceptándolas desde cualquier cuadrante que sopla, si le hinchán sus velas y le impelen su nave, jamás comprenderá todo el daño que á sus enemigos haría oponiendo un programa de reformas democráticas muy progresivo al programa imperial de una estabilidad parecida en su estancamiento á la rigidez de los muertos. Pero, ¿qué libertad podrá invocar quien las ha desconocido y vulnerado todas? No la libertad personal atropellada por sus estados de sitio permanentes; no la libertad mercantil vendida por treinta dineros después de haber granjeado tantos bienes á Prusia en el Zollverein germánico; no la libertad religiosa puesta en grave trance por complacencias con los predicadores anti-semistas; no la libertad científica después de haber con saña perseguido hasta la Historia; no la libertad científica después de haber querido revestir al Estado con la facultad omnímoda de profesar doctrinas oficiales en todo y para todo;

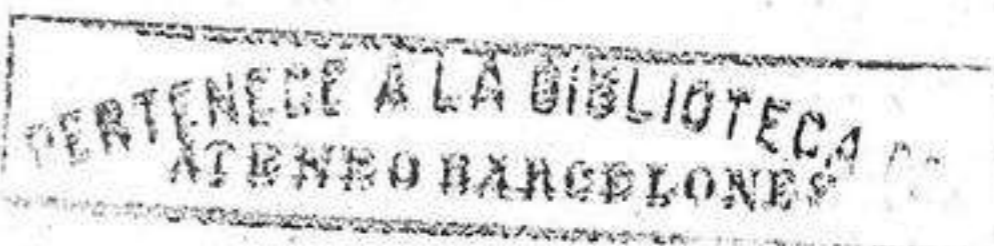
no la libertad industrial mermada en su reglamentación del trabajo que ha trocado las fábricas en cuarteles y hecho de los trabajadores un ejército. ¿Qué le queda? Para emprender una campaña de oposición fuerte, con que sueña, no tiene recurso ninguno á su disposición, pero absolutamente ninguno. En las cuestiones sociales nada tan trasnochado y perdido como su socialismo de la cátedra. Esta especie de abortivo ha logrado en término postrero adelantar el parto de las múltiples aspiraciones jornaleras; dejándolas maltrechas, como dejan al vientre, que los ha parido, toda clase de abortos. Su ley sobre seguros de jornaleros, aunque fechada en el ochenta y dos, adolece de una vejez casi decrepita. Él mismo confesaba que debía completarse con otra ley de corporaciones obligatorias, ó sea de gremios antiguos, á la cual se resistían los propios jornaleros, más amigos del individualismo sajón ó de la comunidad revolucionaria que de su socialismo propio, á quien él creía salvador, y los trabajadores pedantesco é híbrido. Luego el sistema de Bismarck no tiene defensa y deroga todas las leyes de la moral y del derecho. Eso de con los profesores excitar desde las cátedras á los socialistas por medio de utopías, para luego, si las creen y piden su realización, tenderlos en las calles á tiros por mano de los generales, no puede ni siquiera mentarse un minuto, sin que á una se levanten y arremolinen todas las indignaciones posibles en contra. Ni siquiera la defensa de su política exterior cabe, una política suma en las preparaciones conducentes al triunfo primero lo mismo diplomáticas que militares, una política perpleja y confusa después del triunfo último. No tenía otro remedio el Canciller que, ó entenderse con Francia é Inglaterra contra Rusia, ó entenderse con Rusia contra Francia é Inglaterra. Para entenderse con

Francia contra Rusia, necesitaba restituir á la primera su Alsacia y Lorena; para entenderse con Rusia contra Francia, necesitaba permitir á los rusos la entrada en Constantinopla. Con sus perplejidades, que cerraron á Francia toda esperanza de reivindicación, excitándole su hambre colonial, y que abrieron á Rusia las vías del Bósforo en la última contienda oriental, para luego detenerla en San Estéfano, y sublevarle so el amparo de Austria las dos Bulgarias; hase Bismarck desasido así de Rusia como de Francia, y ha irritado las dos contra Germania, mientras se aflojaban los lazos de la triple alianza; en Roma, por la desgracia de Crispi; en Viena, por el tratado de comercio. Y no hablemos del Canciller como argonauta; del Canciller como colonizador. Todo cuanto podrá presentar, después de haber suscitado enormes dificultades con Australia é Inglaterra, con los Estados Unidos y España, poniéndose y poniéndonos en trance de guerra; todo se ha reducido á romper la espina dorsal del desdichadísimo Emím Bajá, y á trocar el protectorado sobre Zanzíbar por la esponja que se llama Heligoland. Y gracias dan Guillermo y Caprivi de haber salido á tan cortas expensas en su política interior de las leyes socialistas y en su política exterior de los enredos coloniales. Crea Bismarck en un viejo admirador de su persona y de su genio, aunque adversario de su política, y del régimen á esta política consiguiente. La sociedad, como la naturaleza, devora todo aquello que no ha menester. La muerte de Guillermo I, la muerte de Roon, la muerte de Molke, le dicen que la especie de hombres, á la cual ha pertenecido, se borra y extingue. La nueva ciencia enseña cómo no reaparecen las especies desaparecidas. El Eterno ha roto, cual diría Bossuet, el instrumento de su obra providencial, porque ya es inútil. Qué-



dese, pues, Bismarck en su retiro, y aguarde, sin impacencias neuróticas, allí el juicio final de Dios y de la historia.

## VI



Embebido en el estudio de tan extraño ejemplar, como el Ministro de hierro, trastocado en parlamentario de ocasión, habíame divertido de las demás cuestiones europeas, á pesar del interés vivísimo que despiertan y de las enseñanzas profundas que contienen. Portugal, por ejemplo, ha consumido ya otro ministerio. Los enfermos graves, aquejados de nerviosos desarreglos, cambian las posturas en su lecho de aflicción y dolor á cada uno de los varios sacudimientos que les comunican las descargas eléctricas de sus neurosis constitucionales. Los ministerios lusitanos, subsiguientes al infeliz, bajo cuya dominación acaeció el brutal atentado de Inglaterra y sus compañías mercantiles á la integridad completa del territorio portugués, creyeron la inquietud general de su nación proviniente del excesivo lenguaje de los periódicos, y echaron tras las públicas libertades, sin encontrar en las restricciones externas de la general opinión, más fragorosas que graves, alivio ninguno al mal interno del país, arraigado en lo escondido de las entrañas sociales. Hase formado nuevamente, bajo la presidencia de Andreu Souza, un gobierno, compuesto del partido conservador y del partido progresista, unión liberal intermedia, muy apartada, tanto de la República como de las reacciones. Á este ministerio le tocan dos cuestiones abrumadoras: primera, el arreglo diplomático de las diferencias con Inglaterra, y segunda, el arreglo eco-

nómico de la crisis monetaria. El sentimiento universal designaba un candidato á la cartera de Hacienda, Carvalho; y este candidato ha prevalecido en los consejos de la corona, como prevalecerá en las combinaciones del Parlamento. La propuesta de tratado entre las dos potencias está presentada ya, y su doble aceptación, por una y otra parte, no parece dudosa. Portugal se halla sobradamente amenazado por discordias civiles para que Inglaterra no las tenga en consideración, é Inglaterra sobradamente influida por su Rey vasallo, presidente de la Colonia del Cabo, para que no ceda un poco Portugal en sus quejas. Por consiguiente, un período corto, si queréis, pero seguro, de tranquilidad relativa, transcurrirá por ahora en Portugal. Carvalho ha ido á París en busca de soluciones económicas cual fué antes á Mozambique en busca de soluciones coloniales. Habrá poco aprendido en este duplicado ejercicio, pero ha muy firme voluntad mostrado, y precisa tener en cuenta las buenas intenciones. Á veces no bastan, sin embargo. Muy buenas las tuvo mi amigo Braziano, presidente largo tiempo del Consejo en Rumanía, muerto hace pocos días; que acertó á granjearse así el sentimiento nacional, como el sentimiento europeo, por sus ideas amplias animadas en su espíritu progresivo. Y no ha concluido sus días en la deshonra por un milagro manifiesto del cielo. Ministro de un país diminuto, la importancia del sitio por este país ocupado en Europa le presta una grandeza desmedida, y presta, con razón, á sus evoluciones, un excepcional interés. Así como el Egipto debe su importancia en el mundo á la desembocadura del Nilo y al canal del Istmo, Rumanía debe la suya por su parte á su proximidad al Mar Negro y á su posición sobre las bocas del Danubio. Por su origen y por su desagüe créese al Nilo el primero entre los ríos africanos, cuando tiene por

émulos en el mismo continente dos, como el Congo y el Zambeze ; y por su origen y por su desagüe, además de su caudal, créese al Danubio el primero entre los ríos europeos, cuando tiene rivales como él famosos, el Sena, el Tajo, el Escalda, el Rhin y el Volga. De aquí la inmensa importancia conseguida por Braziano y el interés prestado á sus evoluciones políticas por Europa. Necesitado de arrancar su patria en tormentísimo período, así al poder de Austria como al poder de Rusia, pues Turquía únicamente significa la manzana, por cuya posesión aquellas grandes potencias riñen, estuvo un tiempo con Rusia contra Austria, y ha estado al morir con Austria contra Rusia. Francés por sus ideas democráticas, francés por su origen latino, francés por su dependencia intelectual de Michelet y de Quinet, francés por su educación, al salir del sistema solar moscovita para gravitar en el sistema solar austriaco, volvióse contra Francia y en favor de Alemania; pues Austria no representa más que los intereses y principios germánicos en el problema oriental. Así los franceses odian á Braziano como al mismo Crispi, contándole desde la conversión á la Triple Alianza como descastado é ingratisimo á la Nación, que tanto se desvelara un día por él y por su patria. Pero debía el sentimiento francés alcanzar que Braziano se había propuesto ganar la Transylvania y demás países austriacos derivados de Rumanía para ésta, sin perder la Besarabia por el tratado de París á su dominación adscrita y en su territorio enclavada. Encontrándose con que le arrancaban la Besarabia, la mejor de sus posiciones, y no le devolvían la Transylvania, en poder siempre del Imperio austriaco, acrecentadísimo por las anexiones de Bosnia y Herzegovina, volvióse Braziano contra Rusia y Francia para irse con Austria

y Alemania. Compensación tan miserable como la Dobroutzca no podía disuadirle de un plan impuesto á su conciencia y á su pensamiento por la fatalidad de los hechos. Como el que mucho habla, mucho yerra, el que mucho hace, mucho peca. Pero no puede negársele á Braziano condiciones máximas de consumado estadista y amor ferviente á su pobre patria. Ya quisiéramos decir lo propio de la gente que domina en Serbia, dejada por completo de la mano de Dios, cual solemos decir en el habla vulgar española. Un rey y un esposo empeñado en perder el reino, cuya corona por tanto tiempo se ha ceñido; y una reina madre á su vez empeñada en perturbar los ánimos y destruir el trono de su hijo, presentan y ofrecen un espectáculo tal, que subleva la conciencia y el estómago. Malo parece á cualquier imparcial persona que haya el rey padre vendido su tutela natural sobre Alejandro, á quien diera vida por holgarse unos años en París, donde tantas privaciones sufriera de simple y modesto escolar; mas no parece cosa mejor el emperramiento de una madre, que debía sentir celestes inspiraciones al tratarse del hijo de sus entrañas, en resistir hasta la rebeldía mandatos imperiosos de las supremas potestades, y provocar inútiles resistencias generadoras de combates y matanzas. Todo el mundo sabe cuán cobarde anduvo, cobardía rayana en crimen, el metropolitano de Sofía, concediendo por imposiciones parecidas á las que todo un Enrique VIII ejerció sobre los clérigos ingleses de su tiempo, un divorcio imposible ante las leyes eternas de la moral y del derecho; pero no justifica esta desgracia el propósito de inferir otras al reino y al hijo por culpas del hombre á quien se ha entregado un día el corazón y la vida. Ese teatral tránsito de los dominios serbios á los dominios rusos entre suble-

---

vados estudiantes que parecían crueles gladiadores, y esa resistencia de melodrama romántico á una policía encargada de cumplir un mandamiento legal, no pueden cohonestarse, ni siquiera con invocaciones al divino amor de madre. ¡Infeliz asunto aquel en que nadie tiene razón!

EMILIO CASTELAR.

## REVISTA ECONOMICA



El Banco de España en el Parlamento. — Los presupuestos de Cuba y Puerto Rico. — La Bolsa.

CUANDO se anunció el proyecto de ley sobre ampliaciones de billetes y prórroga del privilegio del Banco de España, fuimos los primeros en combatirlo. Por espacio de un mes no se oyó más voz que la nuestra, lo cual no dejaba de sorprendernos, en atención á la influencia que dicho proyecto ha de ejercer, de convertirse en ley, sobre toda la economía de este país.

Á aquel silencio de los primeros días ha sucedido un clamoreo general. Rompió el fuego el *Círculo de la Unión Mercantil*; le secundó la prensa independiente, y tras de la prensa las *Cámaras de Comercio*. *El Imparcial* abrió una sección para recoger las opiniones del público, y en pocos días recibió millares de cartas protestando del proyecto y poniendo de manifiesto los males que podía acarrear. Con todo esto, la industria y el comercio están alarmados, y lo propio de Madrid que de provincias, llueven exposiciones y protestas contra la obra de los conservadores.

En el Congreso también la discusión ha tomado calor y una animación no vistos jamás en este género de asuntos. Todas las oposiciones se han presentado en línea de batalla, y en tres semanas de debates no ha podido pasarse aún del artículo 3.º

La voz de la minoría liberal la han llevado hasta ahora los Sres. Salvador (D. Amós), Puigcerver, Eguilior, duque de Almodóvar, Calvetón, Garijo, Vincenti, Domínguez Alfonso, Moret, y se espera que intervenga también el jefe del partido, Sr. Sagasta.

De las dos partes que el proyecto contiene, la más combatida por esta minoría ha sido la prórroga del privilegio. Faltan aún trece años — ha venido á decir, como dijimos también nosotros — para que el que en la actualidad disfruta el Banco termine, y es demasiado pronto para pensar en prorrogarle. Los privilegios de los Bancos los ha impuesto en todas partes la necesidad, las dificultades financieras de los Estados. Ni el de Inglaterra, ni el de Alemania, ni el de Francia, ni el de España, tienen otro origen ni han respondido á otra superior razón.

La libertad de crédito no es distinta de la libertad mercantil, y ambas no lo son tampoco de la libertad política. Impureza de la realidad y errores tradicionales en la economía de las naciones, imponen con frecuencia sistemas antitéticos en la gobernación de los Estados. En Inglaterra, por ejemplo, las libertades políticas son tan antiguas como la constitución de la Monarquía; la libertad comercial, en cambio, no ha llegado hasta mediados del siglo que corre, y la libertad bancaria dista mucho de ser un hecho todavía.

Con todo, el principio y el fundamento de la libertad del crédito no los niega ni los pone nadie en duda que de demócrata y liberal se precie, y el monopolio de la emi-

sión, como todos los monopolios, está llamado á desaparecer más pronto ó más tarde.

Esta doctrina, que defendimos aquí hace dos meses, ha sido mantenida con energía por el partido liberal, y de ella ha sacado los principales argumentos para combatir la prórroga del privilegio del Banco de España, con tanta inoportunidad solicitada.

Si la libertad de los Bancos es un sistema más racional y justo que el del monopolio, si dentro de algunos años ha de imponerse en Europa como se han impuesto las demás libertades sociales, ¿á qué fin precipitarse á comprometer lo por venir y á ligarnos con contrato á largo plazo?

Otro aspecto de la cuestión han examinado las minorías liberales que, como se recordará, fuimos también los primeros en llamar sobre él la atención: el relativo á las utilidades que el Estado va á obtener de esta concesión.

Decíamos antes que el monopolio bancario lo ha impuesto la necesidad, y que ésta era su única razón y fundamento. El Estado busca ó debe buscar en este monopolio, lo mismo que en el monopolio de los tabacos y antes en el monopolio de la sal, ingresos para el Tesoro y recursos para la Hacienda. Partiendo, pues, del monopolio, precisa examinar si aquellos ingresos y estos recursos se obtienen en la medida conveniente, ó, lo que es igual, si la utilidad del Estado, que concede el privilegio, está en buena proporción con los beneficios que obtiene el Banco privilegiado.

En estos últimos años, el sistema que más defensores tiene es el alemán y el belga, que consiste en la coparticipación de beneficios ó división de utilidades entre el Banco y el Estado. Cuando los intereses ó beneficios no



pasan de un 4 ó 5 por 100, que es el interés corriente del dinero en Europa, los beneficios corresponden por entero á los accionistas ; cuando pasan de esta suma, el exceso se divide entre el Tesoro y los accionistas.

Tiene muchos partidarios este sistema, porque, además de lógico, es justo. Los beneficios de los Bancos de emisión proceden del capital de fundación y de la facultad emisora que el Estado les adjudica ; de ésta la mayor parte. Casi siempre los billetes en circulación superan cuatro ó seis veces al capital. ¿Qué menos puede exigirse á un Banco que la división por igual de utilidades con el Tesoro?

Limitándonos á España, es bien sabido que el capital social del Banco es de 150 millones de pesetas, y los billetes en circulación oscilan ahora entre 740 y 750 millones de pesetas. Si los beneficios anuales son de 30 millones de pesetas, 24 millones son producto del monopolio, del privilegio ó del derecho concedido por el Estado de emitir billetes. ¿Estimaría nadie absurdo é injusto que la Hacienda se lucrara todos los años con la mitad siquiera de estos 24 millones que únicamente de la protección del Estado proceden? Creemos que no.

Por el proyecto de ley que ahora se discute, el Banco podrá emitir hasta 1,500 millones en billetes ; los beneficios, si no se duplican también, se elevarán por lo corto á 40 ó 45 millones de pesetas anuales, y el capital del Banco vendrá á sacar un interés de 25 á 30 por 100 todos los años.

La minoría liberal ha solicitado la coparticipación en las utilidades por mitad, después de separar un 6 por 100 de interés fijo para los accionistas. El Gobierno y el Banco se han negado á ceder, y el proyecto se aprobará sin otra compensación que el servicio gratuito del emprésti-

to de 150 millones por un período de treinta años. Puede calcularse que la precipitación en que la prórroga se concede y la debilidad de que el Gobierno está dando tantas pruebas, costará á la Hacienda de 10 á 12 millones de pesetas en cada año, ó sean más de 170 millones en los 17, porque el contrato se prorroga.

La minoría republicana ha apoyado todas las conclusiones de la minoría liberal, sosteniendo, como era de esperar, un criterio más radical en las soluciones que ha ofrecido. El aumento de emisión hasta el límite de 1,500 millones lo encuentra peligrosísimo, de acuerdo con los diputados fusionistas Sres. Vincenti y Calvetón.

En España, el acrecentamiento de la circulación de billetes no responde á las necesidades y al desarrollo de la industria y el comercio. De una parte trae su origen de los déficits de los presupuestos, de los anticipos del Banco á la Hacienda, de la cartera del Banco repleta de valores del Estado, y singularmente de la carencia de oro. La plata es un metal incómodo para las transacciones, y además de ser incómodo está depreciado y no sirve para los pagos en el exterior que en tanta cuantía precisan aquí hacerse todos los años. Entre la moneda de papel y la moneda de plata, ambas inútiles para saldar las deudas internacionales, el público ha preferido hasta ahora la primera, y se da el caso, pocas veces visto, de que hasta las reservas de las fortunas privadas y la acumulación de los capitales se establezcan en papel en lugar de metal. Los billetes han sustituido al oro en el fondo de las cajas. Existen sumas de importancia que no salen á la circulación.

Pero el billete es un signo de crédito, una representación de la moneda, que conserva el valor que representa siempre que puede cambiarse ó realizarse á todas horas

y en todos los momentos; sin pérdida ni quebranto alguno. Ahora bien: para que todas estas condiciones se cumplan, los Bancos precisan tener constantemente en sus cajas una reserva metálica, cuya cuantía es variable y depende de infinidad de circunstancias, pero que siempre es conveniente que peque más por exceso que por defecto; y una cartera de valores de buena solidez y garantía y realizables á breve plazo, que en momento de apuros y de crisis nutran las salidas de la caja.

El Banco de España no se distingue, ni por la cuantía ni por la buena calidad de sus reservas metálicas. Según un interesante cuadro tomado por nuestro ilustrado colega *El Economista*, la relación entre los billetes circulantes y el metálico en caja era á fines del mes pasado en los principales Bancos de Europa, la siguiente:

BANCOS NACIONALES	MILLONES DE PESETAS.		Proporción de las reservas.
	Billetes.	Reservas.	
Alemania.....	1,035	1,099	106,18
Austria-Hungría.....	1,063	611	57,49
Bélgica.....	404	114	27,53
Dinamarca.....	100	71	71,00
España.....	738	275	37,26
Francia.....	3,217	2,488	77,33
Holanda.....	417	239	57,31
Italia (cinco Bancos).....	1,020	406	39,80
Inglaterra.....	621	533	85,83
Noruega.....	87	51	58,62
Portugal.....	39	22	56,40
Rusia.....	3,910	846	21,43
Suecia.....	64	28	43,75
Suiza.....	159	81	50,94

Hay dos Bancos en el cuadro anterior que figuran con una proporción menor en reservas que el de España: el

:

Banco Nacional de Bélgica y el Imperial de Rusia. Sin embargo, el primero tiene constantemente disponibles de 70 á 80 millones de letras oro que son verdaderas reservas, y que para que desempeñen este oficio las guarda, y sumándolos al efectivo metálico, como es justo, elevan la proporción á 45 por 100. El Banco de Rusia es un Banco del Estado, y el Estado tiene en el extranjero 750 millones de pesetas en oro reembolsable á la vista. Sumando esta partida á las reservas del Banco, la proporción pasa constantemente del 40 por 100.

Austria-Hungría figura con la proporción de 57,49; pero como esta nación sigue también el sistema belga de reservas en letras pagaderas en oro, la relación se aumenta algún tanto.

España es, pues, la nación más pobre en reservas, y este mal es tanto más grave, cuanto que aquí el poco oro que existe está en poder del Banco: en el país no hay apenas nada por el premio elevadísimo que ha tenido en los últimos años.

De la cartera del Banco de España poco hemos de decir, porque bien sabido es que casi en su totalidad se compone de valores del Estado y del Tesoro, los cuales son, por ahora, muy sólidos y seguros, pero de realización difícil en momentos de perturbación y ahogos.

De lo dicho se deduce que, si por una causa cualquiera (¡y son tantas las que pueden perturbar un mercado!) la estimación del billete se quebranta y los cambios se precipitan sobre las cajas del Banco, puede producirse una crisis espantosa de la cual Dios sabe como libraremos.

Sensible sería que el aumento de emisión fuera la señal del pánico, y toda prudencia en estos momentos por parte de la administración del Banco nos parecerá poca.

Tales son, en resumen, las ideas y opiniones expues-

tas hasta ahora en el Parlamento, y que, como se recordará, concuerdan con las expuestas por nosotros en este mismo lugar.

Pasará el proyecto porque la disciplina de la mayoría lo impone; pero el país entero lo recibe con disgusto y hasta con repugnancia, y mucho tememos que no sea nefasto para los intereses de la economía nacional.

\* \* \*

El señor ministro de Ultramar ha leído en el Congreso los proyectos de presupuestos de las islas de Cuba y Puerto Rico para 1891-92.

El primero difiere poco del anterior en cuanto á sus cifras: las obligaciones se calculan en 25.533,219,41 pesos, y los ingresos en 25.753,726 pesos, quedando un remanente ó exceso de ingresos de 220.506,59.

La Memoria que precede explica detenidamente las operaciones á que ha dado lugar la emisión de los billetes hipotecarios, y las razones por qué no se ha hecho aún la conversión, así como la forma en que ha de hacerse el canje de los billetes de guerra.

Mientras no se ultime el tratado ó conversión con los Estados Unidos, no se hace alteración alguna en los derechos arancelarios, si bien se conservan los actuales derechos para la producción peninsular.

Se hacen en las obligaciones reformas que no es posible detallar en estos momentos.

Entre ellas hemos visto que se amplía la enseñanza universitaria en Cuba, con la creación de doce cátedras más sobre el número que hay en la actualidad, que es

de 63; y que se consignan 40,000 pesos para faros ó alumbrado de las costas, y, por último, que se dota en algo más el presupuesto de guerra.

En materia de impuestos se suprimen los derechos de exportación sobre el tabaco, cuyo ingreso ascendía á un millón de pesos.

En compensación se establece un tipo algo mayor de contribución sobre las tierras productoras de caña de azúcar y tabaco, y se fijan cupos ó encabezamientos de alguna cuantía sobre la fabricación de azúcar, la de tabacos, y sobre la elaboración local de bebidas espirituosas.

Se reformarán las ordenanzas de aduanas, suprimiendo por de pronto la participación directa de los funcionarios en las multas, haciendo más equitativa la remuneración que por su celo é inteligencia demuestren en la averiguación y persecución del fraude. Esta determinación merece aplausos. No así la obra total.

Veintiséis millones de pesos es suma demasiado crecida para la riqueza de Cuba, hoy que tanto los azúcares como los tabacos están atravesando funestísima crisis. Una reducción de gastos, por lo menos de tres ó cuatro millones de pesos, es la mejor obra que podría acometer un ministro de Ultramar, y la única de seguro que habría de ejercer provechosa influencia en la grande Antilla.

\*\*\*

El presupuesto de Puerto Rico presentado también al Congreso, consigna para los gastos 3.726,156 pesos, y para los ingresos 3.781,890. Fuera de la reforma arance-

laria, ninguna novedad ofrecen. La hacienda de Puerto Rico se desenvuelve mejor que la de Cuba, gracias á la paz que allí se ha disfrutado siempre. Convendría rebajar bastante los gastos militares, y reforzar los de fomento y obras públicas, que están, por cierto, muy descuidados.



Los mercados bursátiles comienzan á reponerse, y la tendencia al alza es bastante manifiesta. Lo que dudamos es que sea duradera y firme. La situación de Portugal mejora muy paulatinamente, y la de la República Argentina es realmente desesperada. Es imposible que esto deje de influir en los mercados monetarios. El de Londres está minado, y no está en buenas condiciones ni el de Berlín ni el de París. El agio del oro en la Argentina toma proporciones escandalosas. En un mes ha pasado de 229 á 430 por 100, de manera que la piastra ó duro español no vale ni una peseta.

Los principales Bancos han suspendido sus pagos; los negocios están por completo paralizados; los obreros sin trabajo; el crédito público por los suelos, y la desconfianza en el Gobierno es general.

En vano se buscará solidez en Europa, mientras soplen vientos tan desencadenados del otro lado del Atlántico.

Merced á la baja del tipo de descuento del Banco de Inglaterra, los valores han ganado algunos puntos, pero desconfiamos de su firmeza.

Los últimos tipos de la Bolsa de Madrid (7 de Junio), son los siguientes:

4 por 100 perpetuo interior.....	76,70
4 por 100 » exterior.....	77,50
4 por 100 amortizable.....	88,60
Billetes hipotecarios de Cuba.....	104,25
Billetes hipotecarios de Cuba al 5 por 100.....	97,40
Acciones del Banco de España.....	419
Acciones de la Compañía de Tabacos.....	86

Los cambios sobre París y Londres muy altos: París á la vista, 5,50; Londres, 26,75.

UN EX MINISTRO.



## Sección Extranjera.

### LAS RELIQUIAS VIVAS

CUENTO.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

**P**ESCADOR seco y cazador mojado, mal anda su año» (1), dice un proverbio francés. Como yo nunca he tenido afición á la pesca, no puedo juzgar de las impresiones que experimentan los pescadores en un hermoso día de sol, ni apreciar hasta qué punto podrá consolarse, en tiempo lluvioso, el que se siente calado hasta los huesos, con la perspectiva de una abundante cosecha. Pero, por lo que toca al cazador, es evidente: la lluvia es una verdadera calamidad.

Esa calamidad nos cupo en suerte á mí y á mi fiel amigo Ermolay un día que fuimos á caza de gallos silvestres al distrito de Belef. No paraba de caer agua desde que amaneció. ¡Lo que hicimos nosotros para librarnos de ella! Nos pusimos los impermeables encima de la cabeza, y nos metíamos debajo de los árboles para estar menos expuestos.... No había más sino que nuestros pretendidos impermeables, sobre estorbarnos mucho para tirar,

(1) Literalmente: «mala facha ó triste papel hacen». —(N. del T.)

se dejaban traspasar por el agua sin pizca de vergüenza; y en cuanto al abrigo de los árboles, al principio, sí, nos guarecía, y estábamos casi en seco; pero después la reserva de agua acumulada en el follaje precipitábase de repente, y cada rama, transformada en canal, nos rociaba con una ducha helada, que, deslizándose por el cuello, nos caía á chorros por la espina dorsal abajo.... ¡Aquello era el fin de los fines!, para usar la expresión favorita de Ermolay.

—¡No, Pedro Petrovich! (exclamó, más que amoscado.) Esto no puede seguir; no hay manera de cazar hoy. Ya no tienen vientos los perros; no dan fuego las escopetas. ¡Es lo que se llama tener mala sombra!

—¿Qué hacer? —le pregunté.

—Vamos á Alexeievka. Es —V. no sabrá quizá— es una aldehuela que pertenece á su madre de V. De aquí allí no hay más que ocho verstas. Pernoctaremos en ese sitio, y mañana....

—¿Volveremos aquí?

—No, aquí no. Conozco yo sitios detrás de Alexeievka mucho mejores que estos para la caza del gallo silvestre.

No pregunté á mi fiel compañero por qué no me había llevado desde un principio á esos lugares, y aquel mismo día llegamos á la aldehuela, cuya existencia, si he ser franco, no había sospechado hasta entonces, á pesar de pertenecer á mi madre. Ese lugarejo tenía por mansión señorial una casita sumamente vieja, pero deshabitada, y, por consiguiente, disponible, donde pasé una noche bastante aceptable.

Al día siguiente me desperté muy temprano. Acababa de salir el sol; no se veía una nube en el cielo, y todo resplandecía con el doble brillo de los rayos matinales y de la copiosa lluvia de la víspera. Mientras enganchaban

mi carricoche, me fuí á hacer tiempo á un antiguo huer-tecillo de fruta, inculto á la sazón, que rodeaba la casucha de vegetación fresca y perfumada. ¡Ah! ¡Qué gusto daba vagar así, al aire libre, bajo un cielo despejado, en donde se mecían las alondras, dejando caer como perlas argentinas las notas de su aflautada y sonora voz! No parecía sino que se hubiesen llevado en las alas gotillas de rocío, y que también se hubiesen impregnado de rocío sus canciones. Me quité el sombrero, y respiré voluptuosamente con toda la fuerza de mis púlmones. En la pendiente de un barranco poco profundo que había cerca del seto, se divisaba una colmena, adonde conducía una angosta vereda encajonada entre dos espesas paredes de ortigas y de helechos, con cuyas plantas mezclaban su sombrío follaje algunas de cáñamo, venidas Dios sabe de dónde.

Siguiendo ese sendero, llegué á la colmena. Junto por junto se elevaba uno de esos pequeños cobertizos de ramaje, llamados *amchaniks*, en donde se meten las colmenas durante el invierno. Dirigiendo una ojeada por la puerta entreabierta, vi una pieza obscura y tranquila; se respiraba un aire seco y un olor á menta y melisa. En un rincón había una plataforma, y tendida en ella una figurilla envuelta en un cobertor.... Iba á retirarme, cuando oí:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Pedro Petrovich!

Era una voz débil, desmayada y ronca, semejante al murmullo de los juncos en un pantano.... Me detuve.

—¡Pedro Petrovich! ¡Acérquese V., haga el favor!— repitió esa voz débil, que salía del rincón en donde estaba la plataforma.

Al acercarme, me quedé petrificado de asombro. Delante de mí yacía un ser vivo, una criatura humana, pero

¡qué extraña criatura! La cara, completamente consumida, tenía el tinte uniforme del bronce, y recordaba las antiguas imágenes bizantinas; la nariz estaba tan afilada como la hoja de un cuchillo; los labios eran invisibles; no había nada que se destacase del fondo sombrío de la piel fuera del blanco de los ojos y de los dientes. Mal sujetos por un pañuelo, caíanle sobre la frente algunos mechones de pelo amarillo. Por debajo de la barba, y entre un pliegue del cobertor, asomaban dos manecillas, totalmente apergaminadas y del mismo color del bronce, cuyos dedos á duras penas podían moverse.

Me fijé más: la cara no tenía nada de fea; más bien era agraciada, pero extraña, espantosa...., y tanto más espantosa cuanto que aquella máscara de metal hacía vanos esfuerzos por dibujar una sonrisa.

—V. no me reconoce, señor (murmuró de nuevo la voz apagada que exhalaban como un vapor aquellos labios inmóviles). Pero ¿cómo había V. de reconocerme? Soy yo, Lukeria.... ¿no se acuerda?.... La que dirigía los cantos de las mozas en la aldea de Spassk en casa de su mamá de V.; ¿se acuerda? Yo era la que llevaba la voz.

—¡Lukeria! (exclamé.) ¿Tú? ¿Es posible?

—Yo, sí, señor; Lukeria.

Estupefacto y sin saber qué decir, miraba aquella cara sombría y rígida como la de una muerta, que clavaba en mí sus grandes ojos clarísimos. ¿Era realmente posible? Aquella momia ¿podía ser Lukeria, la más guapa de nuestras *dvorovies* (1), una muchacha alta, robusta, blanca, sonrosada y risueña, que cantaba y bailaba tan bien? ¡Lukeria, la rozagante Lukeria, á quien

(1) Criadas. (N. del A.)

hacían la corte todos nuestros mozos, y por quien yo mismo había suspirado en secreto cuando era un chiquillo de diez y seis años!

—¡Pobre Lukeria! (dije al fin.) Pero ¿qué es lo que te ha pasado?

—Me cogió la desgracia : pero no tenga V. reparo en acercarse á esta miseria. Siéntese en ese cubetito; más aquí, porque si no, no podrá oirme. Ya ve V. qué voz tan bonita ahora. ¡Estoy muy contenta de verlo! Pero ¿cómo ha venido V. á parar á Alexeievka?

Lukeria hablaba despacio y con voz sumamente débil, aunque sin interrupción.

—Aquí me ha traído mi cazador Ermolay. Pero cuéntame....

—¿Quiere que le cuente mi desgracia? Como V. guste. Pues esto viene ya de hace mucho tiempo—seis ó siete años.—Acababan de desposarme con Vassili Poliakof.... ¿Se acuerda V.....? Un chico guapo, buen mozo, que tenía rizado el pelo , que era dispensero de su mamá de V. Pero entonces V. no estaba ya en el pueblo ; se había ido á estudiar á Moscou. Vassili y yo nos queríamos mucho ; no se me quitaba nunca de la imaginación. Estábamos en primavera, y una noche.... no faltaba mucho para amanecer, yo no podía pegar los ojos ; el ruiñón cantaba en el jardín con tanta dulzura, que era una maravilla ; no pude contenerme, me levanté, y me fuí á escuchar á la escalinata. ¡Vaya una manera de trinarse!.... De pronto se me figura que me llama una voz como la de Vassia, y que dice así muy quedito : ¡Lucha! Vuelvo la cabeza, pero debía estar medio dormida aún ; caí de la escalera, y ¡paf! al suelo. Me pareció que no me había hecho mucho daño, porque me levanté muy lista, y me volví á mi cuarto. Lo que sí se hubiera creído es

que se me había roto algo dentro del pecho.... Déjeme V. tomar aliento un momentito.

Lukeria se detuvo. Lo que me asombraba más que nada era la manera casi alegre que tenía de hacer su relato, sin quejarse lo más mínimo, sin exhalar suspiros ni ayes, sin tratar de excitar la compasión....

—Desde ese accidente (prosiguió Lukeria) empecé á enflaquecer, á consumirme; me puse muy negra; me costaba trabajo andar, y á poco se me quedaron inútiles las piernas: no podía sostenerme ni de pie ni sentada; tenía que estar echada siempre. Ya no sentía el hambre ni la sed, é iba de mal en peor.... Su mamá de V. tuvo la bondad de hacer que me viesen los médicos, y me mandó al hospital; pero no sentí ningún alivio. No hubo siquiera un médico que pudiese decirme el nombre de mi enfermedad. Dios sabe todo lo que me hicieron sufrir: me quemaron la espalda con un hierro ardiendo, me pusieron hielo machacado; pero no sirvió de nada. En fin, me quedé tiesa como un palo. Entonces los señores convinieron en que no se adelantaba nada en seguir cuidándome, y como, por otra parte, no era muy agradable un inválido en la casa, me enviaron aquí, donde tengo parientes. Y aquí vivo como V. ve.

Calló Lukeria, y de nuevo trató de sonreír.

—¡Pero esta situación es horrible! (exclamé; y, no ocurriéndome cosa mejor, añadí): ¿Y Vassili Poliakof?.... (lo cual era una pregunta bastante necia.)

Lukeria desvió un poco los ojos.

—¿Poliakof? Estuvo triste algún tiempo, y después se casó con otra, con una muchacha de Glinnoie.... Glinnoie—¿sabe V.?—no lejos de su casa. Se llama Agrafena. Él me quería mucho; pero, ¡hágase V. cargo, era joven, y no se iba á quedar soltero. ¡Y vaya una compa-

ñera que hubiese sido yo para él! Se ha encontrado con una mujer buena y guapa; tienen niños. Es administrador de un vecino de aquí, y vive muy feliz, gracias á Dios.

—¿Y tú siempre aquí, siempre acostada?

—Claro, señor; siempre. Pronto hará siete años. Durante el verano estoy echada aquí, en este cobertizo; cuando empieza á hacer frío, me llevan á la antesala de los baños, y me acuesto en ella.

—¿Quién te cuida? ¿Quién se ocupa de ti?

—¡Oh! También por aquí hay buenas almas que no me abandonan. Y luego, yo no doy mucho que hacer. Si es comida, se puede decir que apenas cómo nada; en cuanto á agua...., ahí está, en ese cántaro; la tengo siempre fresquita, agua riquísima de manantial. Todavía puedo mover uno de los brazos. Y además.... hay aquí una muchacha, una huérfana que viene á verme de cuando en cuando — ¡Dios se lo pague! — Hace poco que estaba aquí.... ¿No la ha encontrado V.? ¡Una chica guapa, tan blanca! Me trae flores.... ¡Como á mí las flores me gustan tanto! Por acá no hay flores de jardín....; las había, pero ya no las hay; por supuesto que las de los campos no son menos bonitas; y oler, huelen mejor aún que las de los jardines. El muguete, por ejemplo, ¿dónde hay mejor olor?

— Y di, pobre Lukeria: ¿no te aburres ni tienes miedo?

—¿Qué hacer? No le engañaré á V.: al principio estaba muy triste, pero luego me he ido haciendo; he aprendido á tener paciencia; otros hay más desgraciados que yo.

—¡Cómo!

—Los hay que no tienen albergue....; otros son ciegos

ó sordos, mientras que yo, á Dios gracias, veo perfectamente y lo oigo todo, ¡todo! Si escarba un topo debajo de la tierra, lo oigo yo. ¡Y percibo todos los olores, hasta los más ligeros! Cuando florece en los campos el alforfón, ó los tilos en el jardín, nadie tiene que venir á decírmelo; lo noto yo antes, con sólo que venga de esa parte una ráfaga de viento. ¡No; no debemos ser ingratos con Dios! Más desgraciadas que yo son muchas gentes. Aunque no fuese más que esto: una persona de buena salud puede caer en el pecado con la mayor facilidad, mientras que yo estoy libre de pecados. El otro día me dió la comunión el P. Alexis, — el sacerdote; — y me dijo: «Tú no necesitas confesarte; en el estado en que te encuentras, ¿qué pecado podrías cometer?» Y yo le respondí: «Pero, Padre, ¿y los pecados de pensamiento, los que cometemos en intención?» — «¡Oh! (me contestó riéndose.) Esos no son muy gordos.» — Pero yo no creo que he cometido muchos de éstos tampoco (continuó Lukeria), porque me he acostumbrado á no pensar en nada, y, lo que vale más, á no acordarme de nada. Así se pasa el tiempo más de prisa.

Confieso que me quedé sorprendido.

—Pero estando siempre sola, Lukeria, ¿cómo es posible que no te crucen ideas por las mientes? ¿Es que estás durmiendo á todas horas?

—¡Oh! ¡No, señor! No puedo estar durmiendo siempre. Aunque no sufro mucho, me duele aquí dentro, y también me duelen los huesos; así que no duermo como desearía. No...., pero me estoy echada, tendida, y no pienso en nada. Siento que vivo, respiro, y nada más. Miro, escucho. En la colmena zumban las abejas; á veces viene á posarse en el techo una paloma, y arrulla; ó entra una gallina con sus polluelos para picotear las migajas;



otras veces entra volando un gorrión ó una mariposa, y todo eso me da mucha alegría. El año antepasado tenía también golondrinas que vinieron á hacer su nido en el rincón, y criaron pajaritos. ¡Eso sí que era interesante! Llega de fuera una golondrina, se posa en el nido, da el cebo á sus pequeñuelos, y sale volando. Momentos después,—yo me estaba mirándolas,—tocaba el turno á otra. Á veces, en lugar de entrar, pasaba por delante de la puerta abierta, y los pajarines se desgañitaban á piar abriendo sus piquitos.... Al otro año las esperé; pero me dijeron que un cazador de esta tierra las había tirado con su escopeta. ¿Qué habrá sacado con eso? Una golondrina no pesa más que un abejorro. ¡Ah! ¡Qué malos son Vds., señores cazadores!

—¡Es que yo no tiro nunca á las golondrinas!—le dije con viveza.

—Una vez (siguió Lukeria) pasó una cosa muy curiosa. Vino á esconderse aquí una liebre: ¡sí, lo que V. oye: una liebre! Supongo que la perseguirían los perros; pero ella se metió por la puerta como una saeta, y se sentó cerquita de mí; se estuvo un buen rato, frunciendo el hocico y meneando los bigotes, como un verdadero oficial. Y la indina me miraba. No hay que decir que ya comprendía que yo no era un enemigo. Al fin, se levantó, se fué hacia la puerta dando saltitos; se paró en el umbral para volver la cabeza á derecha é izquierda, y...., ¡hasta otro día! ¡Cosa más chusca!

Lukeria me miró....

—¿No era para reirse?

Hice como que reía por darle gusto. Ella se mordió los labios secos para humedecerlos.

—No tengo que decirle que en invierno no lo paso tan bien (continuó). ¡Se pone tan oscuro! Encender una vela

sería costoso, y luego, ¿para qué?... Yo sé leer y escribir, y no son ganas de leer lo que me falta; pero ¿el qué? Aquí no hay libros, y, aunque los hubiese, ¿cómo me las arreglaría para sostener uno? El P. Alexis, por distraerme, me trajo un almanaque; pero vió que no me servía de nada, y se lo volvió á llevar. Lo único que nadie me quita, porque eso, aunque esté oscuro, como si no, es escuchar; y oigo cantar á los grillos, y arañar á los ratones. Entonces es cuando es un gusto no pensar en nada.

Suspirando un poco, continuó:

—Además, rezo mis oraciones. Lo malo es que no sé muchas; pero, por otra parte, ¿á qué he de molestar á Dios? ¿Qué voy á pedirle? Él sabe mejor que yo lo que necesito. Me ha enviado esta cruz....; eso significa que me quiere bien: así nos mandan comprender estas cosas. Recito el *Padre nuestro*, la *Salve*, el *Acatiste* (1), la oración de los afligidos; y después sigo tendida, sin pensar en nada, y el tiempo va pasando.

Se deslizaron dos minutos, durante los cuales permanecí inmóvil, sin romper el silencio, en la estrecha cubeta que me servía de asiento. Aquella criatura, en quien aún no se había extinguido la llama de la vida, y que veía yacente ante mí, me comunicaba su espantosa inmovilidad de estatua: también yo estaba petrificado.

—Escucha, Lukeria (dije al fin); escucha la proposición que voy á hacerte. ¿Quieres que dé los pasos necesarios para que te trasladen á un buen hospital?... ¿Quién sabe? Quizá pueden curarte todavía. En todo caso no estarías sola....

Lukeria movió las cejas imperceptiblemente....

—¡Oh, no, señor! (respondió con inquietud.) No me

(1) Canto á la gloria de Nuestro Señor y de la Virgen. — (N. del A.)

lleve V. á un hospital; déjeme donde estoy. Allí sufriría un poco, y es todo lo que habría adelantado. ¿Cómo han de poder curarme? Mire V.: un día llegó aquí un doctor que quería examinarme. Le supliqué en nombre de Cristo que no me atormentara. En vez de escucharme, se puso á molerme todo el cuerpo diciéndome: «Hago esto para instruirme por la ciencia; á eso debo el ser un sabio, al servicio del gobierno. Y no te me vengas tú con resistencias, porque mis trabajos me han dado la cruz, y para gagnápiros como vosotros trabajo yo». Me anduvo dando vueltas; me dijo el nombre de la enfermedad,—un nombre muy difícil,—después se marchó, y toda la semana siguiente tuve doloridos mis pobres huesos.—Dice V. que estoy sola, siempre sola; no, siempre no. Vienen á verme. Soy persona de paz, y no estorbo á nadie. Las aldeanas jóvenes se vienen á reir y á charlar aquí; las peregrinas entran de paso, y me cuentan historias sobre Jerusalén, sobre Kief, sobre las ciudades santas. Aparte de todo, yo no tengo miedo de estar sola; al contrario, me gusta más.... Ande, señor, déjeme aquí; no me meta en un hospital. V. es muy bueno, y se lo agradezco; pero déjeme aquí, se lo pido por favor.

—Como quieras, Lukeria; como quieras. Yo había pensado por tu bien nada más....

—Si sé que era por mi bien. Pero, mi buen señor, ¿quién hay que pueda socorrer al prójimo? ¿Qué hacer para entrar en el alma de otra persona? Cada cual debe socorrerse á sí mismo.... Mire V.,—no me creerá,—á veces me encuentro tendida aquí enteramente sola, y es como si no existiese nadie más que yo sobre la tierra, ¡como si sólo yo estuviese viva! Entonces me parece que se extiende por encima de mí alguna cosa de lo alto, y me engolfo en meditaciones extraordinarias.

:

—¿Y en qué meditas entonces, Lukeria?

Guardó silencio un instante.

—¡Ah!, señor; eso no es cosa que se puede decir ni explicar; ni tampoco me acuerdo de ello al minuto. Es como una nube que viene y se deshace en lluvia, algo fresco y agradable; pero no sé lo que es. Lo único que hago es decirme: «Si hubiese habido gente conmigo, no me habría pasado esto, y no habría sentido nada, nada, excepto mi miseria».

Lukeria volvió á respirar penosamente; los pulmones no se prestaban á obedecerla con más docilidad que el resto del cuerpo. Continuó:

—Le conozco á V. en la cara que le doy mucha compasión; pero no me tenga V. demasiada lástima. Se engañaría V., se lo juro. Sin ir más lejos, para que vea, aun ahora.... ¿V. se acuerda, no es verdad, de lo alegre que era yo en mi tiempo?.... Pues bien: ¡ahora todavía canto canciones!

—¿Canciones, tú?

—Sí, canciones; canciones antiguas, rondallas, villancicos, cantos de iglesia, en fin, de todo. Sabía muchas, y no las he olvidado. Lo único que no canto nunca son aires de baile; no conviene eso en mi situación.

—¿Y cómo cantas? ¿En tus adentros?

—En mis adentros, y también con la voz. No puedo cantar muy fuerte, como V. comprende; pero se me puede oír. Verá V. Le he dicho que hay una muchacha que viene á verme. Es huérfana, y eso hace que tenga despierta la inteligencia. Pues le he enseñado cuatro canciones que sabe ya de memoria.... ¿Puede que no me crea V.? Aguarde, que voy á cantar una.

Lukeria tomó aliento.... La idea de que se preparaba á cantar aquella criatura apenas viva despertó en mí un

espanto involuntario ; pero, antes de que pudiese decir una palabra, oí vibrar en mis oídos una nota prolongada, casi imperceptible, pura y afinadísima.... Siguió otra, y tras ella una tercera.... Lukeria cantaba : «En las praderas». Cantaba sin que hiciesen un solo movimiento las líneas petrificadas de su semblante ; los ojos mismos permanecían fijos.... Pero ¡qué expresión tan conmovedora en aquella vocecita que salía con esfuerzo, vacilante como un tenue hilillo de humo ! ¡Y qué bien se comprendía que la cantante ponía toda su alma en el canto ! Ya no era el terror lo que me oprimía el corazón, sino una compasión indecible.

—¡Ah, no puedo más! (dijo de repente.) No tengo fuerzas.... Me las ha quitado el placer de ver á V....

Cerró los ojos.

Yo puse la mano en los deditos helados. Me miró, y volvió á bajar al punto sus negros párpados guarnecidos de pestañas doradas, como las de las estatuas antiguas. Al cabo de un instante brillaron en la semioscuridad : los mojaba una lágrima.

Seguí inmóvil.

—¿Qué es lo que me da? (dijo de pronto Lukeria, con una energía inesperada ; abrió completamente los ojos, y se esforzó en expulsar aquella lágrima entornando los párpados.) ¿No es una vergüenza? ¿Á qué viene esto? No me había sucedido hace mucho.... desde el día en que Poliakof—Vassia—vino á verme en la última primavera. Mientras estuvo hablando conmigo, todo fué bien ; pero, en cuanto se marchó, empecé á llorar aquí solita. ¡Vaya una ocurrencia llorar así ! ¡Bien se conoce que las lágrimas no cuestan nada!.... Señor (añadió), V. tendrá un pañuelo, ¿verdad? No sienta repugnancia ; límpieme los ojos, haga el favor.

Me apresuré á satisfacer su deseo, y le dejé el pañuelo. Al pronto rehusó: ¿á qué tal regalo? El pañuelo valía poco; no tenía más que su limpieza y su blancura. Luego lo cogió entre sus débiles dedos, y no volvió á abrir la mano.

Mis ojos, acostumbrados á la oscuridad en que estábamos sumidos, podían discernir ahora todas las facciones de su cara, y hasta reparar en un ligero tinte encarnado que atravesaba la capa de bronce de las mejillas; descubría aún en aquel rostro—así me parecía, por lo menos—los vestigios de su antigua belleza.

—Señor (continuó Lukeria), ¿me preguntaba V. si duermo?... En realidad no duermo á menudo; pero siempre que duermo, sueño, y tengo unos sueños muy hermosos. Nunca me veo enferma soñando, sino siempre sanísima y joven.... La pena es cuando despierto: quiero estirarme á mi gusto, y me siento como cargada toda de cadenas. Una vez tuve un sueño muy extraordinario. ¿Quiere V. que se lo cuente? Pues escuche. Me parecía que estaba en el campo, y alrededor de mí había un sembrado de trigo con las espigas maduras, y ¡tan altas! y amarillas como el oro. Llevaba en mi compañía un perro rojo, que era malo, malísimo; siempre quería morderme. Yo tenía en la mano una hoz, pero no una hoz como cualquiera, sino la luna, tal y como está cuando se parece á una hoz; y con esa luna había de cortar todas aquellas espigas de trigo hasta la última. Lo malo era que con el calor estaba sumamente cansada, y me cegaba la luna, y no podía con la pereza. Alrededor de mí brotaban acianos por todas partes, y ¡qué acianos! Volvían hacia mí las cabezas. Y me dije yo: voy á coger esos acianos,—Vassia me ha prometido volver,—y haré ante todo una corona para mí; que, en cuanto al trigo,

tiempo habrá de cortarlo de sobra. Empecé á coger los acianos, pero, por más que me afanaba, se me deshacían entre los dedos. No había medio de hacer una corona. Entretanto, oía venir una persona hacia mí; estaba ya muy cerca, y me llamaba: «¡Lucha! ¡Lucha!» ¡Ay! ¡mal negocio! (pensé); ¡no he tenido tiempo! No importa; á falta de acianos, me puse en la cabeza aquella hoz, aquella luna, á manera de *kakochnik*, y hete aquí que en seguida empiezo á despedir rayos de luz, é ilumino el campo á la redonda. Miro: alguien venía andando por encima de las espigas; pero no era Vassia, era Jesucristo en persona. En qué conocí que era Jesucristo, no se lo podría decir á V., porque no es así como lo pintan las estampas; pero el caso es que era Él. No tenía barba; era alto y joven, é iba vestido todo de blanco con un cinturón de oro. Y me alargaba la mano.

—No tengas miedo (me decía); no tengas miedo, mi hermosa desposada; ven conmigo á mi reino celestial; dirigirás los coros y cantarás las canciones del paraíso.

Corrí hacia Él, y me cogí de su mano. El perro se venía encima de mí, pero en aquel instante nos elevamos del suelo. Cristo iba volando delante; sus alas, largas como las de una gaviota, se extendían al través de todo el cielo; yo lo seguía, y el perro no tuvo más remedio que separarse de mí. No comprendí hasta entonces que ese perro era mi enfermedad, y que en el reino celeste no había cabida para ella....

Calló Lukeria durante algunos momentos.

—He tenido otro sueño (prosiguió en seguida), y bien podría ser una aparición.... no sé. Me pareció que estaba acostada, como ahora, y que veía venir á mis difuntos padres; se inclinaban delante de mí, pero no decían nada. Yo les pregunté: «Padres, ¿por qué me saludan Vds?»

—«Porque, como has sido tan probada en este mundo (me dijeron), no sólo libras de pecados á tu alma, sino que también nos has quitado á nosotros un gran peso, y eso nos sirve de mucho en el otro mundo. Ya has redimido todos tus pecados, y ahora redimes los nuestros.»

Después de hablar así, volvieron á saludarme, y desaparecieron: no vi ya delante de mí nada más que la pared.

Me encontré muy apurada para saber lo que me había pasado, y, al confesarme, se lo conté al sacerdote; pero él piensa que no era una aparición, porque lo regular es que las apariciones no las tengan más que las personas de iglesia.

Vea V. ahora otro sueño que he tenido (continuó Lukeria). Me vi sentada, como si dijésemos, en un camino real, debajo de un sauce; llevaba un báculo en la mano, una mochila á la espalda, y la cabeza envuelta en un pañuelo, lo mismo enteramente que una peregrina. Viajaba para ir en peregrinación á un sitio que estaba muy lejos, sumamente lejos. Los peregrinos pasaban por delante de mí; andaban despacio, como de mala gana, y todos iban en la misma dirección; tenían cara de tristeza, y se parecían los unos á los otros. En medio de ellos veía yo ir y venir á una mujer ágil y alta, cuya cabeza sobresalía por encima de la multitud; llevaba un traje especial que no era un traje ruso; tampoco era rusa la cara, una cara flaca y severa. Todo el mundo se apartaba de su lado; de repente se volvió, y se vino flechada á mí. Se paró á mirarme; los ojos eran como los de un halcón: amarillos, grandes y muy relucientes. Yo le pregunté: «¿Quién eres?» Y me respondió: «¡Soy tu muerte!»

Había para asustarse; pero yo, al contrario, me puse tan contenta, é hice la señal de la cruz. Y esa mujer, la



que era mi muerte, me dijo: «Siento mucho, pobre Lukeria, no poder llevarte conmigo. ¡Adiós!» ¡Ah! ¡Qué afligida me sentí en aquel momento! «¡Llévame! (le dije.) ¡Llévame, mi buena amiga, palomita mía!»

Mi muerte se volvió, y empezó á darme explicaciones.... Comprendí que me señalaba mi hora, pero de una manera confusa que no se podía entender.... «Después de la cuaresma de San Pedro», decía. Á esto me desperté. Y ahí tiene V. mis sorprendentes sueños.

Lukeria levantó los ojos al techo, y se quedó pensativa un instante.

—¿Sabe V. lo que me atormenta? Á veces se va toda una semana sin cerrar los ojos. El año último pasó por aquí una señora que iba de viaje. Vino á verme, y me dió un frasquito con un remedio para dormir, diciéndome que tomase dos gotas cada vez. Eso me hacía mucho bien, y dormía; pero ya ha mucho que quedó vacío el frasco. ¿No podría V. decirme qué remedio era ése, y qué hay que hacer para tenerlo?

Evidentemente la viajera había dado á Lukeria opio. Prometí á la pobre enferma proporcionarle un frasco semejante; pero aquí, otra vez, no pude menos de expresarle mi admiración por su paciencia.

—¡Pero, señor, no diga V. eso! (replicó.) ¿Dónde ve V. mi paciencia? Si fuese Simeón Estilita, vamos; ese sí que tuvo la gran paciencia: ¡permaneció treinta años subido en una columna! Y otro Santo hubo que se hizo enterrar hasta el cuello, y las hormigas le comían la cara.... Y oiga V. además lo que ha contado una persona que lee libros. Había cierto país, y en ese país hacían la guerra los agarenos, y atormentaban á todos los habitantes, y los mataban; y los habitantes, por más que hacían, no encontraban manera de librarse. Y apareció

entre los habitantes una doncella santa, que cogió un espadón, se puso en el pecho una coraza que pesaba ochenta libras, marchó contra los agarenos, y los rechazó á todos al otro lado del mar. Y, ya que los echó, les dijo: «Ahora quemadme, porque he prometido que moriría en el fuego por mi país». Y los agarenos la cogieron, y la quemaron; y desde entonces esa nación quedó libre para siempre. ¡ Eso es lo que se llama una acción meritoria! Pero ¡yo! ¿qué es lo que he hecho?

Me sorprendió no poco ver cómo y bajo qué forma había penetrado hasta allí la leyenda de Juana de Arco. Después de un rato de silencio, pregunté á Lukeria la edad que tenía.

—Veintiocho ó veintinueve años.... De todos modos, los treinta no los tengo aún. Pero ¿á qué viene echar la cuenta de mis años? Lo que ha de hacer V. es oír esto....

Lukeria sufrió bruscamente un acceso de tos ronca, y exhaló un gemido.

—Hablas mucho (me apresuré á decirle), y podría hacerte daño.

—Sí, señor (murmuró con una voz que no era más que un soplo); se ha acabado nuestra conversación. Ahora, cuando V. se marche, me estaré calladita. Si- quiera, he aliviado un poco el corazón.

Me despedí, reiterándole la promesa de mandarle el remedio, y rogándole que viese bien otra vez si necesitaba alguna cosa.

—No necesito nada, á Dios gracias; no tengo nada que desear (dijo, haciendo un violento esfuerzo, pero con una voz conmovida). Que Dios conceda salud á todos. Y V., señor, ¿sabe lo que debería hacer? Las gentes de este lugar son pobres; bueno sería que dijese V. á su mamá que rebajase un poquitín el arrendamiento.

No tienen bastante tierra, no tienen leña. Rogarían á Dios por Vds..... Por lo que hace á mí, no necesito nada; no tengo nada que desear.

Di palabra á Lukeria de cumplir su deseo, y ya me dirigía hacia la puerta, cuando volvió á llamarme.

—¿Se acuerda V. (dijo, y pasó rápidamente por sus ojos y sus labios una expresión inolvidable) qué hermosa mata de pelo tenía? ¿Se acuerda V.? ¡Me bajaba hasta la rodilla! Titubeé mucho.... ¡Un pelo tan hermoso! Pero ¿cómo asearlo?.... Acabé por mandármelo cortar. Sí.... ¡ea, señor!, adiós; no puedo hablar más.

Aquel mismo día, antes de salir á caza, tuve una conversación acerca de Lukeria con el decano del lugar. Por él supe que en la aldea la llamaban: «Las reliquias vivas», que no daba qué hacer á nadie, que ninguna persona le había oído nunca murmurar ni quejarse. «Jamás pide nada; al contrario, agradece mucho la cosa más insignificante; es una buena muchacha. Dios le hace sufrir; será sin duda por sus pecados; pero en eso no entramos nosotros, y en lo que toca á juzgarla, ya nos guardaremos muy bien. ¡No es cosa nuestra!»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

Algunas semanas más tarde, supe que Lukeria había abandonado este mundo. Fué á buscarla la muerte «después de la cuaresma de San Pedro». Me contaron que el día de su muerte no cesó de oír las campanas, por más que Alexeievka está á cinco verstas de la iglesia, y aquel día no era domingo. Verdad es que Lukeria decía que el sonido de las campanas no venía de la iglesia, sino «de arriba». Probablemente no se atrevía decir: «del cielo».

I. TURGUENEF.

## EL TEATRO DE IBSEN

(DE «THE QUATERLI REVIEW»).

### I

LA curiosidad que despiertan los dramas de Enrique Ibsen en Londres y en París es un fenómeno digno de estudio. Esa curiosidad se debe á diversas causas. Si es cierto que en Noruega se miran con algún escepticismo las pretensiones de Ibsen, mientras que en Inglaterra se forma una escuela de ibsenistas, tan fervientes y ciegos admiradores como lo fueron en su día los partidarios de Browning, habrá que creer que en literatura, como en otras muchas cosas, el gusto se deja llevar de los contrastes tanto como de la afinidad. Al público le agradan las cosas que comprende y que le son familiares, pero despiertan mucho más su curiosidad las que no comprende y le parecen extrañas. En Noruega, que es un país nuevo y que no tiene aún literatura, los espíritus vuelven los ojos instintivamente hacia las literaturas viejas de Inglaterra, Francia y Alemania, en las cuales reconocen una madurez que todavía distan de alcanzar sus propios esfuerzos. En una civilización de más

edad domina el sentimiento contrario; el público encuentra cierto sabor en las literaturas nacidas ayer, y no es raro ver críticos que prefieren las novelas de Tolstoy y de Dostoïevsky á las de Thackeray y de Balzac, y que estiman en más de lo que valen obras sin desbastar apenas. Quizá hay algo de este sentimiento en el fondo de la admiración inspirada por Ibsen. Pueden mediar también otras causas relacionadas con las condiciones del arte dramático. El convencionalismo, se dice, ahoga lentamente la producción escénica; y cuando aparece un espíritu superior, extraño á las fórmulas corrientes, dando á luz dramas de un vigor enteramente desconocido, señal, se añade, de que ha pasado la época del antiguo género, y de que surge en el horizonte una nueva era.

La afirmación puede ó no ser exacta; pero el sólo hecho de que se pronuncie, explica el ardor con que se buscan los dramas de Ibsen, á título de precursores de una revolución teatral.

Agréguese á esto la añeja controversia, reproducida bajo tantas formas en la historia literaria, y que se llama en nuestros días el duelo entre el idealismo y el realismo. ¿Ha de remontarse el arte á glorias excelsas, ó deben ser más humildes sus funciones, ciñéndose á presentarnos la pura realidad? ¿Son sus elementos activos lo que se llama fuerza imaginativa, poder creador del genio, visión intuitiva de la inteligencia? ¿Se reducirán á cosa más prosaica, al resultado de una experiencia real, á una colección de notas tomadas en vivo por una curiosidad analítica y sin escrúpulos? No hay que decir de qué parte están los pretendidos representantes del espíritu moderno. Browning dió á conocer el temperamento realista bajo su mejor aspecto, adornándolo con los atractivos de una fantasía idealista; no hay que ir muy lejos

para verlo bajo un cariz peor ; se encontrará en la *Sonata de Kreutzer* <sup>1</sup>, de Tolstoy, ó en *La Tierra*, de Zola. Ibsen nos lo exhibe en sus *Aparecidos* ó en su *Hedda Gabler*. Hablar del « espíritu moderno » es usar una expresión vaga y no siempre propia. Con todo , no estaremos lejos de la verdad si incluimos en su significación corriente los elementos que siguen : un naturalismo sin restricciones, ausencia de convencionalismo en el estilo y en la factura literaria, y, en fin, el culto de la democracia y de la ciencia, todo ello combinado con la creencia absoluta en la necesidad de la emancipación de la mujer.

Algunas de estas cosas se encuentran en Ibsen, juntas con ciertas particularidades privativas. Si se examina la obra titulada *La liga de los jóvenes*, se verá que, á vueltas de reconocer la necesidad inevitable de la democracia, adopta la actitud de un crítico severo, y que ve con claridad qué clase de jefe ha de surgir de esa democracia.

En *Los aparecidos* acepta de plano las enseñanzas de la ciencia, y aplica abiertamente la doctrina de la herencia al círculo de la familia. En cuanto á la emancipación de la mujer, los que han visto representar *Una casa de muñeca*, saben que la sostiene en ese drama, donde Nora, la mujer convencida de que su primer deber es el cultivo de su individualidad, abandona á su marido y á sus hijos, y sale dando un portazo en el momento de caer el telón. En estos diversos sentidos puede decirse que Ibsen se halla verdaderamente animado del espíritu moderno ; á lo cual se junta otra nota que lleva esa misma marca, cierta especie de escepticismo sobre las ideas que pre-

(1) Esta notabilísima novela ha sido publicada en LA ESPAÑA MODERNA de Diciembre de 1890, Enero y Febrero de 1891, y en tomo aparte por los señores Sáenz de Jubera hermanos : un tomo de 300 páginas, 3 pesetas en las principales librerías.

gona. Así, teme y detesta el socialismo y la tiranía, de la mayoría, que no son, después de todo, sino las consecuencias lógicas de la democracia. Quiere la mujer libre, y, sin embargo, manifiesta lo aborrecible que puede hacerse una mujer substraída á todo lazo. Venera las revelaciones de la ciencia; pero eso no le impide advertir que hacen tabla rasa de la conciencia, de la responsabilidad y del libre albedrío. Y todas las escenas de sus dramas están escritas con el desenfado autorizado por ese realismo que á veces parece vanagloriarse de cifrar lo real en la mezcla de la fealdad y la monotonía.

Lo que Ibsen ofrece de particular como escritor y pensador, y lo que complica la tarea de juzgarlo como extranjero y como contemporáneo, es que junta con su espíritu accesible á las ideas modernas una forma literaria que carece en absoluto de madurez. Si es fuerza reconocer, por una parte, la originalidad con que expresa sus ideas, si el atractivo de sus dramas crece á cada nueva lectura, en cambio es cosa que excita los medios de que se sirve para pintar los caracteres. Puede esto demostrarse fácilmente con ejemplos. Fijémonos en *Una casa de muñeca*. Los que la hayan visto en el teatro convendrán en que la obra se transforma hasta cierto punto ante los ojos del espectador; surgen inopinadamente nuevas materias de interés; cambian de aspecto los personajes, y todo el mundo se pregunta adónde quiere ir á parar el autor. Á la postre se queda uno más confundido que satisfecho, considerando defectuoso el desenlace y construyendo otro mentalmente. Detestamos aquel marido idiota, que se llama Tosvad Helmer, y nos descorazona ver menudear tanta tontería como el incidente de las medias de seda y el diálogo más que vulgar sobre las ostras y el champaña. Esa mixtura de originalidad y de

mal gusto delata un hombre de talento sin experiencia : es la nota exacta del espíritu juvenil. En medio de todos esos flacos, destácase un vigor maravilloso, un verdadero dominio de los elementos esenciales ; el conjunto recuerda esas bruscas alternativas de oscuridad y de luz, tan frecuentes en las latitudes del Norte, donde nuestro autor ha nacido y vivido mucho tiempo, y donde la media luz es cosa desconocida. Ibsen nos lleva sin transición de la plena claridad á las tinieblas ; no hay en él ni suave penumbra, ni claro-oscuro misterioso, ni gradación de matices.

La crudeza de la forma literaria es más fácilmente perceptible en una gran escala como la del drama. No es una simple cuestión de pormenor y de lenguaje, puesto que afecta una extensión considerable á toda la construcción dramática. ¿Qué elemento hay, si no, más esencial en la obra escénica que la evolución del carácter al través de la acción? Cuando apareció en las tablas el *Strafford*, de Browning, se notó que el ministro del rey Carlos no resultaba mejor conocido en el último acto que en el primero. Algo igual se advierte en los dramas de Ibsen. El papel principal de *La liga de los jóvenes* es un abogado llamado Stensgard, que se presenta desde el principio como un demócrata vulgar, y que conserva esa misma etiqueta á la caída del telón ; pero no puede decirse que se revela su carácter en el curso de la obra. El espectador no lo conoce, como conoce los caracteres de Shakespeare. Es un personaje del género de los de Dickens, creado para manifestar ciertas tendencias, no una persona real ; no cabe figurárselo viviendo y obrando en otras circunstancias que aquellas en que el autor lo colocó. Huelga multiplicar los ejemplos, porque esa falta de desarrollo de los caracteres es consecuencia natural del



sistema que preside por lo común á la construcción dramática de Ibsen. Nuestro autor, como Eurípides en algunas de sus obras, propende á un método analítico. Los actos sucesivos del drama se consagran á analizar todo lo que deriva de una situación previa, antecedente á la subida del telón. Nora Helmer, en *Una casa de muñeca*, ha falsificado ya la firma de su padre antes de empezar la acción. En *El enemigo de la sociedad*, el doctor Stockmann ha descubierto también, antes de dar principio el drama, que los baños de su ciudad natal, muy renombrados por su virtud curativa, ocultan un germen de enfermedad muy peligroso. De donde se sigue que todas las escenas siguen necesariamente sobre una catástrofe inevitable, y deben servir para hacer explícito lo que está ya implícito en la situación inicial presupuesta. Nadie tiene el derecho de censurar el método analítico, por más que evidentemente cuadre mejor á un estudio filosófico que á un drama. *Hamlet*, en cierto sentido, es un drama analítico. Pero hace falta no perder de vista una cosa: cuando no hay desarrollo verdadero mediante la acción, debe haber un desarrollo emocional. Ibsen da á veces este último, y entonces resaltan sus caracteres de un modo satisfactorio. Cuando no lo hace, sus obras producen la misma impresión que algunas de Eurípides. Sin embargo, puede dispensarse al dramaturgo griego, porque no siempre tenía que pintar carne y sangre, y sus personajes son figuras realzadas y vestidas artificialmente. Los personajes de Ibsen quisieran ser de carne y de sangre; pero el método del dramaturgo cierra el paso más de una vez á sus legítimas aspiraciones. Así, es caso frecuente que la heroína de la obra vaya acompañada de una figura convencional, de un amigo de edad madura, entre censor y enamorado, y, por lo general, hombre de

mundo, como el doctor Bank al lado de Nora en *Una casa de muñeca*, el pastor Manders al lado de la señora Alving en *Los aparecidos*, y el juez Brack al lado de la señora de Tesman en *Hedda Gabler*. Aun dando de barato que esos personajes no estén dibujados de una manera convencional, su aspecto acusa, al parecer, cierta propensión á tipos más ó menos convencionales.

Pero ya es hora de salir de estas consideraciones generales para mirar más de cerca el hombre mismo y sus obras características. Digamos desde luego que Ibsen tiene otros títulos á la estima de sus contemporáneos que los que aquí se invocan. Inauguró su vida literaria como poeta, aunque no es del caso examinar si los tributos que ha ofrecido al Parnaso noruego se hallan á la altura de sus obras dramáticas. ¿Cómo ha abandonado la poesía por la prosa? Quizá porque la prosa penetra más fácilmente en todas las clases sociales; quizá también porque le ha parecido mejor vehículo para sus planes de reforma, puesto que se ha presentado deliberadamente como reformador de las instituciones que, en su sentir, aprisionan las ideas modernas; y quizá, finalmente, porque la prosa se adapta mucho mejor que la poesía al realismo, que es su bandera literaria.

## II

Ibsen nació en Noruega el 20 de Marzo de 1828, y allí vivió hasta 1864. Esta última fecha coincide con la agresión alemana contra Dinamarca. Indignado de ver que Suecia y Noruega no sostenían la causa dinamarquesa, y quizá impulsado por otros motivos, sacudióse el polvo de los zapatos, y abandonó el país natal. Después ha residido principalmente en Roma, en Munich y en Dresde,

produciendo un drama cada dos años por término medio. Antes había ejercido las funciones de director literario del teatro de Cristianía, en cuyo puesto adquirió la experiencia del arte dramático. Algunos biógrafos han querido explicar á Ibsen por sus antecedentes históricos, así como por su doble ascendencia escocesa y noruega; contentémonos con ver el hombre tal y como lo describen sus amigos. Es de poca estatura, pero vigoroso y de un aspecto que impresiona. Tiene frente alta y espaciosa, y ojos pequeños, entre pardos y azules, de una gran penetración, según sus admiradores. El cabello, largo y canoso, y las patillas le dan más aspecto de médico que de poeta y dramaturgo. En su boca firme y comprimida resaltan, como en la frente, todos los signos de la fuerza, y no sin razón quizá se le ha llamado *el hombre de la voluntad de hierro*. No tiene positivamente trazas de artista; nada hay en él que se asemeje á esa expresión soñadora que caracteriza á menudo la fisonomía de los pensadores: al revés, por toda su persona transpira el sentido práctico, no en la acepción vulgar, sino en la filosofía. Se adivina, al verlo, el hombre que escruta los males de la sociedad é investiga las causas de su corrupción. Pasando revista á sus producciones, se encuentra toda una serie de dramas históricos ó legendarios, entre ellos: *Catilina*, obra de su juventud, escrita en 1850, y retocada más tarde; el melodrama titulado *Inger de Æstrat*, y algunos estudios históricos, como *Los pretendientes*. Hay que citar, sobre todo, la composición dramática que lleva por título *Emperador y Galileo*. El autor ve allí en perspectiva, después de los dos períodos del paganismo y del cristianismo, un tercer período que resolverá los problemas de la vida y satisfará todas las aspiraciones del hombre como individuo.

:

Viene luego otra categoría de obras : *La comedia del amor*, y los célebres poemas *Brand* y *Peer Gynt*, que datan de 1866-1867. Pero lo que importa examinar son las obras conocidas con el nombre de *Dramas sociales*, tercera serie, que empieza con *La liga de los jóvenes*, en 1869, y continúa con *Los pilares de la sociedad* (1877), *Una casa de muñeca* (1879), *Los aparecidos* (1881), *Un enemigo de la sociedad* (1882), *El lavanco* (1884), *Romershholm* (1886), *La dama del mar*, dos años más tarde, y, finalmente, la obra publicada no ha mucho en Copenhague, *Hedda Gabler*, el regalo de Año Nuevo de Ibsen á sus admiradores.

Como sería demasiado largo examinar todos esos dramas, nos limitaremos á dirigir una ojeada general sobre los más característicos con relación á las tres cosas que el autor parece haber tomado como objetivos principales, á saber : 1.º, la reforma social por el triunfo de la democracia ; 2.º, el influjo de las ideas científicas, especialmente la de la herencia ; 3.º, la condición social de la mujer. Á la primera de estas divisiones pertenecen *La liga de los jóvenes*, *Un enemigo de la sociedad* y *Los pilares de la sociedad* ; *Los aparecidos* se clasifican en la segunda ; la tercera comprende *Una casa de muñeca*, *Romershholm*, *La dama del mar* y *Hedda Gabler*.

*Un enemigo de la sociedad* es un ejemplar á propósito para el examen, porque la figura céntrica, el doctor Stockmann, representa bastante bien ciertas fases particulares del autor mismo. El doctor Stockmann es médico muy apreciado de una ciudad de Noruega que posee aguas minerales renombradas. Tiene un hermano, Pedro Stockmann, que es burgomaestre, jefe de policía y presidente del Consejo de administración de las susodichas aguas, es decir, un personaje oficial en toda la fuerza del

vocablo. Ahora bien : el Doctor acaba de descubrir que las aguas de que es inspector se hallan inficionadas de una sustancia insalubre, y que los forasteros que acudan á ellas en busca de salud corren riesgo inminente de volverse envenenados. Desde ese instante está resuelto á cumplir con la sociedad, haciendo público su descubrimiento. ¿Se creerá que su primer y principal enemigo es su hermano, el burgomaestre? Es éste tipo de esa pasiva aquiescencia á todo lo establecido, característica de la autoridad, y reforzada en el presente caso por el temor de perjudicar á su pueblo, ahuyentando á la clientela de las aguas. Al lado de esos dos personajes—el sabio radical y el conservador rutinario de Bumbledom—figura un periodista influyente. El periodista no se pronuncia por ningún partido, sino que observa una actitud expectante. Cuando cree que su interés le aconseja sostener al doctor Stockmann, se muestra amigo del Doctor; cuando descubre lo contrario, se pasa al obstruccionismo, es decir, apoya al burgomaestre.

La lucha del hombre honrado é ilustrado, que conoce y quiere cumplir su deber con la mayoría de sus vecinos, toma el sesgo que debía esperarse. El doctor Stockmann es mirado como un enemigo social; el periódico rechaza sus comunicados; no sabe cómo salir de aquel trance, y, á no ser por la intervención oficiosa de un amigo, que le presta su casa, no tendría manera de dirigirse públicamente á sus conterráneos. Cuando, por último, logra reunir una gran concurrencia, se apresura á abrir su corazón sin vacilaciones ni reservas. Es el hombre justo y firme en sus convicciones, en presencia de la multitud. Aquí viene un monólogo enérgico y característico, que encierra de seguro algunas de las opiniones del mismo Ibsen. No citaremos sino la conclusión final,

que innegablemente se parece mucho á una paradoja : «El hombre más fuerte en la tierra es el que vive más solo». Esa máxima se repite en la última escena, en un medio diferente ; pero allí mismo encuentra en seguida su refutación. El Doctor está acompañado de su mujer y de sus hijos. «Ya véis (dice) que el hombre más fuerte en la tierra es el que vive más solo.» Dos veces se levantan á contradecirlo ; la primera su mujer que lo llama por su nombre ; la segunda su hija, que le coge la mano, diciendo simplemente : «¡Padre!» El doctor Stockmann puede considerarse solo ; pero, si tiene algún medio de mantener la rectitud de su conducta, lo deberá á ese paraíso de la familia, que es el más inestimable de los beneficios.

*La liga de los jóvenes* es el estudio de un mancebo, ardiente demócrata, Stensgard, que despliega al principio un gran fervor revolucionario, y acaba con un desastre personal, porque, como á otros muchos del mismo tipo, lo echan á perder los aduladores. Otra causa motiva también su fracaso : es un simple retórico, un orador verboso que conmueve á sus oyentes, sin saber dirigirlos. Pero aquí no hay nada nuevo ; viene á ser casi la historia del *Rabagas* de Sardou. Batir en brecha el edificio viejo del mundo puede probar un gran celo reformador ; pero, ¿de qué sirve ese celo, si no va acompañado de la destreza práctica? Se hace precipitadamente una revolución, se barre el pasado, y resulta que, en vez de renovar la tierra y crear otro cielo, todo se ha reducido á mover las agujas de un reloj cuya máquina anda descompuesta.

El drama titulado *Los pilares de la sociedad* es otro estudio sobre las falsas ideas sociales. El cónsul Bernick disfruta de la mayor consideración : no hay nada que no estén dispuestos á hacer por él sus compatriotas ; no hay

honor que no estén prontos á tributarle. Pero ese hombre es un sepulcro blanqueado, un verdadero fariseo que no vacila en mandar partir uno de sus navíos, sabiendo que no puede afrontar las olas. Sería demasiado prolijo describir las fases de su conversión moral ; pero es interesante advertir que la conclusión del drama sugiere una consecuencia distinta de la que se apunta en la última escena de *Un enemigo de la sociedad*. Recuérdese que el doctor Stockmann se cree solo, cuando tiene realmente aliados en el círculo de la familia. El curso de los acontecimientos suministra al cónsul Bernick una lección muy diversa. « La experiencia me ha enseñado (dice) que vosotras, las mujeres, sois los pilares de la sociedad. » Á esto pone un correctivo su hermana política Lona. « Querido cuñado : no vale nada tu sabiduría. Los pilares de la sociedad son el espíritu de verdad y el espíritu de libertad. » El doctor Stockmann exageraba la importancia del elemento personal ; el cónsul Bernick se confiaba demasiado al organismo social. Ambos tienen y no tienen razón. Hay que yuxtaponer la moral de las dos obras, si se quiere conocer la filosofía de Ibsen.

Las recientes ideas científicas han ejercido su influjo sobre ciertos dramas de nuestro autor, y uno de los principales es el de *Los aparecidos*. La obra— digámoslo desde luego — es verdaderamente horrible y de una crudeza bárbara, lo cual quizá no debe sorprender, si se considera que Ibsen abandonó el escalpelo por la pluma, y que un cirujano no puede adolecer de impresionabilidad excesiva por lo que atañe á las dolencias de los hombres. *Hedda Gabler* es acaso otra de esas enormidades que ponen al espectador en presencia de un brutal naturalismo. Estriba esto sin duda en que la literatura noruega se parece á todas las obras juveniles, á las cuales

no se puede pedir madurez : es el desbordamiento espontáneo de fuerzas inconscientes , que no han recibido las lecciones de la experiencia.

*Los aparecidos* constituyen una producción de este género, un drama horrible, que pinta los resultados de la herencia bajo su aspecto más repulsivo. La señora de Alving ha conservado intacta durante mucho tiempo la reputación de su difunto esposo, sabiendo que fué un despreciable libertino. Á fin de preservar á su hijo de ese contacto peligroso, lo había tenido alejado ya; y después de la muerte de su marido, funda un asilo de huérfanos para salvar de algún modo la reputación del indigno difunto. Vuelve el hijo ; pero, ¡ay!, resulta que ha heredado, no sólo los vicios de su padre, sino también la mala constitución física consiguiente á tales excesos. Todos los esfuerzos de la desgraciada madre se vuelven contra ella ; no logra disimular la verdad ; ve desfilar ante sí las apariciones más lúgubres, evocándole las flaquezas del culpable Oswald ; un incendio devora el asilo, y, por remate de tantos infortunios, el hijo se vuelve loco.

Vienen, por último, los dramas que versan sobre la condición de la mujer en la sociedad actual. No siempre es afortunada la parte dogmática de las composiciones de Ibsen ; por lo mismo, vale más estudiarlas desde el punto de vista escénico que desde el punto de vista doctrinal. Parece que este último grupo de obras es el que más ha atraído la atención sobre el autor noruego, principalmente en Inglaterra, donde desde hace un año viene excitando la curiosidad vivamente. No ha mucho se puso en escena en *Romersholm* ; *Una casa de muñeca* ha aparecido en dos ocasiones ante el público inglés, y es casi seguro que una actriz inglesa representará tarde ó temprano *Hedda Gabler*. Todavía hay otras dos obras en el



mencionado grupo: *La dama del mar* y *El lavanco*; pero esta última no debe entrar en cuenta, porque está escrita en un tono demasiado pesimista, y además su sentido es tan oscuro, que ha desafiado la penetración de las personas mejor prevenidas.

La situación de la mujer en la sociedad moderna suscita cuestiones que inspiran á Ibsen evidentemente un interés profundo. La mujer tiene un alma que perder ó salvar: tal es el problema que se presenta en *Una casa de muñeca*. La conservación de una individualidad respetable, gracias á la sensatez de un marido ilustrado, es la carga que pesa sobre *La dama del mar*. Los desastres que puede producir la mujer emancipada en una familia á la antigua, forman el asunto de *Romersholm*; y el estudio de la mujer *fin de siècle*, esa nueva y terrible amazona, imbuida en todas las teorías modernas, parece servir de tema á la última producción de Ibsen, á *Hedda Gabler*. Pero, aunque la escuela de Ibsen dé esas interpretaciones al drama indicado aquí, no ha de creerse que el dramaturgo se haga órgano de ninguno de sus personajes; tiene en rigor varias voces, habla alternativamente diversas lenguas, incluso la del abogado del diablo. *Una casa de muñeca* nos presenta una mujer, á quien consideran como una verdadera muñeca su padre y su marido. Con ese carácter tan infantil sería absurdo pedir á semejante criatura los más rudimentarios elementos de moralidad. Nora obra como quien es. Falsifica la firma de su padre para dar el dinero á su marido, sin prever las consecuencias posibles de tal acto. Cuando sobreviene el conflicto inevitable, nota que su marido se preocupa más de la respetabilidad aparente que de la rectitud interior. En el primer momento de sorpresa Nora Helmer toma el partido de abandonar el domicilio con-

yugal. Vive en una completa ignorancia (se dice), y no abriga esperanza de recibir lecciones saludables, mientras permanezca bajo la tutela de su marido.

Puede acertar y engañarse juntamente, pero el dramaturgo no tiene para qué preocuparse de la moral; mira la situación como natural é inevitable, dado un marido como Towald y una mujer como Nora. Si un hombre no ve más que un juguete en la compañera de su vida, esta última, apenas la iluminen los primeros vislumbres de educación y de libertad, hará de ellos un uso insensato necesariamente, llevada de su ignorancia. El desenlace de *La dama del mar* ofrece un completo contraste con la escena última de *Una casa de muñeca*. Aquí la protagonista, en vez de abandonar á su esposo, permanece con él por motivos que no resaltan claramente, pero que quizá no son muy morales.

*Romersholtm* presenta una situación análoga al parecer, pero que se desenlaza de otro modo. Rebeca West lleva la perturbación al hogar de Juan Rosmer. La prudencia aconseja no echar vino nuevo en odres viejos; y el descendiente de un rancio linaje, que es á la vez un soñador idealista, lo experimenta á sus expensas. Su mujer se suicida al ver que el marido prefiere á Rebeca. Juan descubre, por su parte, que el afecto que le inspira Rebeca no es absolutamente platónico. Los dos culpables, no pudiendo luchar contra pasiones demasiado violentas para su flaca constitución, buscan la muerte en el mismo río que ya había sepultado á la esposa abandonada.

Difícil es saber qué moral ha querido predicar el autor en esos estudios más ó menos lúgubres. Acaso ejercita simplemente el derecho indiscutible de mirar con ojos neutrales las complicaciones sociales inherentes á los

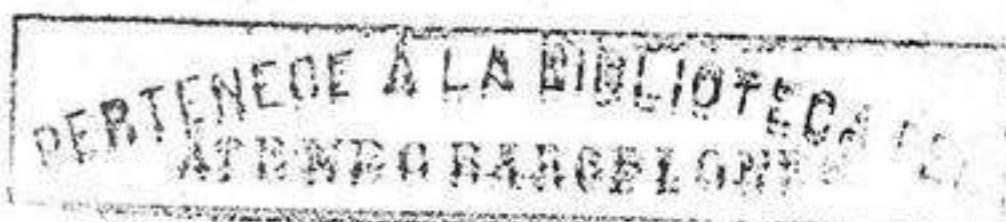
tiempos modernos. Toda evolución, toda fase en el desarrollo del hombre ó de los animales, tiene sus víctimas. La naturaleza marcha hacia su objetivo de perfección gradual al través de una efusión continua de sangre ; y, si no siempre son sangrientas las tragedias por que pasan los humanos en la prosecución de lo que creen su ideal, no por eso dejan de ser menos terribles.

Así llegamos á la última creación del dramaturgo noruego, *Hedda Gabler*, ejemplar ó más bien caricatura de la mujer *fin de siècle*, donde el realismo aparece bajo su forma más extravagante y descocada. La heroína de esta extraordinaria tragedia no parece preocuparse de ninguna de las leyes morales que han dirigido hasta aquí al género humano ; pero tiene algunos instintos estéticos. Si ha de morir, prefiere que sea airosamente, y la parece que el modo mejor de marcharse al otro mundo es incrustarse una bala en el cráneo. Las únicas personas con derecho á censurar tales producciones son las mujeres que han tomado á Ibsen bajo su patrocinio. Pueden derramar lágrimas de alegría por Nora Helmer, la única alma recta que se arrepiente entre noventa y nueve pecadores que permanecen sumidos en las tinieblas ; pero duro ha de serles admitir una monstruosidad femenina como la que Ibsen se ha complacido en pintar en *Hedda Gabler*.

A. V.

# CHATEAUBRIAND

I



## LA TUMBA Y LA ESTATUA.

EN la tregua brevísima que para descansar de las agitaciones políticas se ha tomado, Francia entera acaba de consagrar toda su atención á una solemnidad literaria. Saint-Malo, el pueblo natal de Chateaubriand, ha levantado una estatua, en honra y gloria de su ilustre hijo, en una plazoleta, frente por frente de la casa en que nació el escritor el 4 de Septiembre de 1768. Esta ceremonia ha hecho que surgiese, en todos los recuerdos, la figura grandiosa del autor de *El Genio del Cristianismo*; una figura que comenzaba ya á desvanecerse, cuando tiene aún bien pocos años de posteridad. Han sido menester las vacaciones de la Asamblea, el silencio de la tribuna, un armisticio de los partidos políticos, para que las fiestas realizadas en Saint-Malo encontrasen eco en los más apartados rincones de la patria.

Dicha ciudad ha esperado tantos años para pagar su deuda. Verdad es, — y bien será que esto no se eche en olvido, — verdad es que Chateaubriand, en su lecho de

muerte, sólo pidió á sus compatriotas una tumba, la tumba soñada por su soberbia: una piedra y una cruz de granito en el pico más alto del peñasco del *Grand-Bé*, enfrente del Océano. Allí duerme su sueño eterno Chateaubriand, en ese solitario hastío que arrastró constantemente como un traje hecho á su medida. Ha llevado su orgullo hasta el extremo de prohibir que sobre aquella losa se grabase un nombre. Chateaubriand quiere ser el peñasco mismo, la roca gigantesca plantada allí para desafiar á las tempestades, y permanecer eternamente mudo, vencedor de las tormentas. Todo esto es de un efecto prodigioso para un espíritu que poseía el sentimiento de la grandeza; tengo para mí, por eso mismo precisamente, que el poeta habría rehusado el homenaje de la estatua si hubiera sido posible consultarle. Ciertamente Saint-Malo ha procedido impulsada por un sentimiento piadoso y respetable; pero, ¡qué pequeño aparece aquel trabajo en bronce, si se le compara con la masa enorme del *Grand-Bé* próximo, que le aplasta! ¡Cuán mezquina resulta la invención de la estatua relativamente á la heroica actitud del muerto, que había pensado en la inmortalidad enfrente de lo infinito! Chateaubriand lo había dispuesto maravillosamente. Acaso hubiera sido lo mejor no poner mano profana en la apoteosis que él se había preparado á sí mismo poco antes de su fallecimiento.

Lo peor del caso es que Saint-Malo no tenía sitio á propósito para aquella estatua. Hay que haber visto la ciudad tosca y ruda que parece tallada en la roca misma entre dos peñascales. Allí está encerrada, como en el fondo de una quebradura larga y estrecha, suspendida sobre el Océano, que la combate eternamente con su flujo, sin que empiece nunca á desgastarla. Pequeñísima, encerrada dentro de sus fuertes murallas, cortada por callejue-

las que van á juntarse á la salida, tiene Saint-Malo tres distintos contornos de rocas, sin un pedazo de paseo, sin campo próximo; oscura y cerrada como un castillo ó una ciudadela. Es un pueblo de valor y de combate, que en lo que á bronce respecta, no tiene sitio sino para los cañones. Claro es, por consiguiente, que Saint-Malo se ha visto en situación muy apurada cuando se pensó en elegir un sitio adecuado para levantar la estatua de Chateaubriand. Ha sido necesario colocarla en la única plazoleta de la ciudad; y lo que acabó de resolver á los concejales fué la circunstancia de que la habitación en que el escritor había nacido, —habitación convertida hoy en fonda, —se halla situada en aquella placita. Siete plátanos ruines y desmebrados ahogan el monumento; las casas contiguas la absorben de tal manera, que la estatua parece hallarse en el fondo de un pozo. Además de esto se tuvo la desdichada idea de flanquear la escultura á derecha é izquierda, con dos estanques; dos estanques de esos grotescos y ridículos que los horteras retirados hacen abrir en sus posesiones de Vincenne ó de Asnieres. Con tal compañía, el buen Chateaubriand tiene todo el aire de una figura de reloj, entre dos candeleros de cristal labrado. ¡Y qué Chateaubriand más infeliz! M. Aimé Millet, autor de la escultura, se ha visto naturalmente obligado á ceñirse á las proporciones del marco. Ha fabricado, por consiguiente, un Chateaubriand muy pequeñito; una figura muy mediana que mueve á risa. Aparece el poeta sentado en un pedrusco; uno de sus codos se apoya sobre un ejemplar de *El Genio del Cristianismo*, la cabeza descansa reclinada en la mano; la otra mano sostiene un lapicero ó punzón como si se dispusiera á escribir. El rostro está un poco vuelto hacia el cielo. Es Chateaubriand contemplativo y esperando la inspiración. Por lo

que á mí toca, declaro que esta composición me parece poco feliz. No puedo figurarme á Chateaubriand sino de pie ; de pie debió de escribir aquel gran estilista, cuyas frases se remontaban á las altas regiones con tan bello rumor de alas. Además, ¡qué invención tan cursi! ¡Qué desplante de trovador lo de aquel gran hombre en su asiento de roca, con la pluma entre los dedos y los ojos puestos en las nubes! Esto no parece mal en algún romance callejero ; pero, en la vida real, las gentes se colocan de otro modo para escribir. He hablado de figura de reloj ; creo efectivamente que las copias reducidas de la obra de M. Millet tendrán muchísima aceptación en las chimeneas de ciertas señoras mayores y sensibles. ¡Ah! ¡Cuán de otra manera se nos ofrece arrogante el gran prosista en el picacho del *Grand-Bé*, al aire libre, dominando el horizonte, conservando la rigidez de líneas del orgullo y de la muerte!

Las honras oficiales son necesariamente de una pompa mezquina, sobre todo si se trata de homenajes tributados á un prócer de la literatura. La ciudad de Saint-Malo ha realizado seguramente grandes gastos y se ha impuesto verdaderos sacrificios para conseguir tan sólo organizar unas fiestas, que únicamente en el fondo del cuadro se han diferenciado de nuestras funciones campestres. Habría convenido, por lo menos, que al pie de la estatua de Chateaubriand hubiese llegado un par del escritor, una de nuestras glorias, para saludarle en representación de la literatura francesa. Y, á mi juicio, Víctor Hugo hubiera sido el único de bastante altura para hablar á Chateaubriand cara á cara. El municipio de Saint-Malo se ha limitado á dirigir invitaciones, á las que daré la denominación de oficiales ; así ocurrió que tres académicos, los Sres. Camilo Doucet, Caro y Noailles, y

un novelista, Paul Feval, fueron los encargados de representar la literatura francesa en Saint-Malo. Los señores Doucet y Caro forman parte actualmente de la Junta directiva de la Academia; el Sr. de Noailles es el académico á quien correspondió ocupar el sillón que Chateaubriand dejó vacante; en cuanto á Paul Feval, es bretón como el autor de René y preside ahora la *Asociación de Escritores*; tales son los únicos títulos que han determinado la elección de esos señores, y no los de otros. Dicho se está, por consiguiente, que no han sido elegidos, sino aceptados; la comisión ejecutiva no se ha tomado el trabajo de escogerlos, no ha hecho más que tolerarlos; y es bien advertir que la literatura no ha entrado para nada en esto. M. Camilo Doucet ha fama de hombre muy amable, y tiene como bagaje literario algunas comedias de poeta aficionado, que el público ha recibido con aprecio. M. Caro es un filósofo que no piensa mal, una especie de Cousin algo disminuido, un escritor soso y dulzón, cuyos triunfos se reducen á los que le ha proporcionado la corrección de su continente. M. de Noailles es un duque, y no es nada más. Por último, Paul Feval, el único literato de verdad entre los cuatro, ha escrito, por espacio de treinta años, novelas para folletines, al día, sin condiciones serias de estilo. Muy de verdad me disgustaría que alguien pudiese creer en el extranjero que esos cuatro señores forman el batallón sagrado de nuestras glorias contemporáneas. Tenemos hoy, lo afirmo, gigantes si se les compara con esos enanos. Bueno es saber que en Francia los grandes hombres inspiran recelos. Para una solemnidad pública á la cual las autoridades tienen que asistir de uniforme, nunca se concederá la palabra á uno de esos grandes talentos que son honra de su país y gloria de su tiempo. Bastan para esto los mani-



quies oficiales que forman actualmente la parte accesoria de la fiesta con sus títulos y con sus trajes.

Las funciones de Saint-Malo han ofrecido, por consiguiente, un carácter de pobreza que debe de haber disgustado mucho á la gigantesca sombra de Chateaubriand. Y no obstante, el programa era muy complicado; á las doce de la mañana todos los invitados, de uniforme ó de frac negro, se dirigían en procesión á las casas consistoriales, para encaminarse desde allí á la catedral, donde se celebró una misa de *requiem*. Desde la catedral se encaminaba la comitiva á la plaza de Chateaubriand, que una muchedumbre compacta había ya invadido. En el campo redoblaban los tambores; los cañones retumbaban en el puerto, y de pronto el velo que ocultaba la estatua cayó entre los aplausos de la concurrencia. Es el ceremonial eterno de este linaje de solemnidades. Á esto siguieron los discursos; oradores de todas clases hicieron uso de la palabra; funcionarios públicos, representantes, simples invitados, incluso los tres académicos y el presidente de la *Asociación de Escritores*. Discursos pobres, frases hechas, una lluvia de palabras que, al aire libre, se perdían produciendo un ruido monótono. Nada que merezca mención. Se repiten acerca de Chateaubriand, con mal estilo, todas las insustancialidades que corren de boca en boca, sin que se agregue algún punto de vista nuevo, sin que se oiga un grito de emoción verdadera. Los discursos, lo mismo que los oradores, resultaron oficiales; no acierto á criticarlos más cruelmente. Solamente Paul Feval se ha distinguido un tanto; ha leído un trozo muy trabajado que semejaba el comienzo de una novela de sensación. Y no acabó aquí la faena; la pobre estatua tuvo que soportar aún la lectura de una oda premiada en un concurso que la ciudad de Saint-Malo ha-

bía abierto adrede en la primavera anterior. Por último, la muchedumbre comenzó á retirarse, en tanto que los invitados dirigieron sus pasos á la casa de villa, donde se les había dispuesto un banquete. Allí, al llegar los postres, volvieron á empezar los discursos. El gran éxito de la tarde fué para las obras de pastelería y de confitería que adornaban la mesa; representaba la una el castillo de Combourg, en que Chateaubriand había pasado su infancia; la otra, más sorprendente aún, era la reproducción exacta del islote del *Grand-Bé*, en cuyo pico más elevado se halla la tumba del escritor. ¡Qué portentosa imaginación! ¡El *Grand-Bé* en hojaldre, y la tumba de Chateaubriand en caramelo! He ahí el colmo de lo almibarado y de lo adulator. Pero, ¡qué espantosa caída! ¡El salvaje y melancólico René en manos de confiteros entusiastas!

Á más de esto, y para esparcimiento y diversión del pueblo, habíase organizado una fiesta en el exterior. De los cinco departamentos de Bretaña acudieron más de veinte mil forasteros, muchos de los cuales, campesinos y trabajadores, vestían el traje característico del país, con lo cual se coloreaba la multitud de una manera muy pintoresca. Toda aquella multitud pasó la tarde viendo hinchar dos globos que se elevaron al anochecer. Hubo también cucañas y juegos muy variados, que tuvieron éxito envidiable. No importa; Chateaubriand — me atrevería á jurarlo — no sospechó nunca que llegaría ocasión en que honrasen y festejasen su memoria con globos, cucañas y billares al aire libre. Por último, ya entrada la noche, se quemaron los fuegos artificiales consabidos. En este punto debo confesar que el espectáculo fué soberbio. Un buque del Estado, *El Faon*, se hallaba profusamente iluminado, y disparaba sin cesar salvas con todas sus bocas de fuego; en tanto, unas

veinte barcazas pescadoras, con iluminación á la veneciana, alumbraban el puerto con sus luces movibles. Desde las alturas, y en los alrededores de la ciudad, numerosos focos de luz eléctrica blanqueaban el horizonte. La noche era pura, dulce, apacible; el mar subía lentamente, con ese perezoso abandono que muestra en las noches templadas. Y durante tres horas, en medio de aquella decoración espléndida, los polvoristas, situados en el extremo de su artefacto, no cesaron de lanzar cohetes, ramilletes de estrellas que parecían desprenderse de la azulada bóveda y hundirse en el Océano como grupos de astros. Al llegar las doce, dispararon el ramillete final, un ramillete monstruoso, como erupción formidable, cuyas mil lanzas de fuego, surgiendo repentinamente de en medio de las olas, abrieron su abanico encerrado por el contorno inmenso del oscuro horizonte. El *Grand-Bé*, negro en el fondo de aquel incendio, se nos apareció como bajo la intensa luz de una apoteosis. Por tres veces nuevos manojos de cohetes, cada vez de vuelo más elevado, subieron unos en pos de otros formando como paredes de fuego que subían siempre y siempre se mostraban imagen de la soberbia del poeta, cuyo esfuerzo llenó un instante todo el cielo, para extinguirse casi en el momento mismo, sumergiéndose en las profundas tinieblas de la noche. La solemnidad terminó con una retreta con antorchas. En rededor de las fortificaciones de granito iluminadas, desfilaron los rojizos resplandores de las antorchas, en tanto que los tambores batían marcha, acompañada por los últimos gritos de la muchedumbre.

Me figuro que, allá, hacia las dos de la madrugada, cuando la brisa del mar extinguiese las últimas luminarias, el *Grand-Bé* acogería con gozo á la negra

:

noche que tornaba á envolverle. Iba, por último, á poder de nuevo recobrar su eterno recogimiento, su tranquilidad feroz, interrumpida solamente por los gritos roncós de las aves de rapiña. No más discursos oficiales, no más hombres pequeños enredándose en frases grandes; no más cucañas, sobre todo, y no más manojos de cohetes voladores elevándose hasta las estrellas. Solamente sombra en derredor, sombra interrumpida á lo lejos por las luces solitarias de los faros; solamente la paz misma de todas las noches, el mismo sueño que ha de prolongarse en los siglos. Sí, esto ha debido de ser grato para la roca y para el difunto, que desdeñando el homenaje de los hombres, solamente ha querido á sus plantas la aclamación eterna del Océano.

## II

### BIOGRAFÍA.

Chateaubriand tuvo una de las existencias más complejas de su tiempo. Es necesario, para juzgarle con acierto, resumir rápidamente los numerosos sucesos de su vida. Conocidos todos sus actos, se entienden mejor los resortes de su voluntad y de su inteligencia.

Fué el último de diez hermanos. Su padre casó en 1733, con una señorita de Bedee, con la cual se estableció en Saint-Malo. Á lo que parece, la fortuna de aquel matrimonio no pasaba de regular. Chateaubriand estuvo criándose hasta la edad de tres años en la aldea de Plancoel. Cuando volvió á Saint-Malo, quedó casi por completo abandonado á sí mismo, y naturalmente se sintió atraído

á la playa, donde todos los muchachos de la ciudad van á destrozar los pantalones. La suerte del niño estaba ya decidida: su padre le destinaba á la marina real. Según el mismo Chateaubriand dice en sus *Memorias de Ultratumba*, de donde tomo estos pormenores, algunos conocimientos de dibujo, de idioma inglés, de hidrografía y de matemáticas, parecieron bastantes para un muchuelo destinado previamente á la vida áspera del marino. Pasó, pues, su infancia en Saint-Malo, y en el castillo de Combourg, donde cobró cariño extraordinario á su hermana Lucila; sus recuerdos más dulces parten de aquella mansión negra y triste que los viajeros van á visitar todavía. Transcurrido algún tiempo, fué enviado por su familia al colegio de Dol. Muy indolente, considerado por su familia como de entendimiento muy mediano, Chateaubriand sintió que se despertaban en él grande aptitud para el trabajo y una memoria prodigiosa. Su temperamento apasionado, su amor á la belleza, y su sentimiento católico del deber, le fueron revelados de pronto por la lectura de un *Horacio*, no expurgado, y un ejemplar de la *Historia de las confesiones mal hechas*, que por casualidad cayeron en sus manos. Pero Chateaubriand no comenzó á escribir hasta mucho después, cuando ya había pasado dos años en el colegio de Rennes y había ido, aunque inútilmente, á Brest para esperar su nombramiento de aspirante. De regreso en Combourg, por un capricho, reanudó su existencia de meditación y de paseos, tornó á sus precoces hastíos, á lo que él mismo ha llamado después «sus desalientos inexplicables». El joven había encontrado de nuevo á su hermana Lucila, romántica y soñadora como él; ambos se querían entrañablemente, y juntos paseaban contemplando la naturaleza; en una de esas excursiones, la mu-

chacha, como oyese á su hermano hablar entusiasmado sobre los encantos de la soledad, le dijo : «debías describir eso» ; aquí reproduzco frases del mismo Chateaubriand : «Estas palabras me revelaron la Musa: un soplo divino pasó sobre mi cabeza. Comencé á balbucear versos, como si aquello hubiera sido mi lengua nativa. He escrito mucho tiempo en verso, antes de escribir prosa. M. de Fontanes aseguraba que yo había recibido los dos instrumentos».

Sin embargo, Chateaubriand había manifestado deseos de consagrarse á la Iglesia. Hubo de renunciar á estos propósitos, cuando descubrió en sí una invencible necesidad de la mujer, una sangre hirviente, un corazón presto á entregarse á todas las queridas que hallaba al paso. Vésele entonces entregado á las más extravagantes imaginaciones : un día, piensa en partir para el Canadá á cultivar terrenos ; otro, habla de trasladarse á las Indias con el propósito de alistarse en los ejércitos de los príncipes de aquel país. En una ocasión ya se le envió á Saint-Malo y se disponía su viaje á Pondichery. Pero habiendo conseguido su padre por aquel entonces el empleo de subteniente en el regimiento de Navarra para el joven, Chateaubriand se dirigió, por último, á París. Desde ese punto mismo comienza su vida, por decirlo así, activa, militante, pública. Fué presentado al rey ; logró la honra de subir á las carrozas de la corte, conoció en casa de una de sus hermanas á los ingenios más esclarecidos de aquel tiempo : Parny, Guinguené, Lebrun, La Harpe. Después de haber presenciado la memorable toma de la Bastilla, impulsado nuevamente por su espíritu aventurero, que ya en varias ocasiones le había hecho soñar en largos viajes, partió para América, lisonjeado por la esperanza de hallar el famoso

paso del Noroeste, tan buscado por los navegantes de la época. Chateaubriand no encontró el famoso paso, pero recibió de aquella naturaleza virgen una emoción profunda de pintor y el sentimiento de los grandes horizontes. La noticia de la prisión de Luis XVI, noticia que leyó en un periódico inglés abandonado en la mesa de una granja, le obligó á regresar precipitadamente á Francia, de donde emigró casi en seguida para agregarse en Coblenz al ejército real. Chateaubriand juzgaba, sin embargo, que «la emigración era una tontería y una locura»; ya era entonces el legitimista liberal, cuya actitud fué luego tan severamente juzgada. Lo cual no impidió que Chateaubriand fuese gravemente herido en la última acción empeñada frente á Thionville; un disparo de obús le destrozó la pierna derecha. Entonces principió para él un período de miseria, de miseria espantosa. Llegó á Bruselas, minado por la calentura, agonizando en los fosos; desde allí pasó á Ostende, donde estuvo á punto de morir; consiguió, por último, desembarcar en Jersey, en tal estado de salud, que permaneció allí cuatro meses sin abandonar el lecho. Cuando estuvo curado pasó á Inglaterra, donde escribió su primer libro: *Ensayo histórico acerca de las revoluciones*, en el cual asentó sus doctrinas, excesivamente liberales para aquella época. Aquí puede considerarse terminado el período aventurero de la vida de Chateaubriand. Iba á penetrar en la vida pública por la puerta grande del éxito, y á tomar la altanera actitud de católico y de realista que no había de abandonar nunca.

No he dicho que, al regresar á Francia, en el período álgido de la revolución, hacia los últimos días de Marzo de 1792, había contraído matrimonio. También he guardado silencio sobre sus muchas aventuras amorosas.

Las mujeres debían ocupar en su existencia mucho sitio. No fué, por cierto, modelo de fidelidad para con su esposa, la cual no se quejó nunca por esto, y cuya influencia sobre Chateaubriand fué siempre nula. Por el contrario, su madre, desde el lecho de muerte, ejerció acción decisiva para que tornase al realismo y al catolicismo, de los cuales iba alejándose un poco. Supo él los deseos que su madre había manifestado al morir, y quiso obedecerla. He aquí lo que él mismo escribió acerca de esto : « Mis convicciones han salido de mi corazón ; he llorado y he creído ». De aquí nació *El Genio del Cristianismo*, ese poema de las pompas y las grandezas de la religión cristiana ; ese llamamiento á la fe por la poesía. El éxito fué inmenso. El libro llegaba á su hora como una reacción inevitable que respondía á una necesidad pública. Chateaubriand pudo tornar á Francia, donde Napoleón, entonces primer cónsul, lo recibió perfectamente, enviándolo poco después á Roma de primer secretario de la embajada. Pero la carrera diplomática de Chateaubriand duró muy poco. Apercibíase á dirigirse á Valais, en calidad de ministro, cuando la noticia de haber sido ejecutado el duque de Enghien le hizo enviar al Gobierno su dimisión. Ese acto de entereza y de fidelidad á sus reyes legítimos produjo un escándalo espantoso. Conservó desde entonces, frente á Napoleón victorioso, una actitud de protesta altiva ; la de Chateaubriand fué la cabeza más alta de las que se atrevieron á permanecer levantadas ante el conquistador. Mientras vivió el imperio, Chateaubriand permaneció retraído de la política ; trabajando siempre y publicando, uno en pos de otro, los libros que le dieron su gloria. Acababa de desglosar de *El Genio del Cristianismo* el episodio de *Atala*, que el público había acogido con entusiasmo. Ya por entonces meditaba acerca de su



libro *Los Mártires*, y á fin de recoger datos en el campo mismo de los sucesos, llevó á cabo su peregrinación á Jerusalén ; aquel viaje hecho antes por el artista que por el devoto, y del cual ha escrito una relación tan llena de vida y de color en su *Itinerario*. Al regresar á Francia, se retiró al *Valle de los lobos*, cerca de Aulnay. Había allí en una casita de campo, una soledad preciosa, donde terminó *Los Mártires* y principió sus *Memorias de Ultratumba*. Su lucha con Napoleón continuaba. Uno de los artículos de Chateaubriand produjo la supresión de *El Mercurio*, que él había comprado. Por otra parte, en la Academia, donde acababa el escritor insigne de obtener el sillón vacante por la muerte de José María Chénier, se permitió, en el discurso de recepción, alusiones tan claras contra el tirano, que fué llamado al despacho del Prefecto de policía y desterrado á Dieppe. Preciso es confesar, sin embargo, que las persecuciones que padeció no fueron excesivamente crueles. Fuera de que le prestaron el servicio de señalarle para el importante papel que, por algún tiempo, esperó él representar bajo la Restauración.

Llegamos ahora al período más característico de la vida de Chateaubriand. Cuando los Borbones volvieron, pudo él mismo pensar que iba á ser el hombre indispensable. Su fortuna política parecía asegurada; una fortuna política preparada con mucha anticipación y sin precedente. Su estreno logró inmensa resonancia. Lanzó su famoso folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, para vencer las vacilaciones de los reyes aliados. Luis XVIII declaró al autor que aquel trabajo había valido más para la causa del mismo Luis que un ejército de cien mil hombres. Pero su favor duró poco; no tardó Chateaubriand en parecer sospechoso. Su segundo opúsculo, *Reflexiones políticas*,

divulgó sus doctrinas constitucionales; ese amor á la libertad que él había bebido en América y en Inglaterra. Desde entonces se le toleró hasta que fué posible desembarazarse de él con una brutalidad repugnante. La segunda Restauración le nombró Par de Francia; pero el escritor dió motivo para que la policía recogiese la obra *De la Monarquía según la Carta*, y una Real Órden le borró de la lista de los ministros de Estado. Él, Chateaubriand, el héroe cristiano y realista, se vió en la necesidad de vender sus libros y su hacienda del *Valle de los lobos*. Andando el tiempo, á la caída del ministerio Decazes, volvió al poder; primeramente fué embajador en Berlín, después en Londres; asistió al Congreso de Verona, y por último regresó á París como ministro de Estado. En este cargo le esperaba una nueva desgracia. Al llegar en una ocasión á las Tullerías, recibió una carta de M. de Villèle, presidente del Consejo, su adversario más encarnizado, y en esta carta se le indicaba, á nombre del Rey, y en términos casi groseros, que presentase su dimisión. Chateaubriand pasó, por segunda vez, á la oposición liberal. Prosigió en el *Diario de los Debates* su campaña casi desde el advenimiento de Carlos X hasta que Villèle cayó para dejar el puesto á Martignac. Volvemos á ver otra vez de embajador en Roma á Chateaubriand. Pero se aproximaba 1830; la carrera política del autor de *Los Mártires* había terminado. Esa carrera había sido constantemente obstruida por obstáculos imprevistos. Ni un sólo acto de verdadera grandeza la caracteriza; examinada de lejos, parece mezquina, estrecha, indigna de él. Procuraré explicar las causas de este fracaso.

Desde 1830, Chateaubriand permaneció en la vida privada. La fatalidad de su situación le condenaba á no servir al Gobierno en cuyo favor tanto había trabajado. Se

trasladó á Suiza, regresó á París, fué molestado alguna vez cuando el levantamiento vandeano. Guardó inquebrantable fidelidad á la dinastía derrocada. Nunca pareció más noble. En muchas ocasiones fué en peregrinación á visitar al Conde de Chambord. Envejecía en íntima y tierna amistad con Mme. Recamier. Hirióle, por último, la muerte, en el apogeo de la tormenta revolucionaria, el día 4 de Julio de 1848, cuando contaba ochenta años. La publicación de las *Memorias de Ultratumba* había producido el efecto del rayo. Sobre la tumba de aquel creyente se levantó una figura de escéptico desengañado. El defensor heroico de la monarquía legítima quedó transformado y reducido á un paladín caballeresco que peleaba por mantener la fe jurada, sin estar convencido de que la causa que defendía era la mejor de las causas.

Tal es, en pocas palabras, y para las necesidades de mi estudio, la biografía de Chateaubriand. Como he dicho, ninguna otra existencia ha sido más compleja que la suya. Fué un monarca literario, y se vió mezclado en todos los negocios de su país durante medio siglo. ¿En qué consiste que esta gran figura se nos presenta hoy empequeñecida y casi borrada? No hay un solo antepasado cuyo nombre suene todavía con tanta intensidad, y en quien la generación nueva piense tan poco. Se le nombra alguna vez, pero ya no es leído. Sus obras, magníficamente encuadernadas, solamente sirven para adornar las bibliotecas. Sobre sus actos y sobre sus palabras se amontona el polvo. Solamente los literatos, la gente del oficio, sienten aún la curiosidad de buscar en las mejores páginas del autor de *Atala* la fuente de nuestra literatura contemporánea; pero la masa de lectores hace ya mucho tiempo que va por otra parte. Todo lo que los hombres de treinta años han leído de Chateaubriand, lo

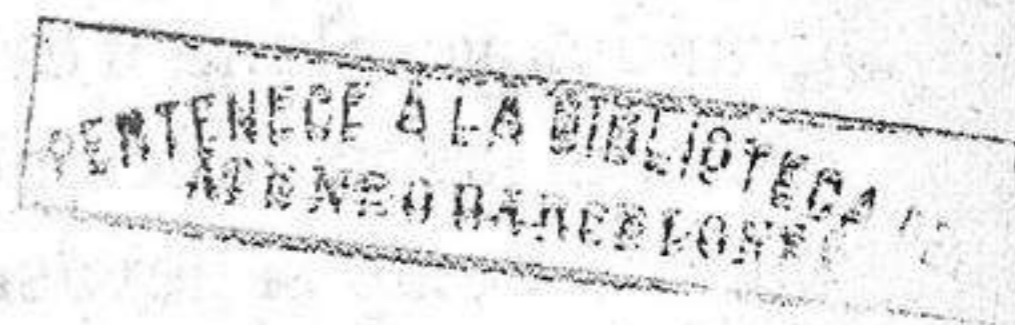
han leído en el colegio, en días de lluvia, cuando no era posible salir á paseo y se permitía á los alumnos la lectura de algunos libros buenos tomados de la biblioteca del director. Y yo me pregunto: ¿De dónde proviene tal indiferencia después de tal entusiasmo? Esto es lo que me propongo decir. Hay en el asunto una página interesante de nuestra política y de nuestra literatura. Lo pasado explica lo presente.

## III

## OPINIONES RELIGIOSAS Y POLÍTICAS.

Me dicen que las fiestas de Saint-Malo fueron organizadas por los realistas, que habían pretendido llevar á cabo una manifestación política y religiosa. Á ser cierto eso, habrían tomado á Chateaubriand sencillamente como un argumento victorioso contra la República y contra el libre pensamiento. El argumento puede ser bueno para la muchedumbre; pero resulta medianillo para los que conocen al ilustre escritor. De tal manera han comprendido los realistas la parte flaca de su manifestación, que han prescindido de las *Memorias de Ultratumba*; inútilmente se buscaría el título de esa obra en los discursos oficiales, ni en el pedestal de la estatua. Lo cierto es que Chateaubriand ha sido el enterrador de la monarquía y el último cantor del catolicismo.

Á mi juicio,—y sea cual fuere el clamoreo que esta opinión mía pueda producir,—la vida de este hombre ha sido deficiente. Ha nacido demasiado temprano, ó demasiado tarde. Llegó cuando una sociedad se desmo-



ronaba y cuando la sociedad futura se esbozaba apenas. Esto no obstante, Chateaubriand hubiera podido desenvolver sus peregrinas dotes si hubiese crecido entre los combatientes rudos que trabajaban para el porvenir; pero la fatalidad del nacimiento le colocaba en el campo del pasado, le adhería para siempre á una fidelidad tan inútil como gloriosa. Era lo peor del caso que el espíritu de su siglo le había herido; que él, á pesar suyo, abría los ojos, que su inteligencia no podía resistir á los grandes resplandores que en el horizonte se elevaban. De aquí las vacilaciones y las inconsecuencias de su vida; parece como si llevase cortadas sus alas y las extendiera antes de volar á la luz. Atraíale la libertad; pero estaba en su puesto de mantenedor del poder absoluto. Estudiando á Chateaubriand desde el punto de vista de la dualidad que en él existía, se ve una confesión en cada uno de sus actos.

Se estrena en esa obra intitulada *Ensayo sobre las revoluciones* por un grito de libertad, y termina publicando el libro *Memorias de Ultratumba*, que es un testamento de duda universal; todo lo que el escritor ilustre ha publicado entre estas dos obras, *El Genio del Cristianismo* y *Los Mártires* y *El Itinerario*, se halla desquiciado, desmentido, anulado. Algo peor aún sucede en su carrera de hombre político; este legitimista es el más fervoroso de los liberales; y este liberal tiene que rechazar la libertad, no bien la ha conquistado. Herido tres veces por los Borbones, habiendo sobrellevado por esa causa persecuciones y destierro, no puede servirlos algunos meses sin hacérseles sospechoso, y es tratado por esos príncipes más cruelmente que lo había sido por Bonaparte. Sólo mucho tiempo después, cuando se retiró definitivamente á la vida privada, pudo adoptar esa fijeza

de actitud, ese continente caballeresco, esa altivez de adhesión que conservó hasta la muerte sin que por eso dejara de llevar la herida en el pecho. Compréndese, por tanto, cómo estaría sujeto aquel espíritu esencialmente libre por las cadenas que arrastraba con orgullo. Agitóse siempre miserablemente en la prisión estrecha en que se había encerrado él mismo. El fracaso fué completo, y era irremediable. Sin fe en el porvenir, repelido continuamente desde sus instintos liberales á su papel de súbdito leal, nunca pudo dar cima á hechos grandes, y se anegó en el fango de los chismes y las disputas de menor cuantía y del momento. Se mostró, por decirlo de una vez, una medianía como hombre político.

Y no se obstinen los realistas de hoy en hacer que mienta la historia; Chateaubriand no les pertenece por completo. El hombre que ha escrito las líneas que voy á copiar, podría luchar aún en pro de los principios monárquicos, pero no creía ya en su victoria:

«Europa corre á la democracia. ¿Por ventura Francia es otra cosa que una asamblea embarazada por un rey? Los pueblos, grandes ya, se han emancipado; los príncipes tuvieron el usufructo de los bienes del pueblo; hoy las naciones que han llegado á su mayor edad pretenden no tener necesidad de tutores. Desde David hasta nuestros días, los monarcas han sido necesarios; ahora parece que les llega á las naciones su turno....

»Abundan los síntomas de una transformación social. Inútilmente se realizan esfuerzos para reconstituir ese partido en que exista y se sostenga el Gobierno absoluto de uno solo: los principios fundamentales de ese Gobierno se han perdido, y ya no parecen. Los hombres están acabando, lo mismo que los principios....

»Pero, al fin y al cabo, preciso será irse allí. ¿Qué

significan tres, cuatro ni veinte años en la vida de un pueblo? Las sociedades antiguas perecieron con la política en que habían nacido. En Roma, el reino del hombre fué sustituido por el de la ley del César. Se pasó de la República al Imperio. La revolución se sintetiza hoy en sentido contrario; la ley destrona al hombre; se pasa de la Monarquía á la República. Ha llegado la era de los pueblos.»

Estas declaraciones, tomadas de *Memorias de Ultratumba*, son formales. Bien es verdad que, cuando aparecieron estas *Memorias*, se oyó un prolongado grito de cólera. Todo el partido realista habló de traiciones. En un artículo de M. Broglie he leído este juicio severísimo: «Chateaubriand mismo es quien ha considerado conveniente darnos á conocer qué tempestades de vanidad mezquina habían turbado, allá, en lo más profundo, el espíritu melancólico de René; Chateaubriand mismo se ha encargado de proclamar que había sido emigrado sin convicción, esto es, que había peleado contra su patria sin tener siquiera la excusa de una fe caballeresca en la Monarquía». M. Broglie aún escribía con algún comedimiento; otros se mostraron verdaderamente crueles. Desde luego, la memoria de Chateaubriand fué anatematizada por todos los partidos. Los republicanos no podían contarle entre ellos: los realistas habían roto con él ruidosamente, y ha sido menester que sobreviniese esta época de perturbación para que pensasen en reclamarlo y en aceptarlo á modo de bandera. No; Chateaubriand quedó solo, con la franqueza de su escepticismo, inútil para todo, abandonado como una figura complicada y peligrosa, de la cual un partido político nada podía sacar de bueno. Aquí tenemos ya una explicación, la primera de todas, del silencio que bruscamen-

te se produjo en derredor del realista decidido. Se le ha relegado al desván de los muebles viejos, como un arma de doble filo de las que nadie se atreve á servirse en las grandes batallas de nuestros tiempos.

Pero además de esta causa de olvido completamente práctica, existe otra más profunda, debida á la personalidad misma de Chateaubriand, tal cual yo he procurado pintarla exactamente. Los hombres de transición están fatalmente condenados al aborto, si logran llenar de ruido su época; son arrebatados por completo con su generación, y no dejan en pos de sí huella alguna del vano ir y venir de su existencia. Chateaubriand, no destruyendo nada, no edificando nada, resignándose á desempeñar su papel de melancólico, puede parecernos de hermosa actitud en el umbral de este siglo; pero nada dice á nuestras almas enardecidas por la batalla política en que luchamos desde hace más de diez y seis lustros. Para que un hombre político deje recuerdo suyo, es indispensable que sus actos respondan á la pasión de su siglo. Chateaubriand se nos aparece demasiado lejos de nosotros; es casi un extraño, nada ha dejado que sirva para que le veamos siempre animado, vivo, al lado nuestro. En una palabra: Chateaubriand no tenía el alma moderna. Como he dicho ya, equivocó la época en el día de su nacimiento. En el derrumbamiento de la sociedad antigua, resulta él la ruina más gloriosa, una de esas ruinas completamente jóvenes, que todos lamentan. Aún habría podido ser grande, mostrándose campeón del pasado, sin compromiso de ninguna clase, haciendo frente á las ideas nuevas, negándolas, demostrando el fanatismo de su fe; pero las condiciones de su naturaleza le colocaron siempre en este equilibrio, en el justo medio de la duda, en el cual los espíritus más admirables se empequeñecen. Se



agitó en vano, y se ha desvanecido ; á esto se reduce su historia. Hoy sus actos, sus escritos, son fríos como cadáveres.

Bueno es advertir, aparte de esto, que Chateaubriand no tenía temperamento político. Es creencia muy generalizada en Francia, la de que un poeta, un escritor de fantasía y de hermoso estilo no puede ser buen gobernante, y hasta hoy los escritores que han subido al Gobierno, exceptuando á Thiers, parece que se han propuesto justificar esa creencia. Esto consiste indudablemente en el carácter francés. Censurábase principalmente á Chateaubriand su esquivez altiva y desdeñosa ; el desabrimiento con que acogía á los que se le aproximaban. Casi siempre aparecía lleno de soberbia humillante. Todo esto, sin embargo, habría sido de poca importancia, si no le hubiesen faltado por completo la gran fortaleza de los hombres de Estado, la paciencia, la perseverancia en los propósitos, el esfuerzo dirigido siempre hacia un mismo fin. Chateaubriand se apasionaba de pronto, soñaba cosas grandes, y luego, á la primera contrariedad, se desanimaba, encolerizábase como un niño, acababa por refugiarse en el fondo de una especie de melancolía egoísta, disgustado de los hombres, profetizando los cataclismos más espantosos. René despuntaba siempre, con su desesperación, bajo la gravedad del diplomático y del ministro. Ventilaba un negocio como si escribiese un libro, cuidando, sobre todo, la forma, pensando únicamente, fuera de esto, en ponerse delante. Claro es que sus errores fueron innumerables. Después de haber señalado las inconsecuencias de la vida política de Chateaubriand, Sainte-Beuve dice con razón: « Tiene en su vida tres hechos de gravedad, que no pasarán nunca: hizo todo lo posible para sostener la Cámara

más detestable de la Restauración, la Cámara frenética de 1815; hizo cuanto pudo para derribar al mejor ministerio, al ministerio más sinceramente liberal de la Restauración, al ministerio Dessoles; por último, del peor Gobierno, del más odioso y el más funesto de todos, el ministerio Villèle, sólo habló mal cuando dejó de formar parte del ministerio. M. de Chateaubriand no ha principiado á desesperar de la Restauración, hasta que comprendió que no desempeñaría en ella el papel de primer ministro». Tal opinión, de verdadera y absoluta justicia, completa el retrato del hombre político en Chateaubriand. En resumidas cuentas, el escritor sólo prestó malos servicios á la Monarquía, y la Monarquía nada hizo para la gloria del escritor. Los realistas falsifican la historia cuando le aclaman.

De la misma manera entiendo que dan prueba de muy equivocado criterio y de excesiva complacencia los que hablan de pretendidos servicios prestados por Chateaubriand á la religión. Privadamente, Chateaubriand no tenía espíritu religioso; tenía, sí, sobre todo, lo que llamaría yo espíritu poético. En este punto debo decir algo de la desesperación de René; de esa melancolía soñadora, y de ese hastío incurable que llevó por dondequiera, como la llaga viva de un mal desconocido. Hay que dar indudablemente en esto una parte á la actitud por él adoptada: al manto que juzgó conveniente colgar de sus hombros. Pero esa desesperación tuvo su hora de realidad. En determinados asuntos llevó su soplo á todos los espíritus menos elevados. Byron se vió invadido por ella hasta la medula de los huesos. Goethe, más solido sobre sus miembros vigorosos, escribió su *Werther*, inspirado también por ella. En Francia, Musset se consideró herido, viciado, prematuramente envejecido por ese viento

de la época. Musset repetía el grito de tristeza que Chateaubriand había lanzado algunos años antes. Ya no son estas las amarguras de Rousseau templadas por la filosofía; son las negruras de un moralista de mal humor y fastidiado. Rousseau fué el primero en llorar ante la naturaleza; pero Rousseau razonaba todavía; después sus hijos no han encontrado más que lágrimas. Parece como si la fraternidad que se ensancha hasta los árboles y las hojas caídas, como si ese amor tierno de la naturaleza, como si la contemplación nueva de los horizontes llevasen la turbación al alma del hombre, é hiciesen salir hasta sus ojos todos los vagos dolores de su ser. Chateaubriand realiza entre nosotros ese tipo molesto del poeta sentado en una roca y derramando, mientras admira una hermosa noche, lágrimas que él mismo no siente deslizarse.

Contemplando bosques, montañas, ríos, en que por vez primera encuentra interés, siéntese dominado por un cansancio sincero, muy dulce, sin embargo; por una necesidad de sueño, en cuyo fondo celebraría morir. Nada tiene por qué padecer, y padece por todo. Arrastra aspiraciones sin ideal, tristezas sin causa, con abominable fatiga de la existencia. ¿Qué nombre dar á esa dolencia extraña, á esa enfermedad negra que, á un tiempo mismo, ha causado víctimas en todas las naciones? Si analizo esta desesperación, diré que es una forma nueva de la duda. Chateaubriand sentía, sin saberlo tal vez, el impulso revolucionario de su siglo. Estaba cogido entre las creencias ya vacilantes de una sociedad que se desquiciaba y las lecciones nuevas de exacto análisis que le daba la naturaleza. De esos árboles, de esas cañadas, de esos mares en cuyo espectáculo se abismaba, elevábanse voces perturbadoras, las voces del porvenir que él no podía comprender aún y que le dejaban trastorna-

:

do. Su vida contemplativa, sus miradas fijas en un mundo nuevamente revelado, le sumían en una enervación extraordinaria, en una gran tristeza inconsciente, formada por la nostalgia de los pasados días y por la desconfianza en los venideros. Hallábase el alma como saliendo de la paz en que había dormido durante muchos siglos. Si René sollozaba en su roca, era porque René ya no creía, y para creer se esforzaba....

No quiero profundizar mucho en la vida de Chateaubriand. No era de espíritu religioso, lo repito. Cedió siempre á todas sus pasiones ; no supo nunca mortificar la carne. Sus confesiones bastan para mostrarlo apasionado, en busca siempre de un amor grande. Cuando partió en peregrinación á Jerusalén, él mismo declara que no llevó un fin piadoso : iba en busca de la pasión, de la belleza, de la gloria. Esto es característico. «¿Iba yo, dice en sus *Memorias*, á la tumba de Cristo, en las disposiciones del arrepentimiento? Absorbíame una sola idea ; contaba yo con impaciencia los minutos ; desde el borde del buque clavaba mis ojos en Venus, la estrella de la tarde; pedíale yo viento para caminar más aprisa, gloria para hacerme amar. Yo esperaba hallarla en Esparta, en Sión, en Menfis, en Cartago, y llevarla á la Alhambra. ¡Cómo me palpitaba el corazón al abordar las costas de España! ¿Habría conservado mis recuerdos, como había yo superado mis pruebas?» Todo esto quiere decir que en España le aguardaba una querida, y que Chateaubriand, en su largo viaje, había ardido constantemente en deseos de poseerla. Este cristiano que lleva consigo su amor, que lo pasea por los Santos Lugares, es seguramente un poeta; pero sostengo que no es un creyente.

Poco importarían, en realidad, esos sentimientos personales del escritor, si su obra se mantuviese elevada,

firme, en pie siempre, como una torre, una ciudadela fortificada para defender la religión. Pero *El Genio del Cristianismo*, para no hablar más que de esa obra, se halla muy lejos de estar construida con esta solidez inexpugnable. Recuérdese que el autor, llamado bruscamente á los recuerdos de su piadosa infancia por la muerte de su madre, y queriendo obedecer la última voluntad de la que le dió el ser, renunció á sus extravíos de librepensador y comenzó á escribir *El Genio del Cristianismo*. Esto es lo que Chateaubriand cuenta. Quiero creer que la obra, de todas maneras, habrá sido escrita. Existe en esto una leyenda. Chateaubriand ha cedido más todavía á la necesidad de reacción que flotaba en la atmósfera. Después de la gran tormenta revolucionaria, después de la destrucción de los templos, la proscripción de los sacerdotes, la ridícula invención de una religión nueva, era necesario, inevitable que se levantase una voz para celebrar las excelencias del catolicismo. Esta ley de las reacciones es constante en la historia. Tanto es verdad esto, tan cierto es que la única razón de ser del libro fué la necesidad de protestar contra los espectáculos de horror por todos presenciados, que Chateaubriand no piensa ni por un instante en discutir sobre el dogma, en refutar los ataques de los filósofos del siglo décimo octavo, en escribir una obra de crítica y de combate. Se contenta con pintar; opone á los espectáculos sangrientos espectáculos de luz y de encanto. En el cristianismo sólo ve Chateaubriand asuntos para un poema, una serie de episodios ya conmovedores, ya sublimes. Lo que le conmueve, lo que le hace anegarse en llanto, es la pompa de la religión, son las catedrales alzando hasta el cielo azul las cruces de sus torres, llenando sus espaciosa bóvedas de perfumes de incienso y de resplandores de

cirios, rebosando todas de muchedumbre de fieles de hijos bajo la bendición de los prelados vestidos de púrpura y de oro. Ó bien, como en *Atala*, mezcla el amor humano con la religión, de la cual labra un consuelo de amantes desdichados en medio de bosques vírgenes.

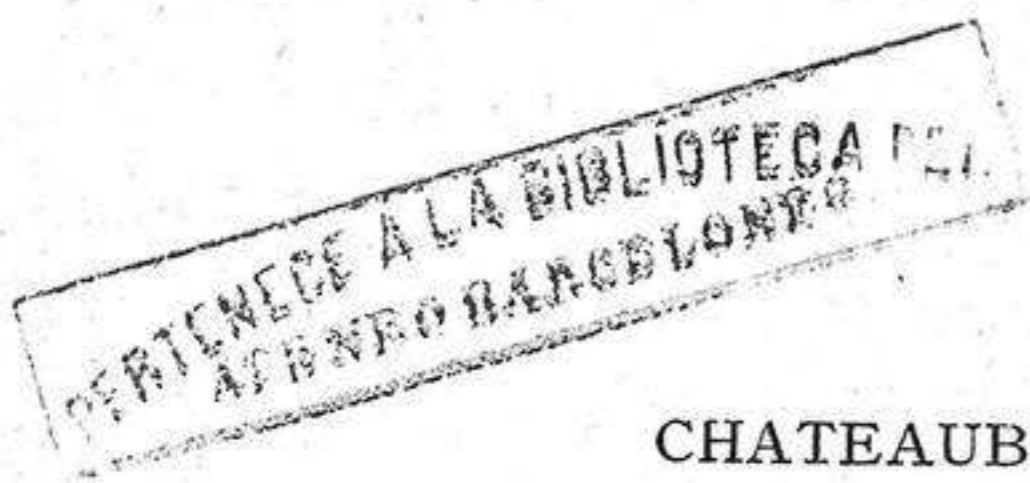
Otras veces saca también del drama de la Pasión toda la emoción trágica que contiene, y despierta el interés de las almas sensibles, como también de una historia triste, cuyos episodios, demasiado crueles, el autor poetiza. Toda la obra resulta así: la efusión de un alma conmovida, la paráfrasis rítmica de la belleza del culto, una especie de cántico de amor. En la religión hay belleza; quiero decir, belleza plástica y belleza moral; á eso se reduce el libro. El poeta está siempre allí, con su lira; el pensador, el combatiente, no se presenta en una vez sola. Una obra como *El Genio del Cristianismo* debía estar escrita en verso. Indudablemente el éxito fué grande en la época de su publicación, porque respondía á una necesidad, satisfacía el deseo que experimentaban todos de apartar la vista de realidades ingratas y dormir mecándose en una poesía piadosa. Después de tanta sangre, una ola de leche pareció de una dulzura infinita. El libro llegó en su hora; á eso debió su resonancia. Pero pasada esa hora, estaba condenado al olvido. La obra no tenía en sí misma ninguno de los vigos necesarios para servir á la religión, si se exceptúa el encanto inmediato que su lectura producía. Si ha podido consolar á una generación, ser por algún tiempo una música sagrada, agradable á los oídos, llenos todavía de los dicharachos feroces de los descamisados, hoy es completamente inútil, sin fuerza contra los ataques del librepensamiento, y abandonando la religión á las terribles investigaciones de la crítica moderna. La obra de Chateaubriand no defiende el cris-

tianismo con más eficacia que puedan defenderle los cánticos de las niñas, los domingos, en el templo. Antes por el contrario, le afea, disfrazándole con una retórica, de la cual es casi necesario reirse. Compárese *El Genio del Cristianismo* con los trabajos de exégesis religiosa de estos últimos años, con la *Vida de Jesús*, de Strauss, para no mentar más que esta obra, y se comprenderá qué pobre paladín tiene la religión en el primero de esos libros. Á mi modo de ver, Chateaubriand ha sido tan mal católico como mal político, y no ha hecho mucho más por el Cristianismo que por la Monarquía. Si nuestro tiempo le desdeña y le olvida, es porque no ha pasado de ser en todo un simple elaborador de frases, y no ha sembrado nada para lo futuro.

¿Dónde, pues, está su grandeza, grandeza real y positiva, que todavía impone? Está en la adhesión noble en que supo mantenerse perseverante.

Los veinte últimos años de su existencia, pasados en el retraimiento, solitario y erguido, han contribuido más á su gloria que el éxito ruidoso de sus libros y los alborotos de su carrera política. Chateaubriand vivirá en la historia con esa su última actitud, sacrificándolo todo á la unidad de su vida, negándose á dejar á su rey, aunque desesperando de la Monarquía. No había recibido de ella más que heridas; la veía moribunda; y aun sin esperanza, obstinábase en ser su leal caballero, en servirla hasta el fin velando su cadáver. Lo que le engrandece es que, viendo muy claro en lo por venir, sabía que estaba con ambos pies en una tumba. Después de haberse batido por la libertad, renegaba de la libertad, porque no podía obtenerla con el príncipe á quien había jurado adhesión. Hay en esto un verdadero suicidio del que muy pocos hombres de Estado han sido capaces. Agréguese á esto

que Chateaubriand llevó á cabo ese sacrificio con sencillez sublime ; poseía muy íntimamente el sentimiento de lo bello para no realizar una hermosa salida. El día 7 de Agosto, después de las jornadas de Julio, habló muy noblemente en la Cámara de los Pares. Renunció en seguida á los títulos, á los honores y á las pensiones que no quería deber sino á la monarquía legítima, y desde entonces, libre de sus errores, superior á sus obras, dominó su época.



## IV

## CHATEAUBRIAND ESCRITOR.

Réstame ahora estudiar al escritor. Chateaubriand es, siempre y en todo, él mismo, uno sólo. Las causas que pusieron al hombre político en primera fila para arrojarlo después á un rápido olvido, explican también, y de igual manera, el éxito ruidoso de sus obras y la indiferencia en que hoy han caído. Existe realmente en toda personalidad un resorte dominante que mueve la máquina entera. Basta buscar y separar ese resorte para conocer el mecanismo completo de los actos y de los escritos. He dicho que Chateaubriand, hombre de Estado, era un hombre de transición, y que el fracaso de su fortuna procedía de su equilibrio entre dos siglos y dos sociedades; un pie en el pasado, otro en el porvenir. Como escritor, se ha encontrado igualmente á horcajadas sobre dos épocas y sobre dos escuelas literarias: esto es lo que impide que sus obras vivan.

Con frecuencia se ha repetido que el autor de *El Genio*



*del Cristianismo* era el primer romántico. Con igual justicia puede afirmarse que ha sido también el último de los clásicos, de tal manera aparecen mezclados en sus obras el agonizar de los períodos hermosos y de las nobles perífrasis con el balbucir de las audacias del color y del movimiento apasionado de la frase. Su estilo es una peregrina mezcla de toda la habilidad clásica vestida y adornada á la nueva moda romántica. Terminan el género descriptivo de Delille para comenzar el género elevado y esplendoroso de Lamartine y de Víctor Hugo. Existe, por otra parte, verdadero error en creer que hay en literatura reveladores que aportan de repente, en sus escritos, una escuela nueva. Sucede todo lo contrario; las transformaciones de una literatura caminan con lentitud prudente; la cadena es larga y sin soluciones de continuidad; aparecen siempre multitud de escritores de transición; si andando el tiempo se presentan lagunas, si ciertos autores se nos antojan escritores independientes, consiste eso en que sus predecesores han caído en el olvido, en que nadie piensa en recomponer todos los hilos que conducen necesariamente desde la antigua producción á la producción nueva.

Es verdad, por ejemplo, que Chateaubriand es continuador de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre; es un puente echado entre éstos y los escritores revolucionarios de 1830, que sirvió, sin percatarse de ello, á un movimiento contra el cual ha protestado tiempo adelante. Es la ley necesaria. Y lo peor es, vuelvo á decirlo, que Chateaubriand llegó en esa hora indecisa, en esa alborada de una lengua joven en que las letras conservan todas las trabas de que procuran desembarazarse, sin que les resulten beneficiosos aquellos sus primeros esfuerzos. Tomemos hoy una de las más hermosas páginas de Cha-

teaubriand, nos parecerá de seguro afectada, falsa, llena de una música fastidiosa ; los atrevimientos que ponían miedo y llevaban entusiasmos á los espíritus de sus contemporáneos pasan para nosotros completamente inadvertidos, porque han sido sobrepujados por audacias más bulliciosas. Es menester, para hallar al innovador, reconstruir la época en que él vivió, y sobre todo compararle con sus contemporáneos : aun así, puesto caso de que se logre comprender el asombro de los lectores de antaño, no será posible nunca participar de su entusiasmo. Aquel lenguaje no es ya más que un dato en nuestra historia literaria. Ya no es aquello el agotamiento de lenguaje á que había llegado la escuela de Voltaire ; pero no es todavía el renacimiento brillante y extraño, el soplo de vida que había de perturbar nuestra literatura, como para fertilizarla y conducirla á la verdad. Chateaubriand ocupa entre nosotros tan singular sitio, que no es posible incluirle ni en el siglo décimo-octavo, ni en el décimo-noveno : permanece en el hueco de sombra que separa las dos épocas. Ningún genio, por extraordinarias que fuesen sus dotes, habría resistido á ese dualismo del pasado y del porvenir, combatiendo y anulándose mutuamente.

Se oye en sus frases la respiración prolongada de un vigoroso obrero. Hay allí la madurez del escritor de raza. Pero el conjunto está compuesto y pintado como un cuadro de Lebrun, con pincel magistral é imponente que se olvida de poner cuerpos vivos bajo sus magníficas vestiduras. Nos encontramos de lleno en el estilo noble, con santo horror al vocablo propio, con la frase trabajada y rotunda, la monotonía del balanceo de los períodos, el fastidio insoportable de la belleza continua y rebuscada. En todas y cada una de sus páginas se encuentra el mismo

lenguaje sonoro y hueco, resonando bajo los hábiles dedos del escritor como esos instrumentos chinescos que deben sus vibraciones á la manera de estar forjados; todo, en Chateaubriand, recuerda la algarabía solemnizada.

He aquí por qué ese artista sabio, ese inteligente coordinador de dicciones nos conmueve tan poco hoy; es que á Chateaubriand, como escritor, le falta más aún que á Chateaubriand como hombre político, la pasión del siglo, quiero decir, la pasión de la realidad y de la análisis exacta. La crisis romántica por Chateaubriand anunciada, es, en nuestra literatura, como una insurrección necesaria llegada oportunamente para romper el yugo clásico y dejar toda libertad á los talentos originales. La lengua se agotaba, los escritores empequeñecidos se retrasaban en balbuceo senil, todos los convencionalismos, todas las preocupaciones necesitaban una violenta sacudida. Los románticos de 1830 llegaron para dar al traste con las pretendidas reglas y con las envejecidas tradiciones. Fué esto, en las letras, en un intervalo de menos de medio siglo, una revolución correspondiente á la que había renovado la sociedad en medio de espantosa tormenta. Pero las revoluciones no hacen más que sembrar el porvenir; un período revolucionario, con sus excesos inevitables, sus numerosos errores, no puede nunca ser duradero. Por ejemplo: los románticos de 1830, para barrer la antigua retórica, traían otra igualmente ridícula; no hacían sino reemplazar la obstinada imitación de la antigüedad por una excesiva ternura hacia la Edad Media. Las antiguas catedrales, las armaduras, todo el hierro y todo los guiñapos de los pasados siglos. Eran las mismas pinturas en otras decoraciones. Por eso el romanticismo tenía que envejecer muy

pronto, después de haber encarnado en el más grande poeta lírico que posee nuestra literatura. Hoy hace reír; sus caballeros están más pasados de moda que los griegos y los romanos de la escuela clásica. Pero el impulso estaba dado, el triunfo de la revolución literaria había abierto innumerables caminos; los escritores naturalistas podían moverse libremente, y usar, por fin, la pintura de los hombres y de los horizontes en toda su verdad. Ese es el eterno honor del movimiento romántico en Francia; apresuró el advenimiento de la escuela realista, y facilitó su tarea entregándole el terreno ya desembarazado y á propósito para edificar. No he de citar aquí nombre alguno; examino la evolución de las letras francesas en los últimos cincuenta años. Me propongo solamente mostrar cuán lejos está hoy Chateaubriand de nosotros, más allá de la revolución realizada, del lado del romanticismo, cuyo atrevimiento balbuceaba apenas el autor de *El Genio del Cristianismo*.

Desde Balzac y los novelistas que le han sucedido todo se ha consumado; el útil del siglo es el escalpelo del anatómico. Nuestra literatura es una literatura de observación y de experimento. Somos lo mismo que los químicos, los cuales, comprendiendo que la ciencia se halla en la infancia todavía, se guardan muy bien de aventurar la menor síntesis, y se limitan á llevar á cabo análisis particulares de los cuerpos. Nuestros novelistas nada quieren deber á la fantasía, á una grandiosidad mentida de los personajes, al arreglo hábil de la fábula. Pintan la vida tal cual es; procuran reunir el mayor número posible de documentos humanos; son á modo de vastos almacenes en que se acumulan los hechos sociales: los novelistas de hoy nada deducen, por miedo de engañarse, dejando á los siglos venideros la tarea de

formular leyes generales, cuando el número de documentos sea decisivo y permita pronunciar fallo acerca del hombre. Desde luego se explica esta indiferencia que nos merece Chateaubriand en medio de nuestras informaciones universales. Chateaubriand no tuvo nuestra pasión; su instrumento de trabajo no es el nuestro, sus obras están ayunas de todo lo que nosotros buscamos. Elogiábase el color de su estilo, las imágenes brillantes con que enriqueció el idioma; pero en la mayor parte de los casos esas imágenes son para nosotros completamente falsas, pegadas á los objetos como colorines puramente convencionales. Contamos entre nuestros contemporáneos hasta cinco ó seis escritores que han dado á las imágenes un brillo incomparable, sin salirse para ello de la verdad estricta en el colorido.

Frente á frente de las páginas maravillosas que yo podría citar, las páginas más esplendorosas de Chateaubriand parecerían aleluyas solemnemente iluminadas. Lo mismo digo de los personajes: los que Chateaubriand ha puesto en acción son sombras, creaciones poéticas, pero que cometen el error de hablar en prosa. Solamente *Atala* ha salido á flote, y eso se ha debido al cuadro de Girodet. René mismo es un enigma que los comentadores procuran descifrar; en aquel cuerpo pálido y fantástico no circula la sangre; á pesar de su amor permanece siempre flotante como un poco de humo en un rayo de luna. ¿Cómo interesarnos por esas muñecas soñadoras, por esos maniqués con ínfulas, cuando el mundo de nuestra creación literaria está poblado por multitud de personajes de carne y hueso, en pie, vivos, á quienes se cree haber encontrado á la vuelta de una esquina, según lo presentes que se hallan en todos los recuerdos? Ahora nos agitamos en la vida real y desdeñamos, por con-

siguiente, los medios facticios en que se movían los escritores de las escuelas pasadas. Y este desdén nuestro con relación á las obras de Chateaubriand es inconsciente; todos los lectores lo sienten, aun los mismos que todavía niegan el movimiento realista. Esos mismos viven en nuestra atmósfera y de ellos se ha enseñoreado, á pesar de todo, la necesidad universal de lo verdadero. Por eso Chateaubriand se desvanece con asombrosa rapidez, y parece más alejado de nosotros de lo que en realidad se halla, porque le separa de la época presente una evolución considerable, y porque no tiene en sí nada de lo que hoy nos apasiona.

Bien será decir, para que nadie se equivoque sobre esto, que si las obras de Chateaubriand mueren, es porque llevan en ellas mismas la muerte. Si hubiesen tenido el don de la vida, vivirían y vivirían eternamente, á pesar de su retórica pasada de moda, á pesar de la época de transición en que han nacido, á pesar de todo. El don de la vida para el escritor es la inmortalidad de sus obras, sean cuales fueren las condiciones en que se hayan producido. Y el don en la vida no es otro que el don de la verdad. Cuando un personaje es verdadero, es eterno; poco importa que esté mal vestido, que presente líneas defectuosas; basta que por los agujeros de su traje pueda verse la carne desnuda y viviente. Ya está levantado para muchos siglos. En esto ha de tener, y tiene efectivamente, mucha parte el temperamento del escritor, temperamento que es quien decide de la vitalidad de las creaciones literarias. Hay entre los artistas manos creadoras, como hay también manos que no pueden animar nunca la materia que tocan, por preciosa que esa materia sea.

Depende eso de la inspiración, del *quid divinum*, de

un algo sin nombre que el artista lleva consigo. Y sucede esto de tal modo, que el temperamento, la pasión de ciertos talentos poderosos tienen la suficiente intensidad para dar vida á ficciones, para eternizar las más libres creaciones de su fantasía. Chateaubriand no ha sabido crear lo verdadero, no ha podido hacer lo vivo. Su época no se consagraba á la investigación de la exactitud en los pormenores, y su temperamento, su genio, si se quiere, no tiene esa llama creadora que anima hasta á los guijarros del camino. Carece al mismo tiempo de la verdad común y de este poder, gracias al cual los creadores cambian en realidad todo lo que ellos conciben y crean.

Terminaré aquí lo mismo que he terminado al estudiar en Chateaubriand al hombre político. Á pesar del vacío de algunas de sus obras, á pesar del olvido en que se sumerge, Chateaubriand sigue siendo una figura alta y grande. Porque si el católico y el monárquico han sabido levantarse en él con actitud noble y morir con la frente erguida, el escritor ha conservado hasta en su última hora un estilo de una grandeza y de una sabiduría incomparables. No me refiero ya á los materiales empleados; hablo solamente de la hechura. Chateaubriand estaba prodigiosamente dotado: poseía un instrumento maravilloso. Sus frases se deslizaban con una abundancia, una facilidad y una nobleza admirables. Si es cierto que debajo solamente se hallaba el vacío, la vestidura era magnífica, demasiado aparatosa sin duda, pero de un efecto grandioso. Es necesario ser del oficio, haber luchado con las palabras, para asombrarse ante ese obrero colosal que tan fácilmente manejaba su lengua. Jorge Sand, á la conclusión de un juicio, muy severo, acerca de *Memorias de Ultratumba*, ha escrito las palabras siguientes: «Y, sin embargo, á pesar de la afectación general del estilo, que

corresponde á la afectación del carácter ; á pesar del empeño en buscar una falsa sencillez, á pesar del abuso de neologismos, á pesar de todo lo que en esa obra me desagrada, encuentro en ella á cada paso admirables bellezas de forma, en que hay sencillez y frescura ; ante páginas que son del maestro más grande de nuestro siglo, y que ninguno de nosotros, presumidos, formados en su escuela, podríamos escribir, aun haciendo todo lo mejor que podemos». No voy tan lejos como Jorge Sand ; conozco páginas que son tan hermosas como las más hermosas de Chateaubriand ; pero sí es cierto que Chateaubriand vive solamente por su lenguaje. La forma y la actitud han sido en Chateaubriand el hombre completo.

## V

### JUICIO DEFINITIVO.

Apenas si han transcurrido días desde que en las fiestas de Saint-Malo dispararon el último cohete en honra y gloria de Chateaubriand, y ya el ruido que se produjo en torno del escritor, el incienso pródigamente tributado en los discursos oficiales, los entusiásticos aplausos de la muchedumbre, las salvas de artillería, las detonaciones de los fuegos artificiales se han desvanecido en el murmullo grande y monótono del Océano. Parece como si el silencio del olvido cayese con más pesadez sobre la memoria del que tan ruidosamente ha sido glorificado. La parte más enojosa de estas solemnidades es que sólo por un día despiertan la pasión de los vivos en rededor de un muerto, y que hacen sentir con más honda



pena al día siguiente lo invencible del sueño que tiene al muerto clavado en su sepulcro. Hoy todos pasan con indiferencia por delante de la estatua completamente nueva, ni aun se bajan á recoger del suelo las varitas de aquellos cohetes, hasta se han olvidado los manjares servidos en el almuerzo, y la música de los rigodones del baile. Sólo queda siempre, en lo más alto del *Grand-Bé*, la tumba solitaria de Chateaubriand.

Deseo, ante todo, ser justo. No quiero, movido por mis simpatías literarias, que están todas del lado de la escuela moderna de análisis exacto, mostrarme parcial con respecto á un escritor, cuyo papel, después de todo, resulta gigantesco. Yo siento únicamente sed de verdad, y la crítica es, en mi concepto, una especie de novela histórica; la anatomía de un personaje que ha existido y que ha dejado documentos para que podamos fácilmente estudiarle. Sólo por eso me interesa la crítica. Existe en este caso particular un hecho innegable: Chateaubriand ha envejecido muy pronto, nuestra generación ya no le lee. Pero nosotros no somos todavía la posteridad para él; puede apelar de nuestra sentencia; andando el tiempo, hallará quizá jueces libres de las pasiones del siglo y que sepan colocarlo en el sitio que le corresponda. M. de Lomenie ha escrito unas líneas, acerca de cuyo contenido es necesario reflexionar; son las siguientes:

«Ha sucedido á Chateaubriand lo que sucede á casi todos los hombres que se han impuesto á la admiración de su siglo durante muchos años; la época que sigue á su muerte es la que los juzga con más severidad; diríase que experimentamos la necesidad de desquitarnos de una larga adulación con un rigor exagerado. Así hemos visto á escritores que habían agotado para Chateaubriand vivo todas las formas del entusiasmo y del res-

peto, cambiar repentinamente de actitud, y, sin cuidarse de la contradicción, medir á Chateaubriand muerto con una familiaridad tan ruda cuanto inesperada.» Hay en esto un sentimiento ruin, al cual yo deploraría haber cedido. Si bien nosotros no nos encontramos en el día siguiente á la muerte del escritor, y los años transcurridos dan cierto peso al juicio público, puede suceder, efectivamente, que estemos todavía demasiado cerca de Chateaubriand para verle en su verdadera altura. Celebraría yo que me fuese dable, en virtud de un esfuerzo de mi espíritu, retroceder más para ver cuál será el fallo definitivo que sobre él dicte el siglo próximo venidero.

He aquí mi juicio, libre completamente de toda pasión. *El Genio del Cristianismo*, *El Itinerario*, *Los Mártires* sobre todo; las obras poéticas en general no tienen más remedio que envejecer. Se señala con el dedo en *Los Mártires*, cuya insustancialidad pomposa se echó de ver desde su aparición, el vicio capital de esa literatura de una magnificencia hueca poco resistente al polvo del tiempo, que la estropea muy pronto. Creo, por el contrario, que *Las Memorias de Ultratumba*, recibidas en medio de tempestades de protestas, ganarán á medida que sean leídas. Si no me equivoco en este particular, Chateaubriand ha de vivir por la única de sus obras que no tuvo aceptación. Y consiste esto en que dentro de ese libro hay un hombre; en *Las Memorias de Ultratumba* existe un hombre, vivo, animado, que siente y obra; es hasta interesante, por poco simpático que pueda parecer. En vano el escritor confiesa en aquellas páginas su egoísmo, su vanidad, su desdén á todo lo que no sea su gloria propia; no deja por todo eso de haber puesto allí lo mejor de él mismo, la sangre de que sus otros libros carecen. Esta obra se separa tal cual vez de la eterna actitud adoptada

por el autor, y entonces es un libro que transmite su calor á las manos; que tiene vida propia. No hablo ya de los trozos de primoroso estilo; éstos abundan en todas las obras del escritor; pero son más numerosos en las *Memorias*.

Hasta me parece circunstancia afortunada la diferencia de tonos que se echa de ver en cada uno de los diez volúmenes que forman la obra; volúmenes escritos en períodos muy separados unos de otros, y bajo influencias distintas; porque esas diferencias rompen la monotonía habitual del autor, mostrándole al cabo como un simple mortal, susceptible de pecar contra la bella composición de su asunto. Todo el primer tomo es muy especialmente notable; la infancia se desliza allí en medio de paisajes encantadores; la existencia en el castillo de Combourg es un admirable episodio lleno de verdad y de colorido. Lo repito: *Memorias de Ultratumba* será un día colocado en el lugar á que tiene derecho. El fallo definitivo del siglo vigésimo será indudablemente que Chateaubriand ha creado algo eterno el día en que, mirando por último hacia sí mismo, hubo de escribir necesariamente algo verdadero.

Pero, ¡qué ejemplo en los umbrales de este siglo! Sólo he hablado de esto para demostrar la inutilidad de la mentira en literatura, por muy magníficamente ataviada que se nos presente. Ningún hombre ha soñado con la monarquía literaria tanto como éste; él mismo se ha puesto el manto en los hombros; ha pasado años cincelandose un cetro y una corona; después se ha movido, cercado de resplandores que él pensaba lanzar, con paso noble, lento, calculando cada uno de sus gestos, disponiendo con gran aparato hasta el modo solemne de reposar en la tumba, y su realeza no ha sido más que un

:

disfraz, del que se ríe uno; la herencia piadosa de que Chateaubriand se encargó le ha abrumado y le ha empequeñecido. Al lado suyo, un escritor que hubiese dejado diez páginas vivas y verdaderas, crecería de año en año y sería hoy gigante que le aplastaría. Elocuente lección para todos nosotros los que tenemos el útil moderno, la análisis exacta con que escudriñar en la realidad. La inmortalidad es para los creadores de hombres, para aquellos cuyas manos utilizan la vida y crean la vida.

E. ZOLA.

## EL CABECILLA DESTUCHES <sup>(1)</sup>

### Á MI PADRE

**C**UÁNTAS razones, padre, para dedicar á V. esta novela que le recordará tantas cosas cuyo culto ha guardado en el corazón! V. ha conocido á uno de sus héroes, y probablemente hubiese participado de su heroísmo y del de sus once compañeros de armas, si hubiese V. contado algunos años más en el momento de cumplirse este drama de la guerra civil. Pero entonces no era V. más que un niño—el niño cuyo retrato encantador adornaba el gabinete azul de mi abuela, y que ella nos señalaba á mis hermanos y á mí, en nuestra infancia, con el índice de su bella mano, invitándonos á parecer-nos á V.

¡Ah! Sin duda es lo mejor que yo podía haber hecho, padre mío. V. ha pasado su noble vida como el *Pater familias* antiguo, soberano en su casa; en medio de un sosiego lleno de dignidad, fiel á opiniones que no triunfaban, con el gatillo del fusil descansando en la cazoleta, porque la guerra de los *Chuanes* se había extinguido en-

(1) Esperamos que esta novela ha de inspirar á nuestros lectores tanto interés como la famosa *Sonata de Kreutzer*.

tre los esplendores militares del Imperio y bajo la gloria de Napoleón. Yo no he tenido ese enérgico y sereno destino. En vez de permanecer, como V., arraigado en la tierra natal, cual sólida encina, he marchado lejos, con la cabeza inquieta...., corriendo locamente tras ese viento de que habla la Escritura, y que por doquiera ¡ay! pasa lo mismo al través de los dedos de la mano del hombre. Y de lejos aún envió á V. este libro que le recordará cuando lo lea, contemporáneos y compatriotas infortunados á quienes la novela restituye hoy, por mano mía, su página de historia.

Su respetuoso y afectísimo hijo

JULIO BARBEY D'AUREVILLY.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEORACIONES

*Nous n'irons pas au bois.  
Les laurirs sont coupés!*  
(No iremos más al bosque.  
¡Están cortados los laureles!)  
( Antigua canción.)

I

TRES SIGLOS EN UN RINCÓN APARTADO.

Era hacia los últimos años de la Restauración. Las ocho y media acababan de dar en la torre, puntiaguda como una aguja y acristalada como una linterna, de la pequeña y aristocrática ciudad de Valognes.

El ruido de dos zuecos, cuya marcha insegura pare-

cían precipitar el terreno ó el mal tiempo, era lo único que turbaba el silencio de la plaza de los Capuchinos, desierta y lúgubre á la sazón. Aunque las ocho y media no es hora insólita y descompasada en ningún país, la lluvia que había caído durante todo el día, la oscuridad de la noche —era en Diciembre— y las costumbres de esa modesta ciudad, tranquila, indolente y bien amurallada, explicaban la soledad de la plaza de los Capuchinos, y podían justificar el asombro de cualquier habitante que, arrellanado junto á su ventana, cerrada á piedra y lodo, oyese á lo lejos rechinar y jadear sobre el húmedo empedrado aquellos zuecos, á cuyo ruido vino á mezclarse otro de repente.

Sin duda, al dar vuelta á la plaza, enarenada en el centro y enlosada por los cuatro lados, y al pasar por la puerta cochera verde del hotel de M. de Mesnilhouseau, á quien, á causa de su trailla, llamaban Mesnilhouseau *el de los perros*, los zuecos que se oían debieron despertar á los dormidos guardianes, porque de los muros del patio salió una explosión de aullidos que fueron prolongándose con esa melancolía característica del aullido de los perros durante la noche. El monótono y desesperado plañido de los canes que trataban de meter las patas y el hocico por debajo de la colosal puerta cochera, como si hubiesen oído en la plaza algo insólito y formidable; la lobreguez de aquella noche, el viento que azotaba, la lluvia, la solitaria plaza, no muy grande á la verdad, pero que, de risueña que había sido en otro tiempo, cuando parecía un *squar* inglés, con sus cuadros de árboles y sus cañas índicas, habíase tornado casi terrible desde que en 18.... se alzó en su centro una cruz donde se retorció, manando sangre, un Cristo de tamaño natural toscamente pintado, todas estas circunstancias,

todos estos pormenores eran para impresionar al transeunte de los zuecos, el cual iba inclinando contra el viento su paraguas, cuya tirante seda golpeaban, como si fuesen cuentas de cristal, las sonoras gotas que caían.

Suponed, en efecto, que el transeunte fuese una persona de piadosa y sencilla imaginación, ó una conciencia atormentada, ó un alma dolorida, ó simplemente uno de esos seres nerviosos que se encuentran en todas las gradas del anfiteatro social, y convendréis en que las circunstancias apuntadas, y, sobre todo, la imagen de aquel Dios ensangrentado, espantoso de ver de día, por lo grosero de la pintura, á los alegres rayos del sol, y que, sin verlo, se sabía que estaba allí, de noche, con los brazos extendidos en las tinieblas, era bastante para penetrar de frío los huesos y redoblar los latidos del corazón. Mas, por si algo faltaba, de pronto sobrevino un hecho extraño, un hecho extraordinario en aquella recogida ciudad donde á semejante hora dormían los mendigos á pierna suelta, bien acurrucados en su cama de paja, y en donde eran poco menos que desconocidos los ladrones callejeros, prez de los salteadores de caminos reales. ¡Sí! Sobrevino un hecho extraordinario. En el trayecto desde la calle Siquet al centro de la plaza de los Capuchinos apagóse la linterna que proyectaba un reguero de luz por debajo del paraguas inclinado; se apagó cabalmente enfrente del Cristo. ¡Y no era el viento el que la había apagado, sino un soplo! Los músculos de acero que sostenían la linterna la habían levantado á la altura de una aparición horrible que hablaba. ¡Oh! Fué cosa del momento. ¡Un instante! ¡un relámpago! ¡Pero hay instantes que valen por siglos! Entonces precisamente aullaron los perros. Todavía aullaban cuando sonó un campanillazo en la primera puerta de la calle de las Car-



melitas, que está al extremo de la plaza, y la *persona de los zuecos* entró, pero sin zuecos, en la sala de las señoritas de Touffedelys (1), que le esperaban para su tertulia nocturna.

Iba calzada, ó, mejor, iba calzado (porque era un hombre) con la elegancia de un abate del antiguo régimen, como se decía mucho entonces. ¿Y qué de extraño, después de todo, si lo era?

—He oído su *coche* de V., Abate,—dijo la menor de las hermanas Touffedelys, la señorita Santa, que, absolutamente incapaz de inventar la más mínima expresión, repetía una broma del Abate cuando hablaba de sus zuecos.

El Abate, pues, que se había despojado á la puerta del vestíbulo de un cumplido redingote de bucarán verde que llevaba encima del frac negro, entró en el saloncito, erguido, imponente, sosteniendo la cabeza como un relicario, y haciendo rechinar los zapatos de tafilete, preservados del agua por los zuecos. Descalzado el guante de la mano derecha, ofreció á la redonda dos dedos á las cuatro personas agrupadas en torno de la chimenea. Pero, cuando los dió á la última:

—¡Algo sucede, hermano! (exclamó ésta estremeciéndose.) ¡Tú no te encuentras esta noche en tu estado normal!

—Sucedete (dijo el interpelado con voz firme, pero grave), que hace un minuto ha estado á punto de tener miedo la antigua sangre de Hotspur.

Su hermana lo oyó con aire incrédulo; pero la señorita de Touffedelys, que hubiese creído que los bueyes

(1) Aunque se trata de unas señoras de edad respetable, dejamos el diminutivo *señoritas*, ajustándonos al modo de hablar francés, para significar que eran solteras. (N. del T.)

volaban, si se lo decían, y hasta se habría asomado á verlos :

—¡Virgen María! ¿qué hay? (preguntó.) ¿Habrán visto, al venir, el alma del P. Guardián de los Capuchinos rondando por la plaza?

—¿Por qué dices esas cosas al Abate, hermana? (dijo Úrsula de Touffedelys.) Bien sabes que el Abate, que ha estado en Inglaterra, no cree en aparecidos.

—Y, sin embargo, ¡por mi alma, que es un aparecido lo que he visto! (afirmó el Abate seriamente.) ¡Sí, señorita! ¡sí, hermana! ¡sí, Fierdrap! ¡sí! Pueden Vds. mirarme con asombro, pueden abrir los ojos hasta que les dé una jaqueca; es como tengo el honor de decírselo á Vds.: ¡acabo de ver un aparecido...., inesperado, horrendo, pero real! ¡demasiado real! Lo he visto como veo á todos Vds., como veo este sillón y este quinqué....

—Eres demasiado bromista para que yo te crea, Abate,—dijo el barón de Fierdrap, cuando su amigo se puso de espaldas al fuego de la chimenea delante del sillón que le tendía los brazos.

—¿Pero era de veras el P. Guardián?—insistió la señorita Santa, helada de espanto.

—¡No!—respondió el Abate, quedándose parado, con la mirada fija en las tablas lustrosas del pavimento, como se para el que medita lo que va á decir, y vacila antes de aventurarse.

Las dos señoritas de Touffedelys, á ambos lados de una chimenea de mármol, estriada y coronada por un ramo en relieve, hubieran podido pasar muy bien por adornos esculpidos de esa chimenea, si no hubiesen movido los ojos, y si lo que acababa de decir el Abate no hubiese alterado terriblemente la severa armonía de su semblante y de su porte.

Las dos habían sido guapas, pero el anticuario más diestro en descifrar medallas borrosas no habría podido reconocer las líneas de esos dos camafeos, corroídos por el tiempo y por el más espantoso de los ácidos: una virginidad agriada. La Revolución se lo había arrebatado todo: familia, fortuna, felicidad doméstica, el amor en el matrimonio,—¡ese poema más bello que la gloria!, al decir de Mad. Staël,—y, en fin, la maternidad. No les había dejado más que las cabezas, pero blanqueadas y debilitadas por toda clase de dolores. Huérfanas cuando estalló, las dos Touffedelys no emigraron. Permanecieron, como muchos nobles, en el Cotentin.—Esas señoritas, muy parecidas, de igual estatura, de idéntica voz, y vestidas siempre de los mismos colores, parecían una repetición en la naturaleza.

Aquella noche, como de costumbre, esas rutinarias de la amistad tenían en su salón una de sus amigas, noble como ellas, la cual trabajaba en un bordado de lo más estrambótico, con tal ardimiento, que parecía enseñarse en esa labor, interrumpida de repente por la llegada de su hermano el Abate. Nada más varonil, de facciones más atrevidas, de voz más enérgica, contrastaba por la hombruna rudeza de toda su persona con la delicadeza y la inercia de aquellas gatitas blancas. Esas pobres vírgenes de Touffedelys tuvieron en la juventud el brillo de su nombre; pero habían visto deshacerse su belleza al fuego de los sufrimientos, como el cirio ve derretirse su cera en el candelero de plata.

Estaban literalmente derretidas...., en tanto que su amiga, enorme y repulsivamente fea, había resistido. De una fealdad sólida, recibió la bofetada del tiempo, como ella decía, en un bronce donde nada podía hacer mella. Aun el vestir inaudito que servía de marco á su fealdad,

no aumentaba gran cosa el efecto. Cubierta de ordinario con una especie de barril de seda anaranjada y morada, que hubiera desafiado por su forma á la fantasía más audaz, y que fabricaba ella misma con sus propias manos, parecíase á la reina de Saba, interpretada por un *Callot* chino, sobreexcitado por el opio. Había conseguido disminuir la fealdad de su hermano, y hacer pasar la cara del Abate por una cara como cualquiera otra, aunque ¡de veras! no lo era. Esa mujer tenía una facha tan superlativamente estrambótica, que hubiera llamado la atención hasta en Inglaterra, el país de los entes estrafalarios, en que el *spleen*, la excentricidad, la riqueza y el ginebra trabajan de consuno perpetuamente para crear un carnaval de figurones á cuyo lado las caretas del carnaval de Venecia no serían más que cartón vulgarmente embadurnado.

Así como hay colores con tal destello de luz que apagan cuantos se ponen á su lado, así también la amiga de las señoritas de Touffedelys, engalanada como un navío berberisco con los trapos más chillones desenterrados del guardarropa de su abuela, eclipsaba y borraba todas las demás fisonomías.

El barón de Fierdrap, colocado entre las dos señoritas de Touffedelys, y más particularmente al lado de la hermana del Abate, estaba sentado con las piernas cruzadas y con una mano debajo del muslo, como el gran lord Clive, presentando al fuego la planta del pie calzado con polaina de casimir negro. Era un hombre de mediana estatura, pero vigoroso y fornido como lobo viejo; y pelo de lobo tenía, á juzgar por la *brusa* erizada, corta y leonada que salía de la peluca. La cara, de facciones acentuadas, presentaba un perfil enérgico. Representaba á las mil maravillas el tipo sin mezcla de esos antiguos

hidalguchos imposibles de domesticar ni descortezar, y que, á no ser por la Revolución, que hizo rodar esa raza de granito del uno al otro confín de Europa sin lograr pulimentarla, habrían permanecido en los barrancos de su provincia, y jamás les hubiera cruzado por las mientes el pensamiento de ir una vez siquiera á Versalles. Cazador como todos los hidalgos rurales, cazador furibundo, cualquiera que fuese el pelaje ó la pluma del animal, fué menester aquel fin del mundo llamado la Revolución para arrancar á Hylas de Fierdrap de sus bosques y pantanos. Noble ante todo, desde que se inició el levantamiento, ofreció al ejército de Condé un voluntario que, durante treinta leguas de camino, sabía llevar gallardamente al hombro una escopeta de dos tiros, y que con las balas de sus dos cañones, así hubiese roto el pico á una chocha, como tumbado un jabalí hiriéndole entre los ojos. Cuando fué licenciado el ejército de Condé, el barón de Fierdrap marchó á Inglaterra, al país de los excéntricos, y allí fué donde contrajo aquellas maneras de ser, por las cuales pasaba como un ente original á los ojos de los que lo habían conocido en su juventud *pareciéndose á todo el mundo*.

El hecho es que, como el gato del viejo Miserias, ya no se parecía á nadie. Habiendo perdido toda ó casi toda su fortuna patrimonial, vivía como podía de algunos restos y con la pensión mezquina que otorgó la Restauración á los pobres caballeros de San Luis que habían seguido heroicamente al extranjero á la Casa de Borbón y participado de su triste suerte. En esa vida de privaciones sufrió menos que otros muchos. Sus necesidades no eran numerosas. Tenía una salud de hierro, á que el ejercicio y el aire libre parecían haber dado una indestructible solidez. Habitaba una casita, en las afueras de

la vecina villa de Saint-Sauveur-le-Vicomte, sin más servidumbre que una vieja, que iba algunas veces á barrer el cuarto, no se puede añadir que á «hacerle la cama», porque no la tenía, sino que se acostaba en una hamaca traída de Inglaterra. Sobrio como un anacoreta y casi ictiófago, se alimentaba de su pesca, habiéndose hecho á la postre un pescador tan infatigable como indomable cazador había sido en la primera mitad de su vida. Conocíanlo todos los ríos del país, é incesantemente recorría sus orillas en diez leguas á la redonda.

Aquella noche, como casi todas, cuando se encontraba en Valognes, iba á pasar la velada á casa de las señoritas de Touffedelys. Llevaba su caja de té y su tetera, y allí hacía el té en presencia de aquellas pobres mujeres primitivas, á quienes la emigración no había dado gustos tan asombrosos como «la afición á esas hojitas arrolladas puestas en agua caliente».

El Abate, que acaba de sobrevenir como un acontecimiento, y cuyas palabras espiaban las damas, palabras asaz calmosas en salir de sus labios, como si hubiesen querido exasperar la curiosidad excitada,—el Abate era el único que se atrevía á tocar al brevaje *herético* del barón de Fierdrap. También él había estado en Inglaterra, según advirtió Úrsula de Touffedelys. Para esas criaturas sedentarias metidas en su rincón, para esas inválidas del destino, aquello hubiese sido como ir á la Meca, si ellas hubieran oído hablar alguna vez de la Meca—lo cual era más que dudoso.—El Abate, por lo demás, no tenía para nadie la originalidad caricaturesca del barón de Fierdrap.

El amigo y compañero de emigración del barón de Fierdrap, y á quien éste miraba entonces como Morellet hubiese mirado á Voltaire, si se hubiesen encontrado

juntos en una tertulia íntima del barón de Holbach, era á todas luces un hombre de la misma raza que el Barón, pero no era menos evidente que lo dominaba, como el señor de Fierdrap dominaba á las señoritas de Touffedelys y á la misma hermana del Abate. El Abate era el águila de ese círculo; verdad es que águila hubiese sido en cualquier otro, aunque las mujeres que lo compusiesen fueran lozanas rosas, y los hombres aves del Paraíso, en vez de una vieja garza real como Fierdrap, de cándidas pavas como las de Touffedelys, y de una cacatúa como la que trabajaba en el bordado. El Abate era una de esas bellas inutilidades que se complace Dios en crear para sí solo, representando en proporciones infinitas *El Rey se divierte*. Era uno de esos hombres que pasan sembrando risas, ironías y pensamientos, por una sociedad, á que subyugan y que cree haberlos comprendido y recompensado, cuando dice: «¡Oh, el abate tal, el señor cuál! ¿Se acuerdan Vds.? ¡Qué hombre de tanta chispa?»

El tal Abate, á quien no nombraríamos si á estas horas no se hubiese extinguido, por lo menos en Francia, la familia de que era último vástago, llevaba el apellido de aquellos Percy normandos cuya rama menor ha dado á Inglaterra sus Northumberland y ese Hotspur, á quien él acababa de aludir, el Ajax de las crónicas de Shakespeare. Aunque nada había en su persona que recordase su heroico y novelesco parentesco, aunque se resintiera sobre todo de las influencias relajadoras y de los refinamientos egoistas de la sociedad del siglo XVIII en que se había deslizado su juventud, sin embargo, la altivez con que erguía la cabeza acusaba la indeleble impresión del dominio ejercido por sus antepasados durante tantas generaciones. El Abate era menos feo que su hermana: ella lo era como el pecado escandaloso; él,

como el pecando jovial. ¿Se creerá? Nuestro Abate asociaba al gracejo más peregrino maneras casi majestuosas. Era la nota que admiraba y atraía siempre : porque la alegría, que posee gracia, rara vez posee la dignidad, y hasta parece excluirla.

Víctima de la Revolución, no menos que su amigo de Fierdrap ; víctima de una tesis griega que había sostenido en la Sorbona mejor que otro amigo suyo, M. d'Hermodopolis, el cual se acordó de la derrota cuando fué ministro (porque, para odios, los de clérigo á clérigo) ; víctima, en fin, de la agudeza de su ingenio, demasiado animado y demasiado delicioso para ser sacerdotal, el abate de Percy vió nublarse su estrella en la carrera eclesiástica, como en todo, y á pesar del crédito de su primo, el duque de Northumberland, que representaba á Inglaterra en la consagración del rey Carlos X, no pudo conseguir para su vejez otra cosa que una canonjía de segundo grado en Saint-Denis, con dispensa de residir en el cabildo. Al bajar la pendiente de la vida, sonrióle el recuerdo de la tierra natal, realzada por el encanto de los días desvanecidos ; y el hombre que había frecuentado las más altas sociedades de Francia y de Inglaterra, y se había medido en los torneos del ingenio con los más grandes y brillantes espíritus lanzados á esas lides en Europa desde hacía cuarenta años, tornóse á vivir en medio de las almas sencillas del Cotentin, encerrado entre las cuatro paredes de una casita adornada con gusto, que él llamaba su *ermita*. No salía de ella sino para ir á pasar una semana á casa de cualquiera de los señores de los alrededores.

Era gran aficionado á la mesa ; pero su nacimiento, sus maneras y su talento pasmoso excluían toda idea de parasitismo en el modesto viandante, á quien se encon-



traba, como al barón de Fierdrap, no á orillas de todos los ríos, pero sí en todos los caminos, yendo de peregrinación á las cocinas de los castillos más renombrados por su hospitalidad y su buena mesa.

Tales comidas, de que siempre había sido adorador, acentuaron el tinte de cangrejo cocido de su cara, y justificaba lo que él decía de ese brillante color rojo, encendido por el Porto de la emigración y el Borgoña de la patria recuperada: «¡Probablemente es la única púrpura que tendré que llevar en mi vida!»

La frente, la nariz, las mejillas, la barba, todo tenía ese magnífico tinte cardenal, sin más contraste, en aquella cara modelada á puñetazos, pero de asombrosa expresión, que el azul de los ojos, azul fantástico, aljofarado, acerado, centelleante; un azul que no se había visto brillar nunca bajo humanas cejas, y en que, sin verlo, sólo un pintor de genio hubiese creído.

Los ojos del abate de Percy no eran ojos: eran dos agujerillos redondos, sin cejas ni párpados; y las pupilas, de aquel azul que hería y desazonaba, en fuerza de lo vivo, eran tan desproporcionadamente grandes, que no se veía girar su círculo dentro de la córnea; lo único que acusaba su movimiento era la perpetua y rápida rotación de la luz. Sobre las facetas de zafiro de aquellos ojos de lince.... Aquella noche parecían relumbrar más aún que habitualmente, mirando á las cabezas curiosas, que los espiaban, enloquecidas por la afectación de su silencio. En vez de responder á las preguntas ansiosas de las señoritas de Touffedelys, el glotón se relamía, según costumbre, los labiazos pulposos, como á la husma de sabores perdidos. Acababa de comer fuera de su casa, é iba puesto de etiqueta con la solemnidad de todas las noches. Llevaba frac negro y corbata blanca, sin alzacuello, ni

manteo, ni solideo. Los largos cabellos, finos y blancos como el plumón del cisne, retorcidos y ahuecados con una coquetería que recordaba la de Talleyrand,—de Talleyrand, á quien aborrecía, entre paréntesis, más que por todas sus otras apostasías, por haber firmado la *Constitución civil del clero*,—esos cabellos empolvados y algodinosos caíanle copiosamente sobre el cuello negro del frac, y teñían con sus polvos perfumados la ancha cinta morada bordada de blanco con que llevaba pendiente al cuello la cruz esmaltada de canónigo real. Plantado en su sitio, luciendo medias de seda en las piernas bastante bien torneadas, aunque de galbos diferentes, á una de las cuales llamaba *Apolo*, y á la otra *Hércules*, fiel á la mitología, que había sido uno de los cultos de su juventud, sorbía lentamente su toma de rapé.

—Pero veamos, Abate, ¿te has propuesto que se condenen estas damas? (le dijo el Barón, esperándose una broma.) ¿Acabarás de decir qué aparecido es ese que has visto al pasar hace poco por la plaza?

—Ríete todo lo que quieras, Fierdrap (contestó el abate imperturbable); pero el caso es serio. El aparecido que he visto era de carne y hueso....., como tú y como yo, y tanto más espantoso cuanto más real.... Era.... ¡el cabecilla Destuches!....

## II

### ELENA Y PARIS.

—¡El cabecilla Destuches! —exclamaron las dos señoritas de Touffedelys con una entonación tan acorde, que se hubiera dicho que no tenían más que una sola voz.

—¡El cabecilla Destuches! (exclamó á su vez el señor

de Fierdrap, descruzando las piernas como un hombre sorprendido.) ¡Te juro que, si lo has visto, es un aparecido de veras!, y que nada tiene de común con nosotros, simples emigrados reingresados en nuestros hogares....

—¡Sin ingresos!— interrumpió festivamente el Abate, jugando con la palabra.

—Pero (continuó el Barón), vas á hacer que yo participe de las ideas de la señorita Santa sobre los fantasmas; porque ese Destuches, el cabecilla Destuches de Langotière, á quien en Londres, después de su *rapto* por los *Doce*, llamábamos bromeando la *Bella Elena*, quedó muerto y muy muerto en Edimburgo algunos años adelante, de resultas de una estocada en el hígado.

—Eso creía yo, como tú, Fierdrap; pero hay que venir con la rebaja (respondió el abate de Percy, mirando alternativamente á las tres buenas señoras, pasmadas por aquel nombre de uno de los héroes de su juventud). ¡Sí! Yo creía que había muerto.... ¿Y quién no lo hubiera creído después de tantos años de silencio, tras el ruido de su evasión y de su duelo? Pero no hay escape; yo no tengo telarañas en los ojos, y acabo de verlo en la plaza de los Capuchinos; más aún: acabo de oirlo, porque ¡me ha hablado!

—Pero entonces, ¿por qué no lo has traído, Abate? (dijo riendo el incorregible barón de Fierdrap, obstinado en creer que su amigo Percy representaba una comedia para asustar á la señorita Santa.) Le hubiésemos ofrecido una taza de té, como á un antiguo compañero de infortunio, y nos hubiésemos recreado con su historia, que debe ser curiosa, si es la historia de un resucitado.

—Curiosa y triste, á juzgar por lo que he visto (dijo el Abate, sin dejarse desorientar por el tono zumbón de

:

su amigo); pero hasta tanto que él mismo te la cuente, hazme el favor, querido, de oír la mía.

Las señoritas de Touffedelys hallábanse cada vez más suspensas de los labios del Abate, y la de Percy había dejado caer el bordado en las rodillas y seguía mirando á su hermano con una atención concentrada.

—Hoy (dijo el Abate, siempre en pie) he comido en casa de nuestro antiguo amigo de Vaucelles, con Sortôville y el caballero del Rifus, los cuales, según su costumbre de los viernes, se han engolfado en el whist después de la comida, y hasta han querido que yo me quedara, en parte por evitar á del Rifus la molestia de hacer el *muerto*, que hace muy mal con sus continuas distracciones, y en parte por mí, á causa de la lluvia. Pero como á mi bucarán le tiene el agua tan sin cuidado como al plumaje de una cerceta, ellos dijeron cuanto les vino en gana, y yo me marché, á pesar de la noche de perros que hacía. Pues bien: desde la calle de Poterie hasta la calle Siquet no he encontrado alma viviente, como no sea al peluquero Chélus, que iba borracho por variar, haciendo eses en medio del aguacero, y que me ha mascullado, de pasada, un «buenas noches», con voz estropajosa. Pero al salir de la calle Siquet y volver la esquina de la plaza, encogido debajo del paraguas para evitar el viento, que me sacudía el agua en las narices, sentí de pronto que me agarraban del brazo con violencia (y puedo asegurarte, Fierdrap, que la mano que me asía era bastante pesada para ser inmaterial), y á la luz de la linterna, porque casi todos los faroles de la plaza estaban apagados, vi, á dos pulgadas de mi cara, otra cara.... ¿lo creeréis? ¡más fea que la mía!, lo juro; una cara consumida, barbuda, blanqueada, de ojos relucientes y extraviados, que me gritó con voz amarga y ronca: *Yo soy*

*el cabecilla Destuches. ¿Verdad que son ingratos?*

—¡Virgen de los Dolores! (exclamó palideciendo la señorita Santa.) ¿Está V. bien seguro de que se hallaba vivo?....

—¡Tan seguro como de que V. está viva! Pero mejor es que vean Vds. (dijo el Abate, subiéndose la manga del frac); todavía conservo en la muñeca la señal de esa mano frenética y abrasadora, que no me soltó sino después de estrujarme. ¡Sí! ¡Era nuestra *Bella Elena*, Fierdrap; pero hasta qué extremo de demudado, viejo y demente! ¡Era el cabecilla Destuches, como él decía! ¡Lo he reconocido perfectamente al través de los jirones del tiempo y de la miseria! Iba á hablarlo, á interrogarlo...., cuando apagó de un soplo la linterna, á cuyo resplandor lo miraba, oprimido por un doloroso asombro, y desapareció como desvaneciéndose en la lluvia, el viento y la obscuridad.

—¿Y luego?....— preguntó pensativo M. de Fierdrap.

—¡Eso es todo! (respondió el Abate, sentándose en el sillón, que le tendía los brazos.) No he visto ni oído nada más, y he venido hasta aquí sobrecogido de una especie de horror por esa aparición tan extraña. No recuerdo haber experimentado nada semejante desde el día en que aposté en la Sorbona ir tranquilamente á la media noche á clavar un clavo en la tumba de uno de nuestros compañeros, enterrado la víspera; y cuando al levantarme de esa tumba, donde me había arrodillado para clavar mejor, sentí que me cogían de la sotana....

—¡Jesús!—prorrumpieron las dos Touffedelys con voz y emoción gemelas, como siempre.

—¡Eras tú que la habías clavado! (dijo el barón de Fierdrap.) ¡Conozco la historia! Si el aparecido de esta noche es como el otro....

—Fierdrap, ahora la broma es ya pesada,—respondió el majestuoso canónigo con un tono que hacía imposible toda broma.

—¡Ah! Quiere decir que, si lo tomas de esa manera, me pondré serio, con cara de vinagre...., ¡y vinagre derramado por ti! Pero vengamos á cuentas; razonemos, y tratemos de ver claro, á pesar de la oscuridad en que te dejó aquel soplo.... ¿Por qué había de estar Destuches en Valognes esta noche con esa apariencia miserable?....

—Debe estar loco.... (dijo fríamente el abate de Percy, expresando alto su pensamiento, como si se hallase solo). La verdad es que me ha hecho el efecto de un insensato escapado de una casa de orates.... ¡Estaba horrible!

—Tal manera tienen *ellos* de recompensar los servicios (dijo gravemente el barón de Fierdrap), que no sería extraño que se volviesen locos sus servidores.

—¡Sí! (asintió el Abate, siguiendo el pensamiento de su amigo.) Están entre nosotros, y los queremos bastante para poder quejarnos. ¡Se parecen á los Estuardos, y acabarán como ellos! Tienen la misma ligereza de sentimientos y la misma ingratitud. Cuando el infeliz que acabo de ver me habló de *ingratos*, no tenía necesidad de nombrarlos. Yo acababa de verlo á él, y lo comprendía.

Aquí hubo un momento de silencio. Las señoritas de Touffedelys no abrían la boca, dominadas por la emoción y la estupefacción, ó quizá exhaustas de pensamiento. Pero el realismo de la señorita de Percy, la cual profesaba, según su dicho, *el culto de la majestad real*, lanzó un grito, que fué como una protesta contra las duras palabras del Abate:

—¡Ah, hermano!—exclamó con acento de reconven-  
ción.

—¡Realista *por cima de todo*, heroína *por cima de*

*todo!* ¡Hablas como quien eres! (replicó el Abate, volviendo hacia ella la cabeza.) Siempre, por lo visto, con el calzón rayado de terciopelo y las botazas de gendarme; siempre montando como un hombre en tu potranca por la casa de Borbón....

La señorita de Percy había sido una de las amazonas de la *Chuanería*. Disfrazada de hombre, sirvió más de una vez de ayudante de órdenes ó de correo á los diferentes jefes que sublevaron el Maine, y quisieron armar el Cotentin. Especie de caballero de Eón, pero sin nada de apócrifo, se había batido con una intrepidez de que hubiera podido enorgullecerse un hombre; y no había miedo de que su belleza ó la delicadeza de sus formas pudiese revelar nunca su sexo; antes bien su fealdad hubiese podido infundir pavor al enemigo.

—Ahora no soy ya más que una vieja inútil (dijo, respondiendo á las burlas de su hermano con una melancolía que no dejaba de impresionar), y no tengo siquiera un pobretín de sobrinillo en los Pages á quien poder legar la carabina de su tía; pero moriré como he vivido, fiel á nuestros soberanos, y sin poder oír nada contra ellos.

—¡Tú vales más que ellos y que nosotros, Percy!— respondió el Abate, que admiraba esa abnegación pero que *ya* no participaba de ella. Siempre nombraba á su hermana por el apellido, como si hubiese sido un hombre, y ese modo de expresarse encerraba un homenaje de respeto á la vieja leona.

El elogio del Abate fué como un toque á botasillas para la amazona de la *Chuanería*.... Verdad es que no se necesitaba mucho para poner en ebullición aquella naturaleza sanguínea, aquejada de un vértigo de actividad sin objetivo desde que habían acabado las guerras. Tiró con ímpetu al velador el cañamazo en que clavaba las impa-

ciencias de su alma desde que no clavaba ya las garzas y los buitres que mataba en sus cacerías en el portalón de las casas solariegas, y, levantándose con estrépito de su poltrona, se puso á andar por la sala, á despecho de la gota, con los ojos inflamados y con las manos detrás de la espalda, como un hombre.

—¡El cabecilla Destuches en Valognes! (dijo como hablándose á sí misma, más bien que á los presentes.) ¡Y ¿por qué no?, ira del cielo!

Es de advertir que de las antiguas guerras había traído el resabio de juramentos y palabrotas que no pronunciaba habitualmente, pero que volvían á sus labios en cuanto se apasionaba, como vuelven ciertos avechuchos salvajes y descarados á un sitio abandonado de larga fecha, donde solían posarse en otro tiempo.

—Después de todo (añadió), no es un imposible. Un hombre que ha hecho la guerra de los chuanes, y no se ha quedado por allá, tiene duro el pellejo. En vez de desembarcar en Granville, habrá tomado tierra en Portbail ó en el puerto de Carteret, y habrá pasado por Valognes para volver á su país, porque creo que es de la parte de Avranches. Pero, hermano (continuó, parándose delante de él, como si hubiese tenido aún puestas las botas de que el Abate acababa de hablar, y como si llevase en la cabeza, en vez de aquel barril de seda anaranjado y morado, el tricornio que se encasquetaba, cuando joven, sobre el pelo recogido); pero, hermano; si estabas seguro de que era él, el cabecilla Destuches, ¿por qué dejar que se fuese tan deprisa, y no obligarlo á que hablase siquiera?

—¡Seguirlo! ¡hablarlo! (respondió el Abate remedando el tono grave y vehemente de la señorita de Percy.) Pero ¿es que se sigue á un torbellino cuando pasa? ¿es



que se habla á un hombre que se escabulle como un duende, poniendo tierra por delante no bien empezáis á reconocerlo, y todo esto con la noche que hace, señora hermana?

—¡Oh, V. ha sido siempre un poco señorito, señor Abate! (replicó aquel sargentón con faldas, que, por su parte, jamás fué una señorita.) ¡Si hubiese sido yo, habría seguido al cabecilla! ¡Pobre cabecilla! (prosiguió sin dejar de andar.) ¡Quién le ha de decir á él que Vds., las Touffedelys, no poseen ya su castillo de Touffedelys, nuestro antiguo cuartel general, y que ahora no son Vds. más que unas señoras de Valognes, á cuya casa se ve reducido á venir á bordar todas las noches *uno* de sus salvadores!

—Pero ¿qué está V. diciendo, señorita de Percy?.... —dijo el barón de Fierdrap, sacando las narices, que tenía sepultadas literalmente en el fondo de la caja de hojalata donde guardaba su *Tea-Pocket*, como él decía, y volviendo aquellas narices palpitantes y curiosas hacia la señorita de Percy, que seguía recorriendo la sala de extremo á extremo con el movimiento de vaivén de una péndola formidable.

—¡Ah, sí! Es que tú no sabes eso, Fierdrap (respondió el Abate); pero, ahí donde la ves, con todos sus perifollos, mi hermana es uno de los salvadores de Destuches; sí, hijo, ni más, ni menos. Mientras nosotros andábamos á caza del zorro en Inglaterra, ella tomaba parte en la famosa expedición de los *Doce*, que nos pareció tan increíblemente heroica, cuando nos la contó una noche Sainte-Suzanne en casa de mi primo, el duque de Northumberland. ¿Te acuerdas?.... Sainte-Suzanne no nos dijo que mi hermana fuese uno de aquellos bravos. No lo sabía, ni yo tampoco lo he sabido hasta des-

pués de mi regreso de la emigración. Tan bien disimuló ella su sexo, ó tan discretos fueron aquellos señores, que pasó por uno de tantos ; verdad es que no todos los susodichos se conocían unos á otros, dándose entre sí la denominación común de «Escarapela blanca». ¿Hubieras tú creído nunca, que uno de los *Paris* de nuestra *Bella Elena* fuese.... mi hermana?

—¿De veras? (dijo el barón de Fierdrap, sin hacer aprecio del ademán teatral y cómico con que pronunció el abate de Percy las últimas palabras. Los ojos entre pardos y rojizos del Barón despedían chispas como el pedernal, cuyo matiz imitaban, al caer en la cazoleta de la escopeta.) ¿De veras formaba V. parte, señorita, de la famosa expedición de los *Doce*? (repitió.) Entonces permítame besar esa valerosa mano, porque juro que lo ignoraba, á fuer de caballero.

Y, levantándose, se fué al encuentro de la señorita de Percy al centro de la sala ; le tomó la mano, —mano un poco recia y tan virginal, que no la había blanqueado la vejez, —y la besó con un sentimiento tan caballeresco, que, á los ojos de un poeta, habría idealizado á aquel estantigua, pescador de caña, con su vestimenta heteróclita y su jaspeada nariz.

La señorita le dió la mano como una reina, y luego que resonó el homenaje del Barón, —un homenaje militar, porque el beso del viejo entusiasta hizo casi el ruido de un pistoletazo, —ambos se hicieron una de aquellas solemnes reverencias, que, según cuenta la fama, estaban en uso antes de empezar á bailar el minué.

—Hermana (dijo el Abate), puesto que la aparición de Destuches, de quien seguramente tendremos noticias mañana, nos trae á vueltas con su historia esta noche al amor de la lumbre, ¿por qué no habías de contársela á

Fierdrap, que nunca la ha sabido más que á retazos y de mala manera, por la razón sencillísima de que nunca ha oído más que las versiones infieles y variables de la emigración?

—Por mí, con mucho gusto, hermano (respondió la señorita de Percy, encendida de placer, al oír la proposición del Abate, si cabe llamar encenderse á pesar del matiz que tenía su cara á otro más subido). Pero son las nueve, y no tardará en venir la señorita Amada; es su hora. Y he aquí lo grave: ¿cómo contar delante de ella la salvación de Destuches, en que pereció su prometido de una manera tan extraña y tan fatal? Por sorda y preocupada que esté la pobre, hay días en que el velo interpuesto por el dolor entre ella y el mundo es menos espeso, y deja pasar los ruidos y la palabra, y quizá hoy sea uno de esos días.

—Si es muy fino el aire (observó Úrsula de Touffedelys, que era el médico de los pobres, y tenía explicaciones particulares para cualquier irregularidad del organismo que no comprendiesen los médicos), si es muy fino el aire, puede V. estar completamente tranquila, que no oirá una palabra de cuanto nos diga V.

—Y es finísimo (interpuso el Abate, pasándose las manos por las piernas), porque yo siento por encima de las medias toda una tempestad de vientos colados.

—¡Bueno! (dijo el barón de Fierdrap, siguiendo su idea.) Pues no empecemos hasta que llegue, para no tener que interrumpir....

Y en aquel mismo instante el reloj dió la señal para las nueve y cuarto con un ruido seco. Ese reloj era un Baco de oro molido, que, en pie, y envuelto en su correspondiente piel de tigre, apoyaba en la divina rodilla, ni más ni menos que un simple tonelero terrestre, un to-

nel, cuyo fondo era la esfera donde se veían las horas, mientras que la péndola figuraba un racimo de uvas picado de abejas. Sobre el pedestal, guarnecido de pámpanos y de hiedra, y á tres pasos del dios de corta y rizada cabellera, había un tirso caído, un ánfora y una copa.... ¡Reloj original para unas viejas que apenas bebían más que leche y agua, y no se preocupaban de la mitología tanto como el Abate!

Sucedió, pues, que casi á un tiempo mismo la campanilla de la puerta respondió al *tac* del reloj, repicando con su timbre agrio en el fondo del pasillo que conducía á la calle.

—¡Ahí está! No hemos tenido que esperarla mucho,—añadió el Barón.

Y la *Señorita Amada*, que iba á decidir de la velada de aquella noche, abrió la puerta sin que la anunciaran, y entró.

### III

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEOLÓGICA BARCELONA

#### UNA JOVEN ENVEJECIDA ENTRE VERDADEROS VIEJOS.

—¡Es V., Amada! (chillaron agudamente las dos Touffedelys, que, hundidas en sus mullidas poltronas, parecían dos relojes acordes de repetición, de los que se ponían antiguamente sobre almohadillas de seda acolchada á los dos lados del espejo de la chimenea.) ¡Dios mío! ¿no está V. calada, querida?—añadieron de un solo aliento, confundiendo siempre sus timbres, y girando alrededor de Amada, sin desprenderse de sus abanicos de chimenea, con su espíritu solícito de amas de casa, que, á juzgar por sus agitaciones, parecía soplar sobre ellas como un Aquilón.

Todo aquel reducido círculo, á imitación suya, se levantó con movimiento unánime, como si hubiese cedido á la presión del mismo resorte. Era el enérgico y dulce resorte de la simpatía, un acero finísimo no enmohecido en aquellos viejos corazones.

—¡Pero no se molesten Vds.! (dijo una voz fresca que salía de las profundidades de la capucha de una manteleta, porque la recién llegada pasó al salón tal y como entraba de fuera, sin dejar en el pasillo más que los chanclos. Respondía á los movimientos más bien que á las palabras de sus amigas.) No estoy mojada (añadió); ¡he venido tan deprisa, y el convento está tan cerca!

Y para probar lo que decía, inclinó hacia la luz amarillenta del quinqué uno de los hombros, donde brillaban algunas gotas de agua sobre la seda de la manteleta. La manteleta era de color morado oscuro, el hombro redondeado, y las gotas de agua temblaban al resplandor de la luz en aquella sedosa redondez, bien así como gotas de rocío en una tupida masa de escabiosas.

—No son más que las gotas escurridas de los aleros,— afirmó sentenciosamente la gran observadora, señorita Santa.

—¡Amada, querida *Delicada y Rubia*, es V. una imprudente! (rugió la señorita de Percy, gritándole con su voz de bajo al oído. Era un ensayo: ¿la oiría? La hermana del Abate no podía prescindir de contar la historia al barón de Fierdrap, y la creía comprometida.) Se ha expuesto V. á enfermar (continuó), porque, si no ha cogido agua al venir, ha cogido aire, cariño mío.

Mas, por toda respuesta á esa observación atronadora, maquiavélicamente benévola, la *Delicada y Rubia* se limitó á desprender la amatista con que sujetaba al cuello la manteleta, y de los pliegues de ese abrigo sur-

gió realmente una rubia alta, pero más robusta que delicada. Al volverse, después de soltar lánguidamente la manteleta sobre el respaldo de la silla, viendo á la señorita de Percy más colorada que un cangrejo, y con la mano dispuesta á guisa de bocina:

—Perdón (dijo); creo que me hablaba V., pero esta noche estoy....

Su pudor conmovedor de paciente no le permitió decir la palabra que expresaba su achaque; pero, señalando con triste ademán el oído y la frente, añadió sonriendo:

—*¡La señora está en la torre,* en lo más alto de la torre, y mucho me temo que esta noche no pueda bajar!

Frase poética é infantil que había ideado y que repetía siempre que era completa su sordera. Tenía tal manera de pronunciar esas palabras, *la señora está en la torre*, que eran todo un poema de melancolía.

—Lo cual quiere decir que está sorda como una tapia (aventuró el Abate, con tono sarcástico y cínico). ¡Tendrás historia, Fierdrap, y mi hermana no se verá en el caso de tragarse la lengua, como los salvajes...., cosa que debe ser un terrible suplicio aun para heroínas de tu fuste, señorita de Percy!

Al tiempo que él hablaba, la menor de las Touffedelys cogió á la señorita Amada de los codos, descubiertos á partir del extremo de los largos mitones, y la empujó suavemente hacia su poltrona, en tanto que Úrsula, acercando un almohadón, puso encima solícitamente los pies de aquella amiga, á quien tan bien parecía convenir el nombre de Amada que le daban todos.

—Pero, ¿es que Vds. quieren que me vuelva, amabilísimas amigas? ¡Todos levantados! ¡Todos en vilo porque entro yo! ¿Es eso tratarme como vecina y como ami-

ga?... ¿Es eso lo convenido? Vds. me han autorizado á venir sin etiqueta, en bata y zapatillas, á trabajar todas las noches á su lado, porque ya estamos en el mes en que no acierto á encontrarme enteramente sola cuando cierra la noche....

Dijo esto como si se hubiese sabido lo que quería decir; y, en efecto, las dos Touffedelys asintieron con una inclinación, como esás figuras chinescas que bajan la cabeza ó sacan la lengua al moverlas y acercarlas....; pero no pasaron del primero de esos dos movimientos.

—Sentiré de veras haber venido (continuó), si veo que les molesto á Vds., que interrumpo lo que estaban hablando.... Con una criatura tan desgraciada para la conversación como yo, amigas mías, hay que hacerse la misma cuenta que si no existiese.

Pero eso que ella decía con voz tan ligera y resignada era precisamente lo que no parecía tan fácil. Ni en esa porción indiferente de la sociedad que se llama el gran mundo, ni en el círculo de la intimidad familiar, ni en parte alguna, en fin, podía pasar inadvertida esa mujer, esa sorda, esa Amada. Y lejos de ser posible *hacerse la misma cuenta que si no existiese*, teniéndola delante, era tan encantadora, que, aun no estándolo ya, parecía seguir siempre presente.

(Continuará.)

J. BARBEY D'AUREVILLY.

# INDICE

---

## SECCIÓN ESPAÑOLA.

	Páginas.
<i>La antigua civilización de las islas Filipinas</i> , por F. R. Martínez Vigil.	5
<i>Poetas colombianos</i> , por A. Rubió y Lluch.....	21
<i>A Lamartine en su centenario</i> , poesía, por Rafael M. Merchán.....	34
<i>La España contemporánea según un reciente libro ruso</i> , por Ernesto Bark.....	37
<i>Un alquimista del siglo XIX</i> , por Eugenio Sellés.....	49
<i>En el arroyo</i> , poema, por Emilio Ferrari.....	64
<i>El libro de la duquesa de Alba</i> , por Todtreiser.....	69
<i>Lo que hacen pensar las cunas</i> , dolores, por Campoamor.....	83
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	84
<i>Revista económica</i> , por Un ex Ministro.....	110

## SECCIÓN EXTRANJERA.

<i>Reliquias vivas</i> , cuento ruso, por I. Turguenef.....	121
<i>El teatro de Ibsen</i> , por A. V.....	140
<i>Chateaubriand</i> , por Emilio Zola.....	156
<i>El cabecilla Destuches</i> , novela, por J. Barbey D'Aurevilly.....	197

---